

■ NUMERO ALMANAQUE 1924 ■



PRECIO

2 DTS.

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

Filmoteca  
de Catalunya





La Novela Semanal Cinematográfica

Número Almanaque

FilmoTeca  
de Catalunya







1923

1924

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

agradece á sus distingui-  
dos lectores el favor que  
le han venido dispensan-  
do y se complace en de-  
searles buen fin de año  
de 1923 y muchas pros-  
peridades en el próximo  
año de 1924.

0411-11960



# Sumario



## Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis

Argumento de la película

## El Admirable Crichton

Argumento de la película

La Nave Poesía por Armando Bussarini

La Virtud del Amor Película Corta por El Bachiller Intrépido

## La Prisionera

Argumento de la película

Lo de todos los días Película Internacional por Nicolás de Salas

El Mayor Tesoro Película corta por Francisco-Mario Bistagno

¿Por qué lloras? Poesía por V. Vicente

## El Valor de las almas

Argumento de la película

Dolorosa Película corta por Tanny

## El Audaz

Argumento de la película

El Gabán y el Miedo Película Internacional por Nicolás de Salas

Provinciana Poesía por César González Ruano

## El último sueño

Argumento de la película

El encanto del silencio Poesía por Armando Bussarini

La tristeza de los viejos Película corta por Katty

11 fotografías de artistas cinematográficos

6 apuntes \* \* \*



# LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS



RODOLFO VALENTINO

Por el insigne novelista español  
Vicente Blasco Ibáñez

Interpretación cinematográfica de la  
Metro Pictures Corporation

Producción de REX INGRAM



## REPARTO

Margarita Laurier	ALICE TERRY
El Centauro Madariaga	Pomeroy Cannon
Marcelo Desnoyers	Josef Swickard
Doña Luisa	Bridgetta Clark
Julio Desnoyers	RODOLFO VALENTINO
Chichi	Virginia Warwick
Karl Von Hartrott	Stuart Holmes
Etienne Laurier	John Saintpolis
René Lacour	Derrick Ghent
Tchernoff	Nigel de Brulier
Argensola	Brodwitch Turner
El Conserje	Edward Connelly
El Tte. Coronel Von Richhosen	Wallace Beery
El General	Harry Northup
El Teniente Schnitz	Arthur Hoyt

Argumento de la película de dicho título

El globo terráqueo, propicio a todas las semillas, ha recibido el germen de viejos rencores y sanguinarias luchas. Largos siglos de pelea forjaron, sobre el yunque de la historia, la armadura del odio. Y parece como si el fuego que brama en el interior esperase sólo que se rompieran

los Siete Sellos de la Profecía para consumir con sus llamas todo el vasto edificio de la civilización.

En el Nuevo Mundo, lejos de las comarcas donde las naciones apretadas

Adaptación cinematográfica de June Mathis

Fotografía de Jhon F. Setts  
y Tom Storey

Título castellano de  
Francisco José Ariza

Concesionario:  
S. Huguet. Provenza, 292.  
Barcelona



una contra otra se miran con recelo, las pampas vírgenes é inmensas ofrecen refugio al emigrado y olvido á los viejos rencores...

A aquellas praderas — tierra de promisión — había llegado, años atrás, un español, precursor de la pampa, que abrió sus llanuras á la ganadería, multiplicó sus bienes bajo el sol paternal y con el tiempo, llegó á ser el propietario más rico del país. El Centauro Madariaga tenía



por dominio una comarca tan grande como un reino.

Su lucha se había iniciado al ras del suelo, en la miseria, pero la energía y el tesón, el espíritu mercantil y la audacia, pronto transformaron sus propiedades en una fuente inagotable de millones...

El personal de la estancia comentaba el parecido fisonómico de ciertos jóvenes que trabajaban lo mismo que los demás, galopando desde el alba para ejecutar las diversas operaciones del pastoreo. Su origen era objeto de irrespetuosos comentarios. Se suponía que el Centauro...

A pesar de su enorme fortuna, Madariaga vivía la vida sencilla de los estancieros del país, compartiendo su solar sin pretensiones con sus dos hijas y sus dos yernos: francés el uno, alemán el otro.

El francés, Marcelo Desnoyers, predilecto de Madariaga, era el administrador de sus vastas propiedades.

Aquel día fué memorable para la casa de Madariaga, pues, al fin, después de siete años de esterilidad del matrimonio de Desnoyers y su mujer, ésta pasaba por el sublime trance de la maternidad.

En el corazón del yerno alemán, germinaba la desconfianza...

Karl Von Hartrott se había casado con Elena, la hija menor de Madariaga, contra la voluntad del Centauro, que sólo lo toleraba por influencia del francés.

Elena conversaba con su esposo á pocos pasos de la puerta de la casa. Como él, deseaba ser poderosa, y le decía:

—Dentro de un instante, quizá, mi hermana dará á luz... una niña... y entonces, los millones de mi padre serán legados á nuestros tres hijos...

Hay que saber que Elena y el alemán tenían ya tres varones...

El Centauro, llegando de las praderas para saber el resultado del fausto acontecimiento, preguntó á su hija Elena y á su esposo al pasar por delante de ellos:

—¿Qué hay?

—Nada todavía...

—¡Será un varón!... Y lo llamaré Julio... y será mi heredero. Necesito uno de mi propia raza, digno de llevar el nombre de la familia... digno nieto de Madariaga.

Karl soportó la ofensa ardiendo para sus adentros en deseos de reivindicación...

Y al anunciársele que había nacido un niño, Madariaga ensancho más que nunca su pecho para lanzar un ¡Viva! que en su simplicidad resumía la fuerza de un vehemente anhelo contenido durante largos años...

Sólo Desnoyers pudo formarse una idea cabal de la inmensidad de la alegría de su suegro, al sentirse preso en sus férreos brazos para recibir en ellos sendos besos de gratitud...

Por el contrario, Karl y Elena, sufrían el dolor de la derrota; que derrota significaba para ellos el nacimiento de un varón, hijo del matrimonio predilecto.

El sueño de Madariaga se había convertido en realidad... Y desde los rincones más remotos de la estancia llegaban los peones á felicitarlo...





Veinte años después.

La locura senil de Madariaga había tomado un carácter lúbrico. En compa-

lancó a la pista, querellóse con él por bailar con la gaucha, consiguiendo, a la fuerza bruta, su loco deseo...

Y entre el incoherente jaleo de la embrutecida concurrencia marcóse Julio, el tango más castizo que se bailara



ñía del nieto predilecto, recorría los cafetines y tabernas de mala reputación en Buenos Aires...

Juntos recorrían, de juerga en juerga, los sitios de placer, donde el vicio paseaba su semblante lívido y el tango dejaba escuchar sus lánguidas notas voluptuosas.

La sonrisa de aprobación del Centauro estimulaba a Julio a nuevas conquistas y el libertinaje presidía a aquellos paseos nocturnos repletos de emoción y de aventura...

Cierta noche, Julio, cediendo a impulsos temerarios, seducido por el cadencioso baile argentino, y cegado por el deseo de ver halagada su habilidad infinitamente superior a la del tipo que formaba pareja con la bailarina del cafetín, y a quien los concurrentes aplaudían, se

hasta entonces en el cafetín.



Madariaga, entretanto, celebraba copa tras copa el talento de su nieto. Y los que por rareza no le conocían, pronto supieron quién era por las exclamaciones que partían de diversas partes de los enterados.

—Ese es Madariaga... el hombre más rico... La semana pasada embarcó treinta mil cabezas





*...marcóse Julio, el tango más castizo que se bailara hasta entonces en el cafetín.*



de ganado para Europa... El mozo es mitad francés... y el ídolo del viejo.

Pero las fuerzas del Centauro ya no podían resistir tantas acometidas, y aquella noche, vencida su materia, hubo de ser recogido del suelo por su nieto, en lamentable estado...

Y allí mismo, inclinándose a la realidad, el Centauro rey de las pampas, declaró su impotencia.

—Llévame a casa... Ya estoy demasiado viejo para acompañarte en las juergas...

Los días sucesivos, Madariaga, obligado a quedarse en casa, se divertía con Chichi, la hermana menor de Julio, que el matrimonio predilecto tuvo unos años después del nacimiento de éste. La diversión consistía en hacer bailar a la muchacha, jaleándola como si estuviera en un cafetín.

Desnoyers estaba presente una vez a la sesión de bailoteo entre el abuelo y la nieta, tolerando la excentricidad del viejo... por condescendencia nada más, pero Luisa, la hija mayor de Madariaga y esposa del francés, era severa... y por supuesto poco condescendiente con las peligrosas enseñanzas de su padre, a quien dijo, al aparecer en el recinto donde Chichi se cimbreaba de lo lindo:

—¿No te conformas con dar el mal ejemplo a Julio y ahora te entretienes en enseñar a mi hija el tango?

El Centauro la replicó:

—Acaso pretendes que tu hijo crezca tieso y taciturno como sus primos?

Luisa alejóse funfurrando contra su padre, llevándose a Chichi y éste, festivo, dijo a su querido yerno:

—Las mujeres son la plaga de nuestra vida, gabacho, pero no nos la podemos pasar sin ellas, ¿eh?

Karl había educado a sus hijos en el respeto de las enseñanzas, la filosofía y la "Cultura" alemanas, y les inculcaba las ideas resumidas en un libro admirable, tales como, entre otras, "El hombre nació para la guerra"...

El mayor de los hijos, notificó a su padre:

—Abuelo dió a Julio toda la faja de terrenos que queda al sur de los establos de ovejas... Oí decirle al abogado que tenía intenciones de hacer algunos cambios en su testamento... y que ya se iba sintiendo viejo. ¿Crees que va a legar a Julio toda su fortuna?

—No te apures... Julio está despilfarrando su juventud... y nuestro día llegará, tarde o temprano...

Y cuando el sol pintaba de gualda el horizonte azul... terminó el Centauro... como había vivido siempre; con el rebenque colgado de la muñeca y las piernas arqueadas por la curva de la montura.

En el testamento, el viejo mejoraba considerablemente a la esposa de Desnoyers, pero aun así quedaba una parte enorme para la romántica y los suyos.

El ideal juvenil se desplomó, como un falso dios; y Julio sólo pensó en que su abuelo faltó a la palabra empeñada de nombrarlo su único heredero...

Después de la lectura del testamento, durante la cual, a través del dolor del alemán y su esposa, brillaron las luces de la codicia y del triunfo, Karl Von Hartrott dijo a Desnoyers:

—Cada cual a lo suyo... Cada cual debe vivir en su esfera. Yo quiero volver a Europa y disponer libremente de mis bienes. Necesito volver a *mi mundo* y dar a mis hijos la educación de la patria.

Pero eso no está bien, Karl. Madariaga siempre predicó que ahí donde un hombre hace su fortuna y educa su familia... esa es su verdadera patria...

—¡Error! El primer deber de un hombre es hacia la patria. Y yo quiero que mis hijos saquen todas las ventajas de la super-cultura de mi país.

Luisa dijo luego a su esposo, al retirarse Karl, Elena y sus hijos a sus habitaciones:

—Karl tiene razón. Es preciso que pensemos en nuestros hijos... Chichi puede hacer una boda ventajosa en Europa y Julio estudiará el arte. ¿Por qué no volver a París... nosotros?

Marcelo Desnoyers había guardado celosamente el secreto de su fuga al Nuevo Mundo, ocultándolo a su familia con temor y humillación. Helo aquí, en un recorte de diario:

**"UNOS ESTUDIANTES SOCIALISTAS EN ABIERTA REBELDIA CONTRA LA FACULTAD UNIVERSITARIA".**

*"Un grupo de estudiantes de ideas avanzadas, entre los cuales se cuentan Emilio Soullcar, René Foudriane, MARCELO DESNOYERS y Alexandre Ortoud..."*

Sin embargo, cediendo a las súplicas de los suyos—pues a las de su esposa uníanse las de Chichi y Julio—les contestó:



—Está bien... Me arriesgaré...

Cuando se abandona el propio lugar para ir á otras tierras, se pone en riesgo la dicha. Nadie sabe lo que nos espera al otro lado del Océano.

## II

El viejo Mundo.

Al cabo de algunos años en París, el descontento se deslizó en el seno de la familia Desnoyers.

Luisa recibió esta carta de Elena, que estaba en Alemania:

*"... y quiero que mi hermana sea la primera en felicitarme. Karl ha sido reconocido públicamente por el Emperador, que lo ha colmado de distinciones, en tanto que mi primogénito recibió el honroso nombramiento de profesor en una de nuestras universidades".*

La sola ocupación de Desnoyers de un tiempo á aquella parte consistía en hacer compras, muchas compras para el castillo del Marne que había adquirido recientemente. Eso disgustaba bastante á Chichí, lo mismo que el exagerado empleo de joyas que hacía su madre, á quien no pudo menos que observarle un día:

—Mamá, por Dios, pareces la esposa de un prendero...

Luego, ese mismo día, las tuvo con su padre, cuando éste regresaba de otra su-  
basta en la que, indudablemente, debía haber adquirido toda clase de antigüedades de las que pronto su regia morada parecería un almacén. Chichí le dijo así á su padre:



—Nunca vacilas en satisfacer tus ridículos caprichos y sin embargo niegas á Julio y á mí las cosas que nos agradan...

—Lui

—Quiero decir que eres un avaro... Si mamá no diese á Julio dinero,

no podría el pobrecito continuar sus estudios.

—¡Sus estudios! Querrás decir sus juergas en Montmartre... Sus pretendidos estudios de pintura no son más que un



prefecto para sus tés-tangos y para sus orgías...

Julio era un digno nieto del Centauro Madariaga. Las mujeres eran *"la plaga"* de su existencia.

Argensola, artista, indolente, buen muchacho, era á la vez el secretario y el escudero de Julio.

Argensola velaba cuidadosamente por las disponibilidades de caja pues á menudo había que reponerlas en forma apremiante. De modo que aquel día, sin sorprenderle ni más ni menos que otros días, Argensola llamó al orden á su amigo, mostrándole varias facturas:

—Estas otras son cuentas que hay que pagar cuanto antes... De lo contrario los acreedores acudirán á tu padre... Quizá tu mamá me quiera dar dinero... es incapaz de negarte nada...

Julio se dispuso á ir á pedirle personalmente, dinero á su madre, y al salir de su estudio, frente á la puerta del mismo, vió subir la escalera á un desconocido. Volviendo á su taller, preguntó á Argensola quién era ese hombre, y el secretario le dijo:

—Es el extranjero, que vive en el piso alto....

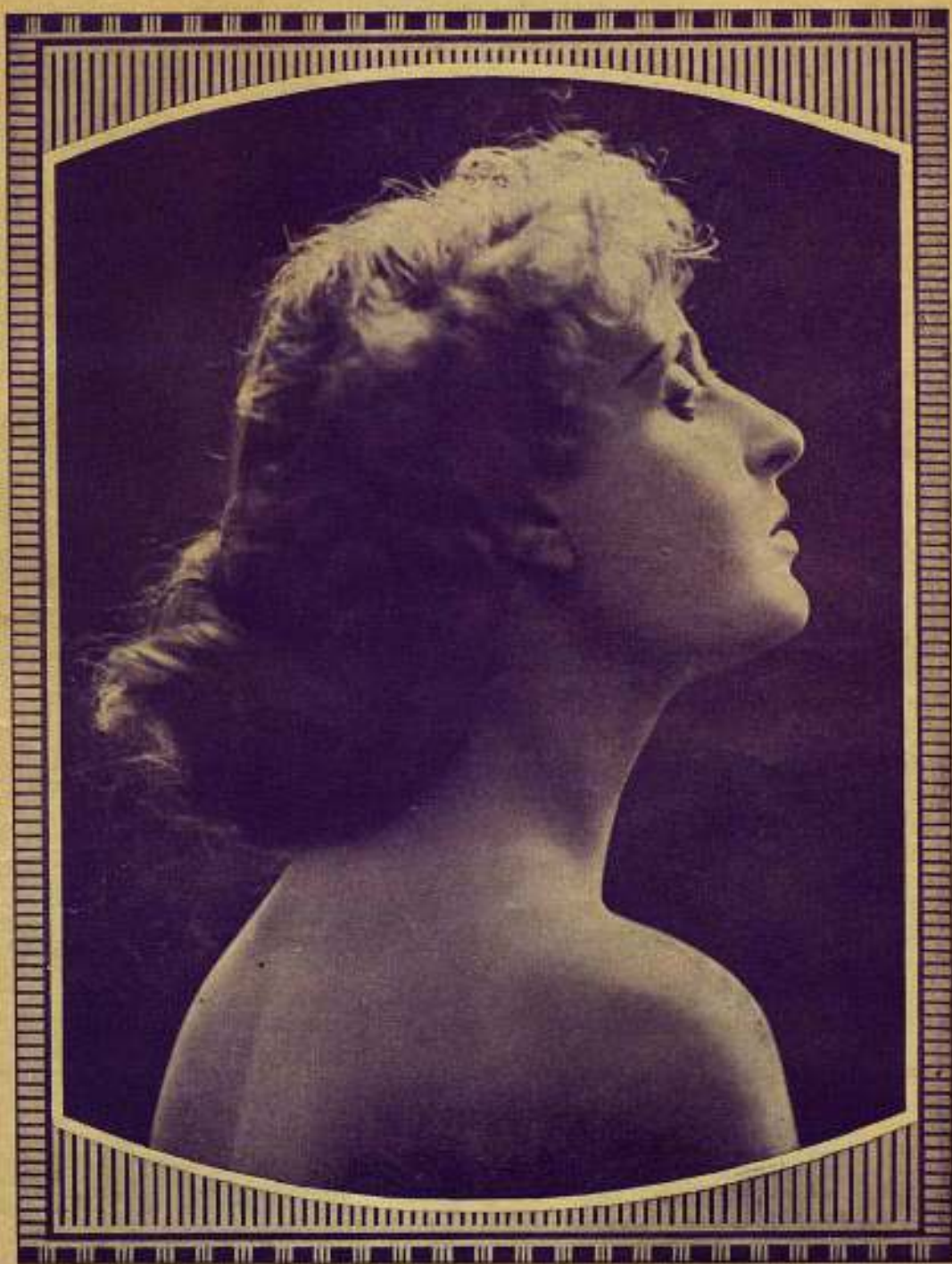
## III

En casa de Desnoyers.

Desnoyers había hecho dos amigos en el viejo mundo: el Senador Lacour y Etienne Laurier.

—Senador, usted ha visto casi todos los tesoros destinados á mi castillo de Villeblanche-sur-mer, pero este es mi





PINA MENICHELLI







mayor orgullo: una bañadera de oro que perteneció a un emperador.

René, el hijo del senador, prefería la juventud a las antigüedades. ¡Le gustaba tanto Chichí!



Julio, entretanto, «contaba lo suyo» a su madre.

—Tu padre me ha prohibido que te dé más dinero... y he decidido obedecerlo... desde que vi a esas señoras desnudas... en tu taller...

Sin embargo, complaciente como madre, quitó una de las perlas de un valioso collar y se la dio a su hijo para que, vendiéndola, realizara una regular suma. Julio no quería aceptar el sacrificio...

—Tu padre nunca lo echará de menos...

Entonces Julio, con avidez, pensó que su padre lo mismo no echaría de menos una que dos o tres perlas y las iba a quitar del collar en cuestión.

—¡Por Dios, hijo! No todas de una vez... Una por una.

En esto vino Margarita Laurier, cuya belleza interesó vivamente al galán, y la madre de Julio lo presentó a ella.

—Le he visto a usted bailar varias veces en el Tango Palace.

—Quizá alguna tarde quiera usted hacerme el honor de bailar conmigo...

Luego conversaron Luisa y Margarita...

Al despedirse Etienne Laurier y su esposa, Julio, con una galantería y distinción que no agradaron precisamente al señor Laurier—que conocía las ideas modernas del apuesto joven—besó la mano de Margarita.

—¡Pobre Margarita!—murmuró el senador Lacour al oído de su amigo Desnoyers—. Laurier es un hombre excelente pero demasiado viejo para ella... Es natural que su corazón busque la compañía de los jóvenes... y que sea romántica.

La primavera dejaba caer sus sonrisas sobre la aldea de Villeblanche y, en lontananza, se erguía orgulloso el castillo

que Desnoyers acababa de comprar. Aquel castillo se había transformado en un palacio-museo de dimensiones colo-



sales, donde se acumulaban todos los objetos adquiridos por Desnoyers en su manía de comprar cosas baratas en las subastas.

La familia Von Hartrott aceptó la hospitalidad de Desnoyers en el castillo con sonriente superioridad...

—Tú podrás tener tus tesoros, Marcelo,—le dijo Karl—pero yo... ¡yo tengo a mis hijos!

El mundo bailaba... Y París sucumbía al ritmo voluptuoso del tango argentino. ¿Quién hubiese anunciado a Julio, cuando era estudiante y frecuentaba los bailes más abyectos de Buenos Aires, que estaba haciendo el aprendizaje de la gloria?

Correspondiendo a su invitación, Margarita Laurier había ido varias tardes al «Tango Palace».



Y la murmuración iba del brazo de la malicia...



—Julio Desnoyers ha abandonado á todas sus discípulas desde que Madame Laurier comenzó á venir aquí...

—Es preciso que alguien informe á su marido... y nuestro joven bailarín tendrá un nuevo duelo entre manos.

de ver á usted.

—Pero es que mi marido puede enterarse...

—¿Por qué no vienes á mi taller? Te prometo ser buen muchacho...

—¿De veras... de veras?...



—Esa es la esposa de Laurier! Julio y Margarita observaron pronto los misteriosos cuchicheos.

—Todo el mundo se fija en nosotros, Julio... Me parece una imprudencia que continuemos viviendo aquí...

—No puedo soportar la idea de dejar

Muchas eran las mujeres que habían subido al taller de Julio, pero nunca antes había entrado allí una como Margarita... ¡una dama!

Y á medida que transcurrieron los días, las horas pasadas juntos eran la encarnación de la felicidad...



IV

Vino la declaración de la guerra....

El extranjero que vivía en el piso a'to de la casa donde tenía Julio su estudio, leyó los periódicos y su rostro adquirió una lúgubre tristeza.

—Es el principio del fin—dijo—; la antorcha que incendiará al mundo.

Las visitas de Margarita al taller de Julio menudearon....

—No sé por qué ya no me parece malo el venir aquí.... ¿Te acuerdas, la primera vez que vine, cuando me tomaste en tus brazos?... Aquella noche....

Y Margarita contó a Julio que su esposo la estrechó contra su pecho con mucho amor... pero entonces menos que nunca, sin despertar el suyo.



— Cuando me besa me parece mal— prosiguió Margarita.— Mis padres fueron quienes arreglaron el casamiento.... No lo quiero....

—No le perteneces a él.... Eres mía....

Argensola se había reunido con el extranjero, cuya misteriosa vida le atraía y con quien, a fuerza de saludarse al cruzarse en la escalera, trabó amistad.

En ese momento el extranjero se disponía a comer una manzana; y, contemplándola, exclamó:

—El símbolo del pecado original.... No tiene nada de extraño que la manzana, con sus bellos colores, haya sido escogida para representar el fruto prohibido. Pero, apenas cae la cáscara, ¡qué aspecto tan distinto! Es como una mujer... despojada de la túnica de la virtud.

La historia que comienza a escribir con sangre uno de sus capítulos más trágicos, es como un torrente que se desborda, rugiente y avasallador.... Y durante el memorable mes de Julio, los acontecimientos se sucedieron rápidamente, arrastrando a las naciones a un remolino que amenazaba tragar a Europa entera....

Cierta día, Argensola preguntó al extranjero:

—¿Nos veremos arrastrados a esta guerra?

—Dos generaciones han sido advertidas, desde que llegaron al mundo, de que, apenas lleguen a la mayor edad, habrá guerra.

Después, asomado a una ventana y habiendo reconocido a dos vecinos, manifestó a Argensola.

—La guerra será cruel para esos. El es francés... y ella, alemana.... ¡Dios tenga piedad del hijo engendradol....

Aquellos inesperados trastornos habían obligado a la familia Desnoyers a volver a París precipitadamente.

La murmuración de que eran objeto Margarita y Julio tomó forma escrita. Y Laurier recibió el siguiente anónimo:

*"Sin duda que se interesará Vd. en saber que Madame Laurier ya no frecuenta el Tango Palace en compañía de Julio Desnoyers, sino que ahora prefiere pasar una hora—de cuatro a cinco— todos los días en el taller del guapo mozo."*

Laurier, profundamente herido moralmente, entrevistó en seguida con Desnoyers, quien, como es de suponer, recibió un gran disgusto al leer el anónimo en cuestión que delataba la conducta infame de su hijo. Y requerido por el pretendido ofendido esposo, Desnoyers lo condujo al estudio de Julio.

Margarita y Julio estaban juntos y muy ajenos a lo que el destino les preparaba.

—¡Imagínate una guerra!... ¡Qué horror! Se acabarían las reuniones, los trajes, los teatros... Todas las mujeres de luto... ¿Concibes eso?

—Pero en cambio, seremos el uno del otro.

Y en lo mejor de sus protestas de amor, fueron sorprendidos por Laurier y Desnoyers, y pueden suponerse las escenas subsiguientes.





—Es inútil tratar de dar explicaciones... ni de pedir las.

—Puede usted enviarme sus testigos, cuando guste.

—¡Por Dios, Laurier, que no haya escándalo...!—le suplicó el padre de Julio, consternado.

Digno muy digno, Laurier dijo a su esposa:

—Te llevaré a la casa de tu madre... y mañana presentaré demanda de divorcio.

## V

Los odios del viejo mundo habían estallado, conmoviendo al globo. La nube negra se abatía sobre los pueblos. Y durante las cuarenta y ocho horas que siguieron, la red eléctrica que cubría el continente vibró sin cesar con la transmisión de esperanzas y de temores, hasta que fué fijada en todos los rincones de Francia la orden de movilización general del ejército y de la marina.

Y mientras Francia entera acudía al llamado de la patria en peligro, el ídolo del tango fué olvidado. La clarinada de los regimientos que congregaban al soldado bajo sus banderas ahogó con sus notas penetrantes la música del Tango Palace...

Y en todas partes se desarrollaban conmovedoras escenas de despedida...

Cerca de la estación de embarque de tropas, Margarita separóse de su hermano que partía al frente con Laurier, y éste, al cruzar a su esposa, hizo como si no la hubiera conocido nunca...

Julio, perdido en la inmensidad de la efervescencia patriótica que reinaba en Francia entera, pensó para sí que de nada servía entonces ser guapo... Lo único que hacía falta era un galón dorado. ¡Caramba!

Argensola invitó al extranjero a charlar un rato en el taller de Julio, saboreando el vino de la bodega de su padre, pensando que aquél tardaría aún en llegar. Pero Julio los sorprendió allí y se sentó a la misma mesa para escuchar al misterioso extranjero.

—También en la tierra del enemigo,

están cantando y gritando... y agitando sus banderas... en la creencia de que el derecho y la Providencia están de su parte. Y cuando el sol salga, dentro de algunas horas, el mundo verá correr por sus campos los cuatro jinetes enemigos de los hombres... Ya piafan sus caballos malignos, con la impaciencia de la carrera; ya sus jinetes de desgracia se conciertan y cruzan las últimas palabras, antes de saltar sobre la silla... ¡Los que preceden a la Bestia...! ¡Los cuatro jinetes del Apocalipsis!... Todo lo había pre-



sentido Juan... Tengo un libro... un libro precioso. Para él nada es un misterio... Habla todas las lenguas, vivas y muertas. Las revelaciones de San Juan, tales como las concibió el maestro Alberto Durero... Es el momento en que la profecía va a cumplirse... Se escuchará la voz de la Bestia... y la cabalgada furiosa de los cuatro jinetes pasará como un huracán sobre la muchedumbre de los humanos... El primer jinete de la profecía, sobre un caballo blanco era la Conquista, según unos, la Peste, según otros... El segundo animal es un caballo rojizo... Su Jinete era la Guerra... Otro de los animales alados mugía como un trueno... Juan veía un caballo negro... El Jinete era el Hambre... El cuarto animal llevaba sobre sus lomos al cuarto jinete: ¡la Muerte!

Un grito de dolor anunció al extranjero, a Julio y a Argensola una desgracia; y asomándose a la ventana vieron en la calle, bañado en sangre, el cuerpo de la infeliz alemana! ¡Se había suicidado al partir a la guerra su esposo!

Empezaba el suplicio de la humanidad bajo la cabalgada salvaje de sus cuatro enemigos...



..

Durante catorce días tenebrosos, el aliento quemante de la Bestia hizo arder la tierra... mientras las naciones se alzaban una contra otra.

Mientras Francia, estremecida de patriotismo, acudía al llamamiento del deber, Desnoyers, inquieto, pensaba en la deuda que tenía con su país...

Las llamas de la guerra quemaron las alas de la mariposa... Y una mujer, Margarita, transformada, despertó y tendió los brazos a la patria que llamaba, imperiosamente...

—Está mal ser feliz Julio... y amarnos así, cuando todos son dolores y tristezas en nuestro alrededor.

—¿Acaso no vamos a casarnos apenas seas libre?

Continuaron platicando... Margarita dió a leer a Julio una carta de su hermano, que decía así:

*"Laurier está desconocido. Es un héroe. Para él no hay riesgos... Su vida es una sucesión de actos temerarios..."*

—¡Es una felicidad que seas un extranjero y no tengas que partir! ¡Sería horrible pensar que estabas en peligro!

Después de esto, se despidieron por aquel día:

—Me marchó, porque llegaré tarde a mi clase... Dentro de poco espero que me den mi diploma de enfermera.

René, novio de Chichí, había sido designado para ocupar un puesto en el servicio auxiliar, y se presentó a ella vestido de soldado.

—¿Qué bueno se ha arreglado que te quedes en casa! Te llamaré mi soldadito de caramelo—le dijo, festiva, Chichí.

—Mi intención era ir al frente, pero mi padre...

## VI

Desnoyers quería ir a su castillo de Villeblanche y el senador se encargó de proporcionarle los papeles.

—Aquí está el pasaporte, pero le advierto que es peligrosísimo hacer el viaje... La jornada está sembrada de riesgos sobre todo en estos momentos...

Julio se presentó en su casa cuando había aún en ella el senador.

—Vine a despedirme de mamá que parte para Biarritz...—dijo a su padre—Me dice que tú te marches al castillo.

Poco fué el caso que le hizo su padre. Luego Julio, preguntó al senador, si sabía dónde estaba Madame Laurier.

—Todo el mundo está saliendo de París...—contestó—Tal vez iría a Burdeos con su madre.

El trueno incesante del cañoneo, que retumbaba a lo lejos, como un eco al galope de los Cuatro Jinetes, llegaba hasta Villeblanche...

Días enteros, aplastados por el infortunio, presas de pánico, los refugiados iban hacia París...

En tanto que otros, sobre los cuales cabalgaban los Cuatro Jinetes que precedían a la Bestia, marchaban también, incesante, implacablemente...

Tranquilo respecto a su familia, a la que había mandado a Biarritz, Desnoyers no tenía más que una preocupación: sus tesoros. Y se dirigía impaciente, hacia Villeblanche.

Sólo el conserje y su familia habían permanecido en el castillo.

La fatalidad quiso que los campos del Marne fueran invadidos... y que el castillo de Desnoyers se convirtiera en cuartel general del ejército enemigo.

Después de una noche de terror, Desnoyers, abatidísimo ante el saqueo tolerado de sus riquezas, recibió una inesperada sorpresa al oír una voz familiar.

—¿No me conoces, tío? Soy Otto... El capitán Otto Von Hartrot.

—¡Mi sobrino! ¿Has venido para ayudarme?... Mira. Mira lo que han hecho tus camaradas... Diles que se marchen.

—¡Horrible! Pero, ¿qué quieres?... Esa es la guerra...

Desnoyers desbordó su cólera en improperios contra el enemigo, mas su sobrino le interrumpió enérgicamente.

—Es una ventaja que hables en español... Si persistes en esos ultrajes, acabarán por matarte.



## VII

En Londres, á la sombra de la gruta sagrada.

Las víctimas de la guerra encuentran ahí reposo y paz, después del ensordecedor batallar de las trincheras...

Etienne Laurier, herido en la vista, tenía por enfermera, sin saberlo, á su esposa Margarita que, cumpliendo su sagrada misión, le prodigaba sus tiernos cuidados.

..

Las numerosas pesquisas de Julio dieron, al fin, como resultado, el encuentro de Margarita.

Julio vió á Margarita paseando en una silla mecánica á su esposo, y una ola de celos afluyó á su rostro.

Margarita, al reconocer á Julio, se separó por un momento de Laurier, para hablar con él.

—¡Y por eso te fuiste sin un aviso... sin una palabra!... Me abandonaste para venir aquí, en busca de él... Dí, ¿por qué has venido?

—Está ciego... Julio... Tú eres un hombre, yo soy una mujer... No me entenderás por más que hable. Los hombres no pueden alcanzar ciertos misterios nuestros... Una mujer me comprendería mejor.

—¿Y nuestra dicha?... ¿Y yo?

—La vida no es como la habíamos concebido. Sin la guerra, tal vez habríamos realizado nuestros ensueños, pero ¡ahora!

—Margarita, leo en tu alma. Amas á ese hombre, y haces bien. Es superior á mí y las mujeres se sienten atraídas por toda superioridad. Yo soy un cobarde... pero yo recuperaré lo perdido... Este país es el tuyo... Yo me batiré por él... No digas que no...

El castillo de Villeblanche continuaba ocupado por las tropas invasoras... y por haber querido protestar contra ellas, Desnoyers fué castigado...

—Mi querido tío,—le dijo su sobrino—

te aconsejé que no intervinieses en estas cosas y no me has hecho caso... Ahora tendrás que sufrir las consecuencias de tu falta de discreción.

La luz matutina reveló el milagro del Marne. Los ejércitos de soldados grises se retiraban...

Y los defensores de la patria volvían á tomar posesión de sus propias aldeas y de sus propias campiñas...

Y abriéndose paso á través de un mar de miserias y de infortunios por entre las interminables filas de muertos y de agonizantes, Desnoyers regresó á París.

En su casa de París, Julio se presentó á su padre... ¡vestido de soldado francés!

El asombro de Desnoyers fué inmenso.

—¡Tú! ¡Tú soldado!... ¡Tú defendiendo á mi país que no es el tuyo...!

Y tendiéndole los brazos y estrechándolo fuertemente contra su pecho, el padre resentido, perdonaba...

—Vé... Tú no sabes lo que es la guerra... Yo vengo de ella... La he visto de cerca... No es una guerra como las otras... es una cacería de fieras...

Luisa, regresando á París, quiso oponerse á la partida de Julio... sin resultado.

René también iba al frente pues había sido transferido á la artillería... para que Chichí no le llamara soldado de caramelo.

Al despedir á su hijo, Desnoyers le dijo, recordando las escenas del castillo, y haciendo un esfuerzo:

—Tal vez encuentres frente á tí rostros conocidos. La familia no se forma siempre á nuestro gusto. Hombres de tu sangre están al otro lado... si ves alguno de ellos, no vaciles... ¡tira! es tu enemigo... ¡Mátalo! ¡Mátalo!

## VIII

Desnoyers obtuvo permiso para ir á visitar á Julio al frente y los numerosos paquetes de ricos presentes que le llevaba, los distribuyó él entre sus camaradas. ¡Estaba transformado! Todo el mundo se hacía lenguas de su abnegación y de su valor.



Preguntado por su padre acerca de Margarita, Julio entristecido, contestó:

—La vi... la víspera de salir de París...

—Es muy bondadosa hacia Laurier... pero ella también sufre...

La entrevista fué corta... porque el enemigo iniciaba un violento tiroteo precursor de un ataque.

—Besa á mamá de mi parte...

Mientras se alejaba, Desnoyers se repetía, satisfecho de la transformación de Julio:

—No lo matarán... Me lo dice el corazón...

..

Luchando contra su amor hacia Julio, Margarita, pacientemente se sacrificaba...

Pero, vencida por el dolor, tomó, resueltamente, la determinación de separarse del ciego y le escribió la siguiente carta:

*«...Perdóname. Me voy. Es una farsa que permanezca yo aquí. Llevo en el alma una mentira. Mi corazón sigue perteneciendo á Julio. Una vez más perdona y olvida á*

*Margarita».*

Sin embargo, la voz del deber fué poderosa y Margarita, viendo en imaginación á Julio que le aconsejaba que debía olvidarlo y no separarse de su infortunado esposo, y presentándosele, en realidad el ciego que la llamaba, rompió la carta y dió la mano al sin luz...

Entretanto, á través del lodo putrefacto, por debajo de las balas y los obuses asesinos, en medio de la noche—pesadilla de fuego—los nietos del centauro Ma-

dariaga fueron uno al encuentro del otro...

El uno, soldado de Francia...

El otro, soldado de Alemania...

El encuentro fué trágico... y la consecuencia sangrienta y horrorosa. ¡Julio, sargento, y el capitán von Hartrott, morían juntos!

Karl recibió la carta de aviso de defunción de su hijo.

—¡Mi último hijo! El único que me quedaba...

—Tú tienes la culpa—le objetó, desconsolada, Elena—Si hubieras escuchado las enseñanzas de mi padre, no habríamos salido nunca de Argentina, y nuestros hijos estarían vivos...

Y Karl y Elena, abatidos, se abrazaron febrilmente...

René volvió á París manco... pero Chichí le amaría más todavía...

Las naciones se cubrían de luto mientras la gloria glorificaba á los valientes...

Desnoyers, Luisa, Chichí y su glorioso manco, visitaron el lugar de cuyo suelo surgían millares de cruces, donde había sido enterrado Julio, para besar la tierra que lo cubría.

El extranjero que vivía en el piso alto del estudio de Julio, estaba allí lamentándose al cielo.

—¿Usted conoció á mi hijo?—le preguntó Desnoyers.

El visionario, en un gesto de piedad, contestó:

—¡Yo los conocí á todos! ¡La Bestia no muere. Es la eterna compañera de los hombres. Se oculta, chorreando sangre, cuarenta años, sesenta... un siglo... pero reaparece. Todo lo que podemos desear es que su herida sea larga, que se esconda por mucho tiempo y no la vean nunca las generaciones que guardarán todavía nuestro recuerdo!

FIN





APUNTE CINEMATOGRAFICO

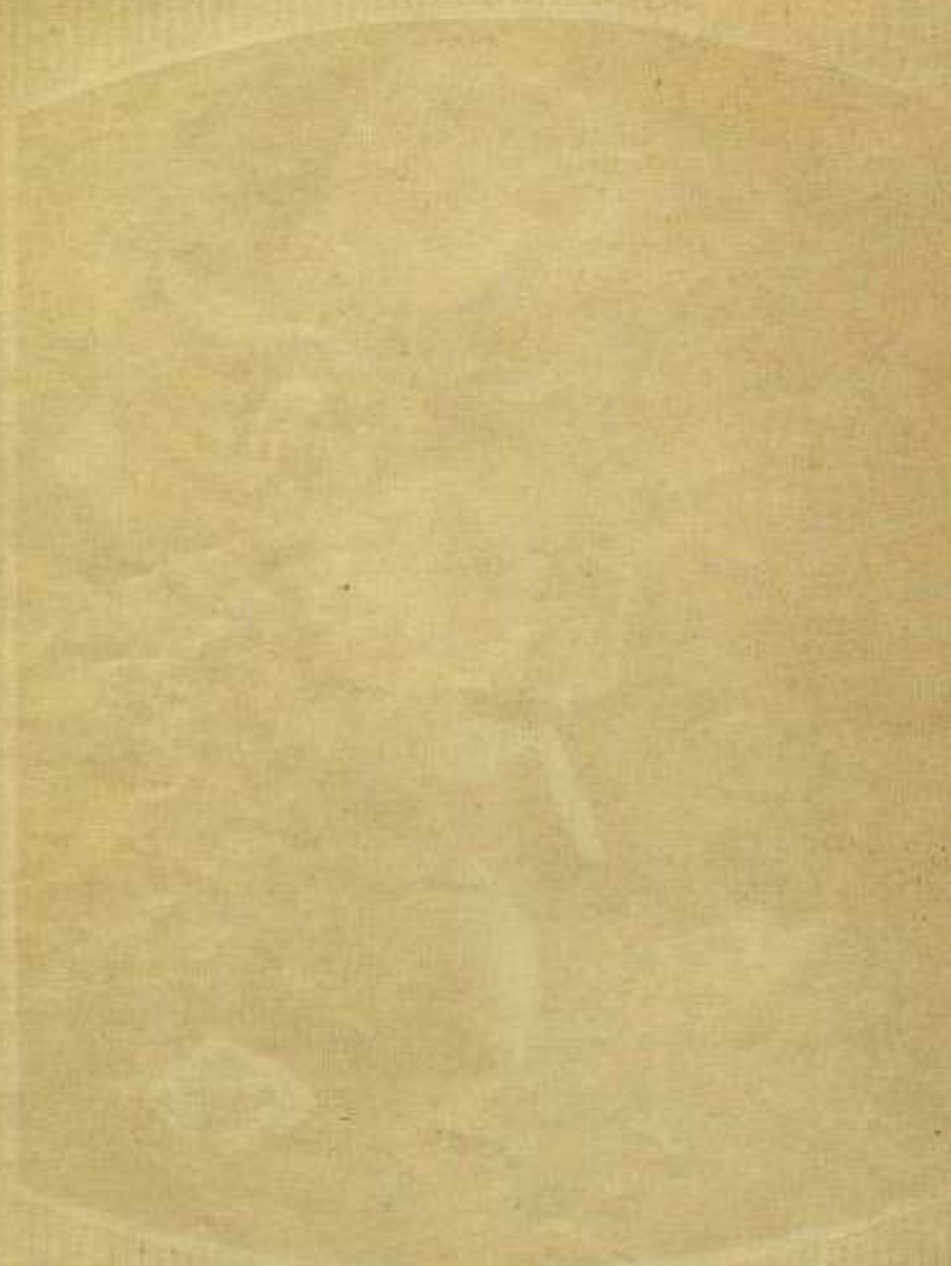
MAY MAC AVOY





DOUGLAS FAIRBANKS









Argumento de la película de dicho título

La casa de Lord Loam, uno de los aristócratas de más brillante abolengo de Londres, contenía un tesoro de riquezas, aparte de las inmensas, inapreciables fortunas, que representaban los seres «superiores» que en ella vivían entre sedas y rasos y una legión de doncellas y domésticos.

Apenas despuntaba el alba, la servidumbre volvía a estar en pie para cumplir con la severa obligación... mientras los señores seguían durmiendo.

Ocupando un pequeño lugar en la Divina Creación, que parecía mucho más pequeño ante la ostentación de la casa en que servía en calidad de criada, estaba Charito, buena muchacha, dócil y contentadiza como un niño... y feliz porque en su alma alimentaba una deliciosa esperanza.

No pasó jamás por la cabeza de Charito la idea de envidiar la inmejorable posición de sus señores, pero ello sí ocurrió en el vacío cerebro del groom encargado, entre otros servicios menos importantes, del de la limpieza de los zapatos, botas y botines de todos los aristócratas. Gracias a la curiosidad del chico (que miraba por el ojo de la cerradura para saber lo que ocurría en las habitaciones) vamos a enterarnos de quienes eran los moradores del maravilloso palacio.

Lord Loam, del que ya nos hemos ocupado un poco.

El honorable Ernesto Woolley, sobrino de Lord Loam, un caballero que gastaba mucho en propinas por el gusto de

verse saludado por camareros de restaurant.

Lady Agata Lasenby, hija menor de Lord Loam, cuya sola preocupación consistía en arreglar su cutis y su cuerpo para que el uno y el otro tuvieran los mayores encantos, como una muñeca de cristal; y, finalmente, cerrando el número de los seres «superiores»:

Lady Mary Lasenby, hija mayor de Lord Loam, flor de estufa, encarnación de la mujer frívola, quien se sorprendería si le dijeran que las manos son para trabajar y no para manicurarse, la cabeza para pensar y no para peinarla solamente, y el corazón para amar además de latir.

En segundo plan corresponde citar al ministro anglicano Treherne que vivía con los aristócratas porque ello era de buen tono.

Los demás mortales de la regia mansión, no importa nombrarlos, por no ser más que oscuros satélites que giraban, casi imperceptiblemente, alrededor de los cuatro astros de primera magnitud de aquel paraíso.

Sin embargo, hay que hacer excepción para Guillermo Crichton, el mayordomo correcto y leal por excelencia que dirigía con suma habilidad la administración interior de la casa de Lord Loam. Todas las responsabilidades recaían en él y no podían contarse las veces que los caprichos de los nobles señores, principalmente de las «señoras», hacían absurdas incisiones en el árbol coloso de esas responsabilidades.

Pero el mayordomo, con prudencia de



sabio, encerraba su espíritu en la resignación y si su loable conducta no abría a la luz de la consideración los ojos de los aristócratas, se hacía, aunque levemente, sentir en su orgullo halagado por sus admirables servicios.

Siempre alerta y fanáticamente devoto del deber, el mayordomo, merecidamente apreciado por sus subordinados, era a la vez temido por sus severos principios, pues aunque él no participara de más teoría que de la igualdad de clases, exigía de cada uno el máximo de su labor mientras la vida no sufriera variación ensanchando sus horizontes para goce de toda la humanidad por un igual.

De fondo impecable, pródigo en ayudar a sus semejantes, el mayordomo cubría su grave rostro con el velo inalterable de religiosa sumisión delante de sus señores.

La mañana en que comienza nuestra novela, fué de mal agüero para el groom que curioseaba por el ojo de las cerraduras, pues recibía del vigilante mayordomo un soberbio tirón de orejas.

Eso ocurrió delante de la habitación de Lady Mary, la coqueta criatura frágil como las burbujas de jabón y hermosa, a pesar de su altivez, como una diosa, como una Venus. Una tentación pecaminosa asaltó la mente de Guillermo, provocada por el conocimiento del medio empleado por el despreocupado groom para sorprender a quienes ocupaban los interiores interesantes de espiar, con el oído para percibir el suave rumor de los vaporosos «deshabillés», o con la vista, para ver esos delicados vestidos sobre los sedosos cuerpos... mas, imponiéndose con su voluntad a cometer tal bajeza, alejóse de allí, pensando, con melancolía, que existen en la tierra poderes extraordinarios que avasallan como el temor de Dios.

En su magnífico «boudoir», Lady Mary, entretanto, tomaba su acostumbrado baño, meticulosamente preparado por la doncella de conformidad con las últimas indicaciones dadas por la aristócrata. No podía haber doncellas perfectas para Lady Mary... porque ella distaba mucho de poseer esa cualidad.

Lady Mary debió levantarse con mal-

humor y cuando eso le sucedía — a menudo — era verdaderamente insoportable su tiranía que alcanzaba inclusive al mismo mayordomo. Esa mañana, mientras estaba desayunándose teniendo delante de sí, para servirla, a Crichton, ella le objetó con disgusto:

—Esta tostada está echada a perder... y no es la primera vez que se lo digo....

El mayordomo, sin perder su serenidad, le replicó:



*Lady Mary, hija mayor de Lord Loam,...*

—¿Está segura la señora de que es la tostada lo que está echado a perder?

Las comparaciones son odiosas y a veces muy peligrosas. Lady Mary comprendió la de Crichton y, con gesto imperativo, le ordenó:

—Basta, Crichton, puede retirarse.

Del salón de Lady Mary pasó el mayordomo a la biblioteca donde Charito, por encargo especial suyo, quitaba diariamente el polvo de los libros y de los muebles.

*“La Sabiduría es el Divino manantial que satisface el noble anhelo del espíritu de Reyes y esclavos, elevándolos a la misma cumbre...”*

Crichton hojeó un libro de poemas, de Henley, y sin darse cuenta leyó en voz alta: *Yo era rey de Babilonia*

*Y tú una esclava cristiana*

Charito, que le escuchaba, le interrumpió:

—A mi no me gustaría ser esclava de nadie...



—¿Ni del Rey de Babilonia?

—No... á no ser que lo fuera tuya, Crichton....

El mayordomo miró á la gentil doncella y la sonrisa que la dirigió fué para ella como un cosquilleo en su ingenuo corazón.

Crichton seguía alimentando su espíritu con los versos de Henley, mientras que Lady Mary buscaba precisamente el tomo que él leía de dicho autor. Después de preguntar á su hermana y á su primo Ernesto si habían visto el libro en cuestión, Lady Mary pensó que probablemente el mayordomo lo había devuelto á la biblioteca y á ella fué.

Charito, que vio llegar á la señora, agitó con más fuerza el plumero, no teniendo tiempo, á su pesar, de avisar á Crichton, á quien Lady Mary sorprendió ensismado en la lectura.

—¡Ah! Perdón la señora; no me di cuenta.

—Crichton, busco el segundo tomo de Henley.

—Me permití consultarlo, señora,... y aquí está.

—No tenía idea de que le interesara la literatura, Crichton.

—Es mi distracción favorita desde mi infancia, señora.

—¿Qué le parece entonces Henley?

—Oh, señora, ¿qué valor puede tener mi opinión frente á la suya?

Lady Mary no se autorizó nunca á platicar amigablemente con un criado, y Charito, además de celosa, estaba asombrada. A Crichton le parecía muy natural la largueza de su señora suponiéndola producida por el halago que inconscientemente él le había hecho leyendo á su poeta predilecto.

Pero había alguien que sabía muy pocas cosas de los Reyes de Babilonia, si bien estaba muy bien informado de las reinas en el ballet de Cleopatra. Ese era Lord Brockelhurst, novio de Lady Mary, cuya aparición ante ella en la biblioteca donde, sabiéndola allí, había ido á buscarla, cortó el breve diálogo entre ella y Crichton.

Charito se puso muy contenta al verse de nuevo sola con Crichton quien, por su parte, y para martirio de Charito, contemplaba como se alejaba la pareja aristocrática, como luego se sentaba y se cambiaba promesas de amor y caricias...

que debían ser dulces, ¡oh, sí!, de una dulzura infinita, y como el Lord le entregaba á su novia un valioso anillo que ella besaba....

La voz de muñeca animada de Lady Mary arrancó á Crichton á sus meditaciones:

—Un whisky con sifón para Lord Brockelhurst, Crichton.

¿Qué le importaba á un humilde mayordomo que un Lord y una gran dama se prometieran para casarse pronto?

En cambio, á la buena Charito sí que le interesaban esos amores....

Ese mismo día, por la tarde, á la hora del té, la hora de las confidencias, Lady Eileen Dun Graigie fué á pedir consejo á su amiga Lady Mary.

Por Lady Mary misma, Eileen fué introducida al salón de té donde, frente á un mapa, estaban reunidos Lady Agata, Lord Loam, el Honorable Ernesto Wolley y el ministro anglicano. Lady Mary le explicó á su amiga, después de haber ésta saludado á todos:

—Estamos haciendo itinerario para un viaje á las islas del Sur, Eileen, y tú serás de la partida, ¿verdad?

Los demás insistieron en que Eileen aceptara la oferta de acompañarlos en su pasatiempo de millonario, mas la requerida se excusó con breves palabras de agradecimiento que terminaron como sigue:

—Repito las gracias; no puedo aceptar, me parece. He venido para hablar un rato con Mary.

..

Lady Mary y Lady Eileen se aislaron en otra habitación para conversar á solas. Lady Eileen, con mal disimulada tristeza, abrió el diálogo:

—Mary: una amiga mía está locamente enamorada de un hombre que no pertenece á su clase. El la ama y quiere casarse con ella. ¿Crees que pueden ser felices?

—¿Quién es él?

—Es... es... su chauffeur.

—He aquí pues mi opinión: ¿pondrías á vivir en una misma jaula á un cuervo y un ave del paraíso? Hay clases, querida Eileen, y nos es imposible cambiar.... Por lo que adivino, esa amiga de quien me hablabas eres tú misma y mayormente te aconsejo que reflexiones antes de



aventurarte en sendas peligrosas que fatalmente te habrían de apartar para siempre de tu noble familia.

—Dí lo que quieras, Mary, pero hay una cosa que todo lo iguala: el amor.

—¿Te marchas ya? Te ruego, querida Eileen, que consideres que sólo me ha guiado el afecto que te tengo al emitir mi



...te aconsejo que reflexiones antes de aventurarte en sendas peligrosas.

parecer. Consulta de nuevo tu caso contigo misma, y tú, más que los demás, tienes la obligación de prever con toda serenidad las consecuencias de un paso en falso.

—Gracias, Mary; me lo iré pensando mejor....

—Adiós, Eileen. ¿No me abrazas?

—Es verdad; me distraje. Adiós.

Lady Eileen partió. Lady Mary, desde una ventana miró a la calle y vio que su amiga, al poner pie en el estribo del automóvil que la esperaba a la puerta del palacio de Lord Loam, se dejaba aprisionar las manos entre las de... su chauffeur. Lady Mary volvió la cabeza hacia la habitación, vió al mayordomo Crichton ocupado en recoger el servicio de té de las dos ladies, y le dijo, disgustada por el brusco cambio operado en Lady Eileen:

—Se están volviendo muy demócratas, señores criados. ¡Una aristócrata enamorarse de su chauffeur! ¡Es inaudito!

—No sabemos lo que nos está reser-

vado, señora. Si todos los hombres volviéramos a la Naturaleza, es posible que los criados de hoy serían los señores de mañana.

—No me parecen muy oportunas sus palabras, Crichton.

—Pido mil perdones a la señora.

Unos días después, la nave de Lord Loam, gozosa, enfiló la proa hacia los rutilantes mares del Sur. Con Lady Mary, Lady Agata, Lord Loam, el Honorable Ernesto y el ministro anglicano, habían embarcado Crichton y Charito, como mayordomo y doncella respectivamente. En cuanto al novio de Lady Mary, había pretextado tener que quedarse en Londres... donde sus conquistas le reclamaban.

Atento al menor capricho de Lady Mary, Crichton se hallaba siempre, sino a su lado, al alcance de su tenue voz.

El honorable Ernesto, leyendo un periódico se detuvo, pasmado, en una nota de sociedad inserta en él, y llamó a su prima Lady Mary, dándosela a conocer. Esa nota anunciaba lo siguiente:

#### BODA ARISTOCRÁTICA

*"Lady Eileen Dun Grigie, hija única del Marqués del Morne, ha sido pedida en matrimonio por Mr. John Mc. Guitre. El novio es el chauffeur..."*

—Lo que diría Eileen: «Contigo "pan-ne" y cebolla» —dijo, entre risotadas, el Honorable Ernesto.

—Es tan absurdo —exclamó Lady Mary— como si yo me casara con Crichton. Esta exclamación llegó hasta Crichton y hasta el corazón de Crichton.

Charito, por su parte, se lamentaba de que, a pesar de haberse embarcado como doncella para estar al lado de Crichton, éste no se hubiese dignado mirarla desde que estaban en el barco.

Los vientos del Azar habían empujado la ligera nave por los mares del trópico preñados de peligros... y el Destino con mueca lúgubre se había apoderado del timón. Un descuido del piloto había arrojado el yate contra la escollera de una isla perdida en el océano, abriéndose, por efecto del rudo choque, un enorme boquete en el barco que amenazaba hundirse en breves segundos.

Las operaciones de salvamento fueron efectuadas con la rapidez necesaria. Desde este momento, Crichton elevó su voz ante sus señores.

—Alto, señor —le dijo a Lord Loam—.



Este bote es para las mujeres; el otro estará disponible en un instante. Suban ustedes, Lady Agata, Charito, Lady Mary... ¿Dónde está Lady Mary?

Nadie se ocupaba del prójimo en aquellos terribles y contados momentos de salvación. Reinó tal confusión y el espanto los había talmente enajenado a todos, que los que pudieron embarcarse en el bote remaron desesperadamente hacia la isla para ponerse a salvo.

Lord Loam, desesperado de aguardar a su hija Lady Mary, sin atreverse a ir a buscarla al salón del yate en que se hallaba cuando el agua penetró con estrépito y furia en él, y viendo que el barco se inclinaba hacia un costado a riesgo de desaparecer debajo del agua, se agarró a una pavesa flotante y se dejó empujar por la corriente....

Entretanto, Crichton, con singular arrojo, cooperó al salvamento de Lady Mary que, sin su ayuda, hubiera perecido en el naufragio.

Cuando apenas Lady Mary y Crichton hubieron sido arrojados al agua, el yate, en un postrer movimiento, quedó encastrado en las rocas.

Lady Agata, Charito, el Honorable Ernesto y el ministro anglicano llegaron poco después a la isla y esperaron ansiosamente y temblando de frío a los demás naufragos.

Tras grandes esfuerzos, Crichton y Lady Mary alcanzaron la tierra. El cuerpo de Lady Mary, extenuado de fatiga, mostraba, por girones de sus suaves ropas pegadas a sus formas de diosa, blandas desnudeces de una pureza incitante. De repente, como la neblina que desaparece ante los rayos del sol, para Crichton ya no era Lady Mary una gran señora: no era más que una mujer, hermosa, que quedaba confiada a él. ¿Qué alteración violenta y radical iban a sufrir los valores sociales de cada uno de los naufragos!

A la caída de la tarde, Lady Mary y Crichton encontraron a los demás excepto Lord Loam. La idea de que se hubiese ahogado les llenó de tristeza. Mas el cansancio y también el esfuerzo

moral rindieron, además de las mujeres, al Honorable Ernesto y al ministro, desconocedores de los sinsabores que reserva la vida.

Crichton, esclavo de su dueña ado-



La nave de Lord Loam, gozosa, enfiló la proa... rada en silencio, eligió la hendidura de una roca enorme para cobijarla en ella y velar su sueño...

Crichton era el único hombre de los



tres que estaban allí, pues el aristócrata y el pastor, sobrecogidos de espanto al igual que las mujeres, por oírse cercano el rugido de las fieras moradoras de la isla, permanecían silenciosos y encogidos....

A Charito, que no le quitaba ojo a Crichton, le pareció que éste temblaba y, cariñosa, como sincera enamorada, le cedió su mantón, que no se mojó por encontrarse ella sobre el puente del yate cuando ocurrió el choque y la inundación en el salón donde estaban los demás.

El cuerpo de Lady Mary era presa de intermitentes escalofríos. Crichton notó



*Crichton, esclavo de su dueña adorada en silencio...*

esto y, a su vez, cual si cuidara a un enfermo, despojóse del mantón de Charito y se lo dió a la primera, causando el natural enojo de la doncella... de inagotable resignación.

Sin más incidentes importantes dignos de apuntar, pasó la noche durmiendo la comunidad confiada a la vigilancia de Crichton, de centinela junto a su dueña.

Así vino el nuevo día y con él reapareció el hábito, el más poderoso elemento de la naturaleza humana, que difícilmente se doblega.... Y los ilustres Loam, acostumbrados a ser llamados por la mañana, cuando el perfumado baño estaba preparado, no querían comprender todavía que el "despertador" de

la Naturaleza es la resplandeciente Aurora. Crichton les obligó a despegarse sin contemplaciones y les dijo:

—Voy a ver con el bote si encuentro alguna cosa en el yate, si es que todavía es posible penetrar en él, y ustedes pueden ir a las rocas en busca de algo para comer. De paso vocean el nombre de Lord Loam por si éste hubiese llegado durante la noche.

Murmurando por lo bajo, los aristócratas, el ministro y Charito obedecieron a Crichton.

Entretanto, Lord Loam, que en efecto llegó a la isla cuando al destino le pareció bien, se había internado en un bosque y contemplando unos magníficos cocoteros, recordó lo que contaban de Robinson Crusoe:

*"...Empecé a arrojar piedras a los monos. Llevados de su instinto de imitación, arrancaban los sabrosos frutos de los cocoteros en que estaban encaramados y me los tiraban a la cabeza..."*

Lord Loam siguió el ejemplo del popular Robinson... y a no ser por sus piernas que gracias a Dios respondieron a su llamada, no hubiera podido escapar a la venganza de un temible gorila.

Crichton, por una parte, y el resto de los naufragos por otra, regresaron al "campamento" con lo que les fué dable traer, aquél del yate y éstos de las rocas. Sin embargo todo ello no serviría más que para un día.

Crichton se dispuso a preparar el almuerzo. Para encender el fuego, precisaban cerillas; pero el ingenio del mayor-domo suplió esta falta: los rayos del astro solar, convergiendo en un cristal, harían fácilmente arder la leña seca.

—Señorito Ernesto, necesito el vidrio de su reloj.

—¿Qué maneras son esas?...

—Déme el vidrio de su reloj, le he dicho, y tiempo le quedará luego de discutir.

No había más remedio que someterse a las exigencias del criado.

—Aquí lo tiene usted.... Y dése pri-



sa.... Se está haciendo tarde y ya sabe que no nos gusta esperar el almuerzo.

—Es verdad.... Va usted a ayudarme. Tome: vaya hasta el arroyuelo y traiga un cubo de agua.

—¡Qué gracioso! ¿Quiere usted elevarme al cubo, Crichton?

La réplica del Honorable Ernesto irritó a Crichton. Este se levantó del suelo y dijo a Charito, que peinaba a Lady Mary con medios absolutamente primitivos:

—Charito: vigila el fuego mientras yo voy con el señorito Ernesto a buscar agua.

Lady Mary dirigió una mirada de odio al criado que se anteponía a su voluntad, mas no tuvo valor para impedir que Charito le obedeciera.

Crichton asió de las manos al Honorable Ernesto; lo condujo al arroyuelo y le entregó el cubo para que lo llenara de agua. El aristócrata no quería «humillarse» a tanto. Entonces Crichton llenó el pozal por él para mostrar al noble cómo se ejecutaba ese trabajo y, para que no se le olvidara la lección, le handió la cabeza en el cubo diciéndole:

—La próxima vez que pretenda eludir un esfuerzo con un chiste le sucederá exactamente lo mismo. Ahora, llene usted mismo el cubo.

Afortunadamente la razón de la impotencia ante Crichton se impuso a los arranques de energía del Honorable Ernesto, que soportó la afrenta rugiendo de ira por dentro.

Lady Mary, menos sumisa que su primo, ordenó a Charito que la peinase, importándosele un ardite la recomendación del mayordomo.

Cuando Crichton y el Honorable Ernesto volvieron, el primero vió con indignación que su fuego estaba apagado:

—¿Por qué no te ocupaste del fuego, Charito?

—Ahora voy, si tú quieres, Crichton....

—No te muevas, Charito. Soy yo y no Crichton quien te paga el sueldo.

—Señora—replicó Crichton a la altiva Lady Mary—; puede ser que cada uno de nosotros tenga que pasar en esta isla el

resto de nuestros días, y sólo sirviéndonos mutuamente podremos hallar algún bienestar.... Los que no quieran pagar esta ventaja con la moneda de su propio esfuerzo... que se separen y vivan de sus propios recursos.... El hambre y el frío los aguarda.

—¿Debemos entender, Crichton, que si mi hermana y yo no trabajamos nos quedaremos sin comer?

—Sí, señora....

Atendiendo solamente a la voz de su orgullo ofendido, Lady Mary, Lady Agata y el primo de ambas se alejaron del "campamento" de Crichton y no se hallaban a mucha distancia de él cuando, causándoles el consiguiente susto, se les apareció Lord Loam surgiendo de entre un espeso follaje en el cual se refugiara para burlar al gorila.

Las ladies y el primo recobraron sus humos de grandeza. Lady Mary se apresuró a decirle:

—Papaito: ahora que Dios nos ha he-



.. sólo sirviéndonos mutuamente podremos hallar algún bienestar..

cho la gracia de que te encontráramos, debes hacer sentir tu autoridad como jefe de esta isla. Crichton está insupportable y ha cometido con nosotros las mayores groserías. Ernesto te contará lo que se ha permitido hacerle.

—Fué brutal conmigo.... Por prudencia, tío, no me rebele.



Puesto al corriente de la conducta de Crichton, Lord Loam se hizo conducir á su presencia, y sostuvo con él esta plática:

—Crichton: es cuestión de decidir quien debe mandar aquí; yo he nacido Lord y por lo tanto debo mandar.

—Señor, los privilegios que le da su nacimiento en Inglaterra no tienen nada que ver en esta isla desierta.... Mientras, perdone Lady Mary si insisto en que me dé este encaje dorado que lleva en su vestido.... Hará una excelente red para pescar.

—Crichton, pida usted excusas inmediatamente ó dese por despedido.



*Puesto al corriente de la conducta de Crichton, Lord Loam....*

—Yo no quiero dejarlos.

—En este caso, nosotros le dejaremos.

Crichton se quedó solo; Charito, como era natural, siguió á los nobles.

Pero una cosa es ser Lord en Inglaterra y otra serlo en la selva.

Lord Loam no había previsto los inconvenientes que le esperaban á él y á su familia.

Crichton se construyó en unas horas una choza muy maciza y perfectamente cubierta.

Lord Loam, que á pesar de haber trabajado todo el día en ella, secundado por su sobrino, vió derrumbarse sobre las mujeres, la frágil cabaña que construyeron, tuvo remordimiento de haber abandonado á Crichton, cuya choza con-

templaba admirado, y le dijo á su sobrino:

—¿Es posible, Ernesto, que un estudiante de Oxford sepa menos que un criado?

Sólo le faltaba este elogio al Honorable Ernesto para que su desesperación alcanzara su grado máximo.

No cuesta gran esfuerzo ser valiente á la luz del día. De noche las cosas cambian.

Sin cena, sin ropas con que cubrirse ni fuego donde calentarse, y con la obligación de dormir á la intemperie, los Loam permanecían tristemente silenciosos....

De súbito, un olor á comida vino á presentar batalla á su vacío estómago. Este apetitoso perfume procedía de la choza de Crichton.

En la ruda lucha de los Loam venció la materia al espíritu. El lord, renunciando el primero á su necio orgullo, estimuló á los suyos á volver al lado de Crichton. El estómago los venció á todos, excepto á Lady Mary, quien, rencorosa, se negó á seguirlos.

—Tengo tanto ó más apetito que vosotros, pero primero me moriré de hambre antes que pedirle nada á Crichton.

Charito se quedó con su señora.

Humildes, con la humildad de los niños castigados que imploran el perdón de sus padres, los Loam se reconciliaron con su mayordomo. El triunfo de Crichton sería palmario cuando ella, Lady Mary, la adorada mujer, depusiera su arrogante actitud á sus pies.

Charito, frágil por amor y por el hambre, no pudo contenerse más y se separó de su señora con esta razón:

—[No quisiera dejarla, señora, pero aquella sopa huele tan bien...]

Se puede resistir el hambre, se puede resistir el frío; pero el miedo á lo desconocido hace vacilar á las voluntades más tercas.

Presa de un pavor indescriptible, Lady Mary volvió á Crichton. Este simuló no haber reparado en ella. Lady Mary se





MARIE DUPONT







sentó a su lado y le dió unos golpecitos en el brazo. Crichton, sin pronunciar una palabra, le llenó medio cascarón de coco. Lady Mary se quitó el encaje dorado de su vestido y se lo entregó a Crichton al mismo tiempo que prorrumpló en llanto desgarrador. Era la sumisión de un poder rebelde a una fuerza superior.

..

Bajo el latigazo energético de la necesidad, llega uno, a veces, a comprender que la Naturaleza sólo es cruel para los

vamente feliz. Cada miembro tenía su tarea y aportaba su esfuerzo para el bien común.

Pieles de fieras cazadas por medio de trampas ó derribadas á flechazos, cubrían sus cuerpos.

Crichton, como por sus méritos le correspondía, era el ser superior que los dirigía a todos, y a quien todos obedecían ciegamente. Gracias a él, seguían viviendo y conservando la esperanza de volver un día a Inglaterra.

En Londres, entretanto, el novio de Lady Mary recibía la contestación a sus



*Sin cena, sin ropas con que cubrirse ni fuego donde calentarse...*

perezosos; que las galas de sus árboles y de sus plantas pueden vestir al hambriento y sus frutos alimentar al hambriento. Que, en fin, basta al hombre un esfuerzo de sus manos para que la pródiga Naturaleza arroje a sus plantas todo cuanto necesita.

Convencida de esa verdad, la colonia formada por los náufragos, vivía relati-

numerosas pesquisas por saber la suerte que les había cabido a los Loam. Era una carta que decía así:

*"Muy honorable señor: Tengo el honor y el sentimiento de informarle que la expedición enviada en busca de Lord Loam y su familia ha vuelto sin haber logrado vestigios de la desgraciada gira..."*



Corroborando que hay fuerzas e instintos poderosos en el hombre, fuertemente contenidos, que sólo esperan un momento propicio para manifestarse virtuosos, Crichton ideó, entre varios aparatos útiles, uno que, tirando de una palanca, encendería una fogata en la colina. Por lo tanto, si algún día pasara un vapor, tal vez podrían regresar a Inglaterra.

Desde que el destino nivelara los derechos de Charito y Lady Mary, creóse



*...recorosa, se negó a seguirlos.*

una rivalidad entre ambas. Lady Mary quería ser la preferida en todo y Charito no estaba dispuesta a tolerarlo, especialmente cuando se trataba de ser agradable a Crichton.

Cierta vez, Lady Mary y Charito disputaron el turno de servir a Crichton. Como no llegaron a ponerse de acuerdo ellas mismas, Crichton intervino y su corazón falló en favor de Lady Mary. Bien sabía Charito que con Lady Mary por rival tenía la de perder; no obstante, no cejaba en su empresa de atraerse al admirable mayordomo.

Fué pues Lady Mary quien, orgullosa de ello, sirvió a Crichton. Casi a los postres, aquella notó que habían desaparecido los higos que ella misma preparara, por haberlos precisamente pedido Crichton,

y por sus rápidas indagaciones vino en conocimiento de que su padre, Lord Loam, se los acababa de comer cediendo a una debilidad de su paladar. Lady Mary le tuvo compasión a su padre y resolvió, antes de que Crichton se enterara de su «debilidad» que le privaba de postres, ir a buscar más higos. Antes de salir del campamento de la colonia, le dijo a Charito, con lo cual ella se puso muy contenta:

—Tú, continúa sirviendo la cena y yo iré a las ruinas en busca de higos.

Crichton, a quien el cambio de camarera no le era indiferente, preguntó a Charito por Lady Mary, y al enterarse de lo que había ido a hacer por él, riñó a Charito.

—¿Por qué dejaste que Lady Mary fuera a las ruinas? ¿No sabes que a estas horas de la noche es cuando van a beber los leopardos?

Crichton alcanzó a Lady Mary dentro de las ruinas, en el momento en que un leopardo aparecía a pocos metros de ella. La asustadiza mujer se abrazó al cuello de su protector de siempre... y pasó el peligro.

—¿Qué miedo tuve, Crichton!

—No tema usted ya nada conmigo. Siéntese, Lady Mary. Seré su amigo.

Evocando las escenas de las épocas antiguas relatadas con vigoroso sentimiento por el poeta Henley, favorito de Lady Mary, Crichton, soltando el dique de su amor por ella, la murmuró como si temiera ser oído por las fieras.

—Dicen que los leones se hacen aquí la corte, donde antiguamente Jamshyd libaba con sus cortesanas.

—¿Qué espanto, Crichton! Salgamos presto...

—Esta mirada de terror en tus ojos... casi me hace olvidar mi patria.

Lady Mary cedía... Su corazón también necesitaba su protección.

—Hay veces, Crichton, en que pienso que debes haber sido Rey de Babilonia.

—Si yo era Rey de Babilonia, tú eras la esclava cristiana.

En ellos resurgieron estos versos del poeta:

*Te vi y te tomé*

*Para arrojarte luego*

*Domé tu fiera y aplasté tu orgullo*

*é imaginariamente se transformaron en los héroes de la leyenda.*



Crichton era el Rey de Babilonia; Lady Mary, la esclava cristiana.

El Rey quería dominar la voluntad de

lazados. Ella, la esclava cristiana no se rebelaba contra su Rey; sino que, al contrario, dominada su soberbia, acataba su



*Crichton era el Rey de Babilonia; Lady Mary, la esclava cristiana.*

la esclava, más ésta prefirió ser devorada por los leones.

Al despertar a la realidad, Crichton y Lady Mary estaban estrechamente en-

voluntad.

Y allí, en plena Naturaleza, con solo Dios por testigo, Lady Mary y Crichton soñaron con ser el uno para el otro.



De regreso á la colonia, Crichton, loco de alegría, anunció á todos:

—Les presento á la que ahora mismo va á ser la señora Crichton.

La noticia fué generalmente bien acogida, exceptuando á Charito. En la isla, no era un desatino que Crichton, el rey, eligiera por esposa á la hija de un vasallo... que de este hecho obtendría numerosos beneficios.

El ministro anglicano iba pues á tener ocasión de ejercer su santa profesión.

Para no verlos casarse, Charito, desde una estrecha ventana, á un lado de la cabana, miró al cielo, que se confundía con el mar, pidiéndole clemencia para ella.

fallaba, tal vez llegaría la salvación. El mismo Crichton levantó la palanca y la fogata se encendió en la colina. Al verla, Charito manifestó á Lady Mary, súbitamente entristecida pues amaba de veras á Crichton:

—¿Sabes lo que esto significa, Mary? Que Crichton vuelve á mí.

Crichton, tan fríste como Lady Mary, la musitó:

—Babilonia ha caído, ya no soy Rey.

—Es un sueño. ¿Verdad Crichton que no hay ningún barco?

—Sí, Mary, digo, Lady Mary, es la vuelta á Inglaterra que llega.

En efecto, poco después, varios botes



*El Rey quería dominar la voluntad de la esclava, mas ésta prefirió ser devorada por los leones.*

El ministro hizo las consabidas preguntas:

—¿Quiere á esta mujer por esposa?

—Sí, padre...

—¿Quiere á este hombre por esposo?

—¡Alto!—gritó Charito saltando de gozo.—¡Un barco!

Lord Loam, el Honorable Ernesto y Lady Agata, se precipitaron á cerciorarse de que un barco estaba á la vista. Era verdad. Si la combinación de Crichton no

del barco en cuestión ganaron la playa. La oficialidad del barco saltó en tierra para visitar la isla.

Lord Loam, irguió su altiva frente ante sus compatriotas y avasallando al que durante algunos meses había sido su rey absoluto, manifestóles:

—Permítidme que les enseñe alguna de mis invenciones. La educación siempre sirve para algo.

El ingenio del mayordomo servía de



gloria al Señor.

Con el corazón destrozado, Crichton se impuso a sus deberes y dobló de nuevo la cerviz ante sus Señores... y ante ella, la mujer vencida, la mujer amada, el imposible de su vida.

..

La raza humana vuelve con tanta facilidad a las costumbres de antaño, que los Loam una vez en su casa esperaban el perfumado baño y comían la cuidada comida con tanta indiferencia como si nunca hubiesen bañado en el arroyo de la selva y suplicado una limosna de sopa; y daban órdenes a su criado con



*La raza humana vuelve con tanta facilidad a las costumbres de antaño...*

tanta frescura que parecía que habían olvidado que le llamaron Rey.

El Honorable Ernesto y el propio Lord Loam no tenían el menor escrúpulo de apropiarse hechos heroicos que realizó Crichton.

La madre del novio de Lady Mary, que reclamó de nuevo el corazón de ésta para su hijo, preguntó al gallardo Crichton, intencionadamente, delante de todos:

—La juventud siempre es juventud y no dudo que habría mucho sentimentalismo en la isla, ¿verdad Crichton?

Los Loam esperaron ansiosos la contestación del mayordomo que podía comprometerles, y se les quitó un peso de encima al oírle replicar a la noble dama que no habría llegado a comprender el cambio social sobrevenido en la isla.

—Desde luego, señora, se guardaron las respectivas distancias y la isla no fue ni más ni menos que una posesión de mis señores... Por lo que a mí se refiere, puedo decirle que ni siquiera me sentaba a la mesa con ellos.

A continuación de esta plática, el novio de Lady Mary brindó con su futura familia a la salud de la asimismo futura Lady Brockelharst.

Y Crichton asistió, impasible al brindis, y Lady Mary no le olvidaba...

La amiga de esta última, Lady Eileen, la aristócrata que se casó con su chauffeur, se hizo anunciar a ella, Lady Mary la hizo pasar al instante al mismo saloncito donde aquella le confesó su amor.

—Estoy desesperada, Mary. He venido a pedirte que busques trabajo para mi marido, entre tus amistades... Mi familia me ha desheredado y arrojado de su lado porque me casé con un chauffeur y los amigos de él tampoco quieren aceptarme.

Mientras las dos amigas seguían contando mutuamente sus cuitas, el novio de Lady Mary, enterado de lo agradecida que estaba a Crichton, por su admirable comportamiento, lleno de abnegación hacia sus señores, en particular hacia ella, le habló a solas:

—Desearía recompensar a usted, Crichton, las atenciones que tuvo con Lady Mary en la isla.

Serénísimo, Crichton le replicó:

—Un esclavo puede mirar a su Reina, señor.

El Vizconde quedó maravillado de tan justa exclamación y no pudo menos que tenderle la mano al admirable Crichton guardándose el dinero que pensaba ofrecerle.

Lady Mary llevada de su confianza en Lady Eileen, le refirió lo sucedido en la isla y todo el amor que le inspiraba Crichton. Este, por casualidad, sorprendió el siguiente diálogo entre las dos aristócratas.

—No creas en estas cosas, Mary. El



amor no lo llena todo. Hay clases y tradiciones.

—Si le amaras de verdad, Eileen, no te importaría que fuera chauffeur ó Rey. Hablo por experiencia. Yo también amo á alguien por el cual voy á abandonarlo todo.

—Mira bien lo que vas á hacer, Mary.

—Nada me importa sin él, Eileen.

Crichton, agradecido desde lo más hondo de su alma, se afirmaba en su opinión que el ideal de su vida era una equivocación, una montaña infranqueable...

El no tenía derecho á tomar por esposa á una mujer que habría de separar de un mundo que no era el suyo, de las sedas que él no la podría dar, y de la sociedad que él jamás frecuentaría. Todo eso, tan indispensable para que la adorable mujer viviera radiante de felicidad, era mucho más poderoso que el amor que él pudiera hacerla sentir. El ejemplo de Lady Eileen era demasiado elocuente para que él quisiera repetirlo en Lady Mary. Así pues, cuando Lady Eileen se hubo marchado, Crichton llamó á Charito, que acudió amante como siempre, y presentándola á Lady Mary, con la que acababa de reunirse su novio, la notificó, con sosiego y entereza:

—Deseaba decirle, señora, que pienso casarme con Charito y que pensamos

marchar hacia América tan pronto encuentre quien nos sustituya.

La sorpresa que recibieron Lady Mary, Charito y el Vizconde, es fácil de deducir.

Lady Mary comprendió el sacrificio de Crichton.

En cuanto á Charito, no podía creer en tanta dicha.

...

Algún tiempo después, en América, Crichton, casado con Charito, toda ternura por hacerle feliz, proseguía su vida de absoluta honradez, dedicado á las labores del campo.

Lady Mary y el Vizconde se casaron después de haberlo hecho Crichton y Charito.

El Vizconde, conversando un día íntimamente con su esposa, la manifestó, sin celos ni reproche:

—Comprendo por qué aplazaste nuestra boda. Amabas á Crichton, el admirable Crichton, pero siempre tendrás en mí al más ferviente de tus admiradores.

Lady Mary había amado á Crichton, era cierto. Su recuerdo persistiría en ella eternamente, en testimonio de admiración.

*Podeis romper el vaso, podeis estrujar las flores, pero el perfume no desaparecerá jamás.*

FIN.

## LÍRICOS MODERNOS

### LA NAVE

I.

Serenidad me dijiste  
al partir con la primavera,  
luz de aquella primavera  
tan triste.

II.

Yo pálido como un muerto  
te fingía una sonrisa;  
partió la nave de prisa  
del puerto.

III.

Nos separó el Océano  
y desde la azul distancia  
aun evoco la fragancia  
de tu mano.

ARMANDO BUSCARINI.



APUNTE CINEMATOGRAFICO



AIZUETE  
1923

WALLACE REID



## PELÍCULA CORTA

## LA VIRTUD DEL AMOR

POR EL BACHILLER INTRÉPIDO

Era una mujer. Como todas, tenía sus sentimientos y fragilidades. Llevada de un amor inmenso hacia un hombre, le escuchó confiada... y más tarde no le quedó otro consuelo que una tierna niña que mecía sobre su regazo.

La niña se hizo mujer... y quedó sola en el mundo.

Era hermosa, de una hermosura limpia.

El mar de la vida la amenazaba hostil...

Sin familia, sin recursos, sin amparo, y sin más referencias, que su infortunio, tuvo la suerte de ser admitida como criada en una casa burguesa...

Una sana alimentación abrió la fragante rosa primaveral á las caricias de la felicidad.

Su magnífica belleza y singular recato, interesaron al hijo de los señores, Jorge, que estudiaba Derecho, al volver á casa de sus padres durante las vacaciones.

La familia se trasladó al campo para pasar en él los tres calurosos meses del verano.

Pura, se volvía aún más lozana... y Jorge la habló de amores...

En su alma ingénua, sonaron á gloria las palabras del galanteador, y por la corriente de la ilusión se deslizó el pensamiento de Pura.

La providencia parecía haberse apiadado de la sombra que existía en el ayer de Pura, sin nombre, destinándole un hombre digno, amante, que la rehabilitara.

Pasaron unos días de largo coloquio amoroso.

Mas, una noche que Jorge pudo vencer á Pura á que saliera, cuando reinara el silencio en la casa, al jardín, rompió el encanto de la poesía al intentar él faltar á su pudor.

Surgió una disputa y desde entonces no se hablaron más.

Jorge no tuvo noción del disgusto que ocasionó á Pura, con su conducta incorrecta, y con culpable inconsciencia no se ocupó más de la mujer niña que había despertado al verdadero amor.

Amargamente Pura pensaba que no habría felicidad posible para ella, y la sugestión de que todos la rehuirían para el

bien, hizo tristes estragos en su primoroso rostro.

Pero, mientras hay vida hay esperanza, y Pura, resignada, pedía á Dios que su único amor volviera á ella, que tanto le necesitaba, y cuyos actos, como enamorada, espiaba en silencio.

Una noche, Pura oyó un leve ruido de pasos y una idea le asaltó. ¿Sería Jorge? ¿A dónde iba á aquella hora? Prestamente saltó del lecho, cubrióse con una bata oscura, calzóse unas zapatillas, y por una puerta de servicio salió al jardín.

Jorge se reunía con una linda joven, en una oculta glorieta, y le recitaba al oído, abrazando su tembloroso cuerpo y besando, á cada pausa, sus labios, dentro de los cuales castañeteaban unos blanquitos trozos de nácar, lo mismo que le dijera á Pura.

Pura se acercó, con sigilo, al cenador, y su alma pasó por la mayor de las torturas... á la par que se sentía invadida de una compasión inmensa hacia la otra mujer.

Jorge insistía en su infame pretensión...

Y de pronto, como surgida de la tierra, Pura, loca de terror, apareció ante ellos, y gritó:

—¡No! ¡No! ¡Jorge!

Jorge palideció; la linda joven, presa de pánico, huyó...

Jorge, reaccionando, iba á levantarse con ademán de castigar á Pura, mas ésta, con febril desespero, y ante los ojos maravillados de Jorge, desabrochó su bata, rasgó su camisa y le dijo:

—¡Ella no! ¡Es buena! ¡Tómame!

El inaudito esfuerzo realizado por Pura agotó sus fuerzas y desfalleció.

Jorge vaciló... y la razón, por el milagro del sacrificio de Pura, triunfó sobre la pobre materia.

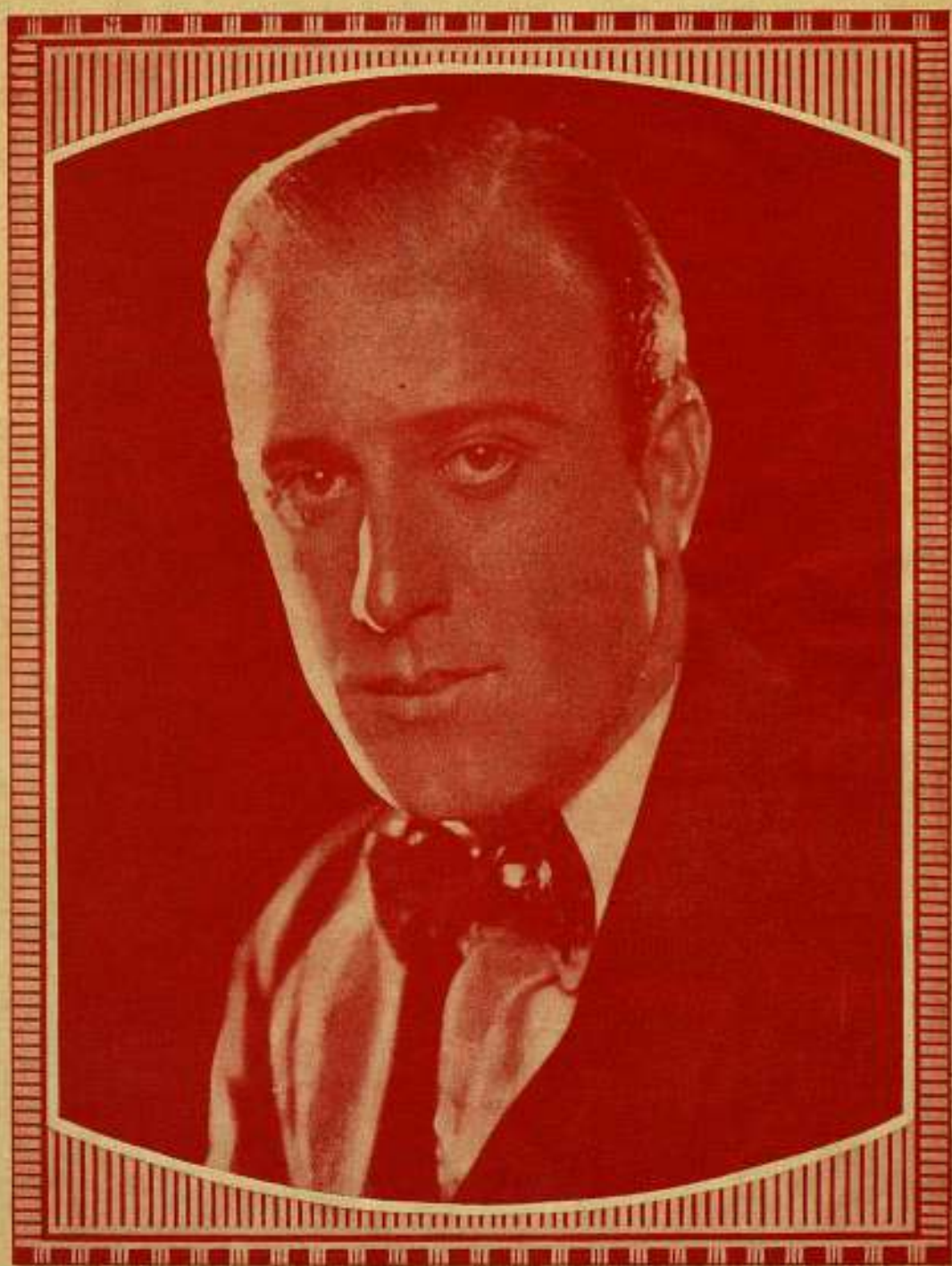
..

Dos años más tarde, Jorge terminó su carrera y se casó con Pura, dignificándose en el bello gesto de amparar á una mujer por amor y por justicia.

FIN.

EL BACHILLER INTRÉPIDO.





FRANK MAYO









Argumento de la película de dicho título

Los viajes de Philip Quentin le habían llevado de un lado a otro de la tierra... dejándolo por último en Viena, bastante aburrido del mundo y de sí mismo.

Al cabo de una semana de permanencia en la ciudad musical, Philip se preguntaba dónde comería aquella noche, por estar cansado de hacerlo en el club, y una carta, la que sigue, le sacó del apuro:

*"Solamente hay un Philip Quentin y estoy seguro que lo he visto esta tarde en Kingstrase. Si no me he equivocado se hospeda en el Bristol, y esta nota es una demanda, no una invitación, para que venga a cenar esta noche con nosotros. Estamos en Elisabethstrase, 30, por unos quince días.*

*Bob."*

La feliz casualidad de encontrarse también sus amigos en Viena, libró a Philip de la única cosa que él tenía miedo: el tedio.

Lord Saxondale, familiarmente llamado Lord Bob, famoso sportman, fué compañero de Philip en sus primeros años. Estrechos lazos de amistad los habían unido siempre.

Lady Saxondale, esposa de Lord Bob, una americana antes de su casamiento, y todavía muy americana a ratos, completaba magníficamente la simpatía que inspiraba su marido.

Recibido por ellos con mucho afecto en sus salones en fiesta, Philip sentíase sin-

ceramente satisfecho de haber hecho su encuentro, así como el de Dickey Savage, de Nueva York, buen camarada suyo.

Lady Saxondale se encargó de presentar a Philip a sus amistades allí reunidas.

El próximo casamiento de Dorothy Garrison, la bellísima mujer de sociedad, con un príncipe italiano, era a la sazón el tema de las conversaciones de los europeos.

Lady Jane Saxondale, hermana de Lord Bob, siempre más interesada en los asuntos de amor de los demás que en los propios, notificó a sus parientes, para recordárselo, por si lo habían olvidado, lo siguiente:

—Dorothy Garrison y Phil eran novios en la niñez, y no creo que él llevara la cosa adelante; quisiera saber qué va a hacer, cuando la encuentre prometida con otro.

De modo que Jane estuvo atenta al menor movimiento de los ex-novios, y naturalmente hubo de verlos, después del asombro, añadiremos grato, de ellos, al volverse a ver por primera vez desde seis años atrás, dirigirse al indispensable saloncito, cuya significación ganaría en claridad si se le llamara «gabinete de consultas amorosas», pues es en el donde se toma el «pulso» al sentimiento, aisladamente del bullicio, cuyo eco no impide que vibren en el aire y en los corazones las lindas palabras de un caballero galante.

Y, claro, Jane, reunida de nuevo con



sus parientes, con los que también estaba Dickey, les dijo:

—Fue admirable...! Phil se sorprendió bonitamente...

Dickey, que daría gustoso la mitad de su materia (que por cierto era de peso) por realizar el ensueño de su juventud, expuso esta opinión suya:

—Si Jane se ocupara solamente la mitad en hacerse casar con ella, de lo que se ocupa en casar a los demás, sería dichoso.

Los hermanos de Jane celebraron la justa protesta de Dickey mientras que Phil, complacido de charlar un momento con la encantadora mujer que él conociera niña, se confirmaba que, de las cenizas, puede brotar fácilmente un nuevo fuego, pues, a no ser que fuera la consecuencia de la agradable emoción del encuentro, algo le embargaba tíbicamente el pecho. Más que curioso, por necesidad de saberlo en concreto, le preguntó a Dorothy, al ver que ésta llevaba un anillo de compromiso:

—¿Estás comprometida, Dorothy?

—¿Crees que esto es bonito... justamente cuando acabo de encontrarte otra vez?

—No seas tonto, Phil. Espero que tú y el príncipe Ricardi seréis grandes amigos.

—¡Un príncipe, nada menos, elegiste!...

—¿Es un príncipe romántico que leerá en tu corazón la delicada poesía de una vida de amor imperecedero, ó sólo un príncipe que necesita una criatura tan hermosa como tú, para mejor realce de sus brillantes fiestas?

—Gracias por tus finezas... Siempre te ha gustado exagerar. En cuanto al príncipe, es un hombre como tú... Sueña como tú puedas hacerlo, y su vanidad no es una excepción de vuestro sexo.

—¿Y le amas?

—Sí, Phil, le amo. ¿Te causa extrañeza?

—Pensaba en otra época que te hice la misma pregunta.

—¿Hace tanto tiempo de eso!

—Se trataba de otro hombre... ¿Te acuerdas, Dorothy?

—Sí, Phil... Pero ¿no te parece que deberíamos volver al salón?

—Como quieras... Sin embargo, me gustaría saber si aún conservas el recuerdo de esas cosas viejas. ¿No sigues viendo en tu imaginación al hombre, que

era entonces un niño? ¿Qué te parece, ahora?

—Muy interesante, Phil... y un peligroso humorista... ¿Quieres conducirme al salón? Ricardi ya debe haber llegado, y te lo presentaré.

En efecto, el príncipe Hugo Ricardi... vástago de una vieja familia italiana, y con tanto dinero que nadie podía acusarlo de cazador de fortunas—una de las razones que habían estimulado a Dorothy y a su madre a hacer caso de sus pretensiones,—estaba en el salón.

Dorothy hizo la presentación:

—Príncipe: un viejo y buen amigo, Philip. Quentin... —Philip: mi novio, el príncipe Ricardi.

Tras los cumplidos de rigor, Philip miró fijamente al príncipe, pareciéndole haberle visto en otra parte.

—Creo recordarle a usted del Brasil, príncipe. ¿Nunca estuvo usted en Río?

—No, señor... Debe estar usted equivocado... Ni siquiera visité nunca las Américas.

—En este caso, perdone mi error...

Dorothy dió el brazo al príncipe y se separó con él de Philip para ir saludando a sus amistades.

Philip, sin saber por qué causa, permaneció inmóvil é impassible durante un momento mirando a la pareja. La esposa de su íntimo amigo Lord Bob, que presenció la actitud de Phil, se le puso enfrente, y con maliciosa sonrisa le dijo:

—Me parece que has hecho un poco tarde, Phil.

Phil, que no pensaba precisamente lo que Lady Saxondale, por lo menos en aquel momento, respondió, interesado:

—¿Crees que el olvido se lo llevó todo?

—Tal vez no, empero Dorothy es hoy algo inaccesible para ti... pues va a casarse pronto.

—Ya me lo dijo ella misma. Por cierto que no estaría mal Dorothy en el papel de princesa, ¿verdad? Alguna vez habrá soñado que tenía un trono a sus pies... La podríamos llamar «La Princesa Ilusión».

—El apelativo es delicado... pero habrías de disimular más hábilmente que no te gusta. Los hombres sois así: queréis mandar en una mujer según os convenga... En fin... bailando se ventilarán tus ideas...

—Si lo dices por lo que pueda pensar



de Dorothy, no acertaste; á mí no me importa ese casamiento... No vale la pena hablar más de ello... ¡A bailar! ¿Quieres concederme el honor de este vals?

La fiesta de los Saxondale terminó á altas horas de la madrugada. Phil regresó al hotel donde se hospedaba, con Dickey, á quien había invitado á «desayunarse» con él.

El presentimiento de que había conocido al príncipe Ricardi en el pasado, tomó forma definitiva en la mente de Philip Quentin. De pronto, ante la extrañeza de Dickey, exclamó:

—¡Ya lo tengo! Ricardi, que era conocido por Giovanni Pavesi, fué el que sostuvo la «tournée» de Fagini por la América del Sur con la cantante Carmelita Malbán... Amaba á la bella Carmelita, y la amenazó de muerte cuando ella no quiso acceder á sus pretensiones. Entonces... entonces la bella actriz fué asesinada, y Pavesi... ó Ricardi, acusado del crimen. Le absolvieron. Con su dinero hizo callar á todos. ¡Y esta clase de hombre es el prometido de Dorothy Garrison!

—¿Estás completamente seguro que no confundes los personajes? ¡Voto al chápиро, Philip, que tendremos que indagar si el príncipe es un sujeto peligroso, para evitar que Dorothy sea una infeliz con ese hombre!

—Me ratifico en mi anterior declaración. Ricardi es el Pavesi que yo conocí en Río... En cuanto á proteger á Dorothy, de ello me encargo yo y acepto tu ayuda.

Por su parte, el príncipe meditaba sobre la posibilidad de que Phil le hubiese conocido en un país que no le interesaba siquiera nombrarlo, y decidió que era preciso armarse contra el peligro. A este efecto, en la mañana de aquel día, mandó llamar á sus hombres de confianza y ordenó á Coursant, el preferido de sus espías, después de haberle referido sus temores respecto á haber sido descubierto por Phil:

—Quiero que vigile de cerca á este Quentin, y me tenga al corriente de todo lo que haga.

—Está bien, señor.

—Aguarde... Sí, nada mejor; Kapolski está aquí; su destreza como duelista usted la conoce. Daremos un banquete en honor de los americanos... habrá una

disputa... y con Kapolski presente, no puede haber más que un final.

..

—Dorothy... ¿sientes estar prometida, ahora?

—¡Jane! Si no te conociera bien, tendría cólera. Philip Quentin no significa nada para mí.

—Entonces estabas pensando en él, ¿no es esto?

—Eres insoportable con tu manía de casar á la gente, pero me rindo á la evidencia de que eres muy perspicaz: en realidad estaba pensando en Phil.

—¡Ah, vamos!

—No seas recelosa, mujer; pensaba en lo cambiado que está.

—¿Te gusta más ahora que antes?

—¿Quién se acuerda ya de antes?

—El que quiere que lo de antes tenga una continuación... ¿No te gustaría á ti «continuar» con Phil?

—Por Dios, Jane; eres terrible. No se puede hablar en serio contigo.

—No eres franca, Dorothy, y lo siento por ti, porque si quisierais yo podría arreglaros vuestro asunto.

—Mi novio es el príncipe; le amo y me casaré con él. Soy una mujer sensata, Jane.

En su casa, el príncipe recibía la visita de una mujer quien, arrojándose á sus pies le imploró con desespero:

—Ricardi... Ricardi... Dimelo de una vez: ¿quieres dejar á esa muchacha americana?

—No, y mil veces no. Y todo ha terminado entre los dos, pues tus ridículas escenas han agotado mi paciencia.

—¡Canalla!

—¡Suelta, bestia! ¿También tú eres de esas mujeres que matan por amor? Dame el arma... y vete y no vuelvas. Disimula, estúpida, que llamé á un criado.

—¿Qué desea el señor?

—La señorita se va. Avise un coche.

Negocios urgentes obligaron al príncipe á estar en París por una semana. Durante tres días Philip fué de paseo y á todas partes con Dorothy. En el cuarto día, la madre de Dorothy llegó de Londres, y enterada de la amistad de su hija y Philip, la reconvino de la siguiente manera:

—Dorothy, ¿cómo puedes ser tan in-



discreta, yendo todos los días con Quentin para que te vean con él? ¿No sabes que la gente murmura?

—Mamá, hablas como si estuviese enamorada de Phil. Mi casamiento con el príncipe no ha sido todavía anunciado, y hasta que lo sea tengo el derecho de ver a mis viejos amigos tantas veces como quiera.

Phil se hizo anunciar en ese instante a la madre de Dorothy, para darle la bienvenida, y a esta última... para verla.

Dorothy salió a recibirle, sola.

—Phil, mamá espera que la excuses hoy. Dice que tendrá el gusto de verte cuando vuelvas otra vez.

Phil comprendió el motivo por el cual la madre de Dorothy no quería dejarse ver por él (debido a su carácter, la citada señora tendría un soberano disgusto si el príncipe llegase a ser desbancado por otro galanteador de su hija sin ese título tan sugestivo) y le exteriorizó a medias a Dorothy su parecer con una leve indirecta. Poco después se marchó camino de la casa de Saxondale, por vivir solas Dorothy y su madre desde la llegada de esta última. La madre de Dorothy cursó el telegrama cuyo texto sigue:

*"Ricardi. — París.*

*Philip Quentin permanece aquí. Si usted pudiera arreglar sus negocios le diría que volviese en seguida. Gertrudis Garrison."*

Según se desprende de lo anteriormente expuesto, doña Gertrudis consideraba peligrosas las atenciones de Phil para su hija: no desconocía que estos dos últimos fueron novios en otros tiempos — y que apelaría a todos los medios — el de que viera el príncipe era el mejor — para evitar cualquier posible «zancadilla» de Phil para recibir a Dorothy en sus brazos.

Dos días después, al llegar Phil a casa de sus amigos, Lady Saxondale, que había observado pacíficamente los amores de éste, creyó que había llegado el momento de llamarle la atención, y lo tomó por su cuenta, delante de su esposo, su cuñada y Dickey.

—Phil, mira lo que haces. Todo Viena está murmurando de ti y de Dorothy. Realmente, muchacho, ¿crees que esto es divertido?

Phil sonrióse... y Dickey, para estimularlo, le dijo:

—Anda, Phil... Diles lo que sabes de

Ricardi y verán que estás obrando perfectamente bien haciendo lo que haces.

—Os lo diré con una condición...: no hay que decirle nada a Dorothy. Entonces comprenderéis por qué me estoy conduciendo así.

Y Phil refirió a sus amigos lo mismo que le contara a Dickey.

Jane, cuando terminó de hablar Phil, con infantil satisfacción porque una duda suya se confirmaba, exclamó:

—¡Ya os lo dije! ¡Ya os lo dije! De todas maneras, nunca me gustó.

—¿Qué les parece a ustedes? — preguntó Dickey a sus futuros suegros.

—Debiéramos avisar a Dorothy — opinó Lady Saxondale.

—Y a su madre también — añadió Lord Bob.

—No podemos acercarnos a Dorothy con esa historia, pues no tenemos pruebas y no nos creería — objetó Phil. — Pero no os preocupéis: amo a Dorothy y voy a casarme con ella.

Jane lanzó un «Bravo» muy expresivo; los Saxondale, al principio asombrados por la noticia tan seriamente comunicada, reconocieron la originalidad del caso suplantando Phil al príncipe por sus propios méritos; y Dickey, presumiendo delante de Jane, repetía: «Pues claro, hombre, pues claro», refiriéndose al posible casamiento de Phil con Dorothy. Por cierto que le gustaría ver la cara que pondría el príncipe cuando el proyecto fuese realidad.

El príncipe se hallaba con Dorothy, sentada frente al piano, contemplándola mientras ella tocaba. De pronto, ésta, cesando la música, le habló así:

—Yo no sé quién te habrá dicho que Philip Quentin exageraba la amistad que yo le dispenso. ¡Qué absurdo!... Philip Quentin es uno de mis viejos amigos. Seguramente que no harás caso de lo que murmuren de mí.

—Por supuesto, querida. Comprendo y puedo ser generoso... ¿No vas a ser pronto mía?

Si hubiese sido sincera la contestación del príncipe, nadie se atrevería a negarle un espíritu depurado, pero no era más que un subterfugio diplomático para mejor ocultar, debajo del antifaz de la hidalguía, el rostro de Maquiavelo.

Entonces el príncipe mandó las invitaciones para una cena íntima en honor de



Philip Quentin y Dickey Savage, escritas en tonos tan amigables que los americanos se vieron imposibilitados de excusarse sin dar lugar á explicaciones desagradables...

Otro de los invitados de importancia, el príncipe Kapolski, era famoso tirador de espada y pistola.

Empezó la fiesta... pero antes, los brindis.

Kapolski levantó su copa.

—A la salud de Ricardi, el príncipe más dichoso del mundo. Que siempre conozca

vidáronse las muchachas de aprender el significado de la palabra dignidad, toda vez que de saberlo, si á ellos les correspondía el apelativo «sosos y aburridos», á la mayoría de los demás invitados no les cabría otra denominación que la de pecaminosamente insensatos. Por eso las bailarinas ó lo que fueran hallaron en estos últimos los ridículos comparsas de la tragi-comedia de su vida incierta...

Ellos.— Philip y Dickey— á pesar de sosear y aburrimento, estaban muy por



—Por supuesto, queridita. Comprendo y puedo ser generoso...

la felicidad de un amante... y nunca los quehaceres de marido.

Después de este brindis, maliciosamente ofrecido por el tirador de espada, el príncipe Ricardi propuso el siguiente:

—¿Quiéren ustedes brindar conmigo por la salud de la que va á traer la dicha en mi vida?

Phil y Dickey recogieron la segunda indirecta, con el pleno convencimiento de que le saldría mal la cuenta á Ricardi. Y, desde luego, brindaron á la salud de Dorothy.

La fiesta propiamente dicha era una orgía alternada con visiones de arte frívolo, que fué adquiriendo, según iba transcurriendo el tiempo, una proporción que disgustaba profundamente á Phil y á Dickey.

Dos mujeres, bailarinas ó lo que fueran, se les acercaron complacientes. Como no las hicieron caso, fueron por ellas tratados de sosos y aburridos. Ol-

encima de ciertas bajezas...

..

Más tarde, por la noche... cuando el vino hubo roto todos los miramientos impuestos por la etiqueta y por el rango de los invitados, la decencia era fustigada sin piedad, de tal modo, que Philip no pudo aguantarse más y le dijo á Dickey:

—¡No soy un santo, Dickey, pero esto es demasiado para mí! Vámonos de aquí antes de que uno de los dos se vea obligado á dar un puñetazo en la calabaza de ese necio.

El «necio» en cuestión era el espada-chín Kapolski, quien, habiendo oído la exclamación de Philip, (motivo que andaba buscando desde el principio de la fiesta) se levantó ofendido y provocativo:

—¡Le he entendido á usted correctamente, señor!



—Si usted entiende el inglés, sí.

—Retire usted en el acto sus palabras.

—No puedo darle explicaciones. Sostengo lo que he dicho.

—Yo sabré exigírselas a usted.

El príncipe Ricardi, astutamente, intervino en la discusión, y al objeto de comprometer a los americanos delante de los demás invitados que se arremolinaron a su alrededor, haciéndole repetir a Phil la misma frase que había pronunciado antes, habló así:

—Permitidme, caballeros... El príncipe Kapolski ha oído lo que también yo debo oír. Confío, señor Quentin, que no le hemos comprendido a usted bien.

—Nada de eso, príncipe. Y comprendo perfectamente su juego: Kapolski fué invitado aquí esta noche por no otra razón que armar una disputa de la que yo debía ser la víctima.

—Para contestar a su agravio, tengo absoluta necesidad de darle mi tarjeta. El conde Sallaconi arreglará los detalles con cualquier amigo que usted nombre.

—Siento mucho no complacerle, príncipe... No tengo ganas de matar al prometido de la mujer con la cual pienso casarme.

—Usted es el único americano cobarde que he conocido. Confío que apreciará la distinción.

—Yo siquiera he sido lo suficiente valiente para no contratar a nadie que se pelee por mí. Usted me llama cobarde. Yo le llamo a usted granuja. Si quiere pelearse, hágalo con sus manos.

Phil, cediendo a la tiranía de sus nervios, dió un golpe en el pecho del príncipe Ricardi, que no se defendió, más por temor que porque algunos de sus invitados se interpusieron.

Luego, dijo Phil a su amigo, entre el asombro general, incluso de Kapolski, que había quedado en ridículo ante todos.

—Vámonos, Dickey... Le hemos descubierto el juego y tiene miedo de seguir la partida.

En efecto, el chasco recibido por los dos príncipes había sido tan imprevisible como completo.

..

El comentario del príncipe fué el que primero llegó a oídos de Dorothy, pues

él se cuidó mucho de que así fuera... De consiguiente, al recibir, poco después de haber ella sabido la noticia, la visita de Phil, Dorothy no le supo ocultar su disgusto.

—Pero, Phil, ¿cómo pudiste negarte a pelear? ¿Toleraste que te tomaran por un cobarde?

—Con Ricardi vivo, puedo aspirar a tu amor. Si lo mato, un crimen nos separaría.

—No, no; estoy indignada de tu conducta.

—Creeme o no, todo era un plan de Ricardi para librarse de mí. Y yo simplemente rehusé caer en la trampa... Dorothy, yo te amo y tú sabes que me quieres a mí. No dejes que tu mamá te precipite en este equivocado casamiento.

—¡Amarte a ti...! Te odio! Y no creo lo que has dicho del príncipe. ¡Adiós!

Phil se fué, contrariadísimo, pero con la esperanza de que la reflexión variaría el parecer de Dorothy... pero la madre de esta, que prefería el príncipe a Phil, y que acababa de asistir a la escena descrita entre su hija y este último, la aconsejó con más insistencia y severidad que nunca, fingiéndose herida por la suposición de Phil: *que ella la precipitaba en un equivocado casamiento.*

Continuamente asediada por el príncipe y empujada hacia él por su madre, Dorothy no vió más a Phil... y por último Philip tomó en serio la negación de Dorothy.

La víspera de la boda del príncipe con Dorothy, Philip, Dickey y los Saxondale se marcharon de Viena... para no asistir a la ceremonia.

Al día siguiente, cuando sólo faltaban unos minutos para que Dorothy fuera la princesa Ricardi, una mujer, la misma que el príncipe echó un día de su casa «diplomáticamente», le dirigió la última súplica de piedad para ella, que había creído ciegamente en él, pero la mirada glacial del «tirano» la hizo enmudecer. Y entonces, como una venganza sobrenatural, se apagaron las luces de la iglesia, se abrió una puerta trasera del edificio y por ella aparecieron dos hombres que salieron inmediatamente. Al conseguir alguien encender las luces, vieron que había desaparecido la novia!

Por toda explicación, el príncipe leyó esta carta hallada en el suelo:



*"No hay necesidad de que se alarmen. La señorita Garrison está en buenas manos y será bien cuidada. Más tarde se os dirán las condiciones bajo las cuales os será devuelta."*

El rapto temerario de la novia, era, al parecer, obra de aprovechados sujetos que olían la bien repleta cartera del príncipe Ricardí.

No le quedaba otro recurso al príncipe, para casarse con Dorothy, que esperar que se la devolvieran los rufianes; la pista de los cuales no pudo ser seguida

al castillo, del cual, en aquel instante, se abría la maciza y amplia puerta para franquear la entrada del auto, y se volvía a cerrar detrás de él.

El interpelado contestó:

—Le llaman el castillo de Graneyerow. Acerca de sus actuales dueños, nada puedo decir.

El asalariado del príncipe se acercó, por sendas ocultas, al castillo para explorar sus inmediaciones.

..



*...le dirigió la última súplica de piedad...*

por haber desaparecido aquéllos, con la novia, en un automóvil. Sin embargo, sin que el príncipe lo supiera, uno de sus secuaces alcanzó el automóvil de los fugitivos, y se acomodó en la parte posterior.

La velocidad del automóvil no disminuyó hasta la madrugada, a poca distancia de un castillo. La brusca variación de marcha del coche, cogió desprevenido al mercenario del príncipe y lo echó al suelo, sobre un charco de agua, como un hecho preparado por los perseguidos para burlarse del osado perseguidor. A pocos pasos del sitio donde fue despedido por el auto, el espía vio a un campesino y le solicitó datos referentes

Cuando Dorothy volvió en sí del desmayo en que, al ser violentamente rapta, había caído, vio con gran sorpresa que se encontraba en un sitio extraño...

—Perdóneme, señorita,—la dijo una doncella, desconocida para ella—pero su vestido no está muy propio para comparecer delante de los señores de la casa. Tan pronto como usted esté vestida, la puerta será abierta.

—¡Yo comparecer delante de los canallas que me han traído aquí! ¿Se atreve usted a decírmelo? ¡Oh, nunca! ¡Qué atropello, Dios mío, qué infamia!

—Señorita, la están esperando para comer... ¿No le parece que sería mejor que se vistiera?



—¿Esperándome á mí para comer...? ¡Los brutos!

—Perdone la señorita... pero los señores lo sentirán mucho si usted no comparece.

—¿Que lo sentirán?... Dígame; ¿quiénes son esos hombres?

—Sólo puedo decirle que no está usted expuesta á ningún peligro.

La curiosidad fué más fuerte que la cólera ó el temor, y antes de la hora de la comida Dorothy obedeció á la doncella, y salió de la habitación donde la habían encerrado en un piso del castillo, detrás de la doncella, dirigiéndose hacia el salón donde la esperaban los señores.

Lo que vió Dorothy, no se lo podía siquiera figurar. ¡Los señores, eran nada menos que los Saxondale, Jane, Dickey y Philip Quentin! Todos ellos la estaban esperando con cara sonriente, á pesar de que en su interior temían que su combinación no diera buenos resultados, por lo menos instantáneamente.

Dorothy retrocedió en mitad de la escalera, profundamente enojada, é increpó con fiereza á Phil, considerándole el más culpable de todos, puesto que los demás sólo eran sus cómplices.

—Oh, eres tú... tú... el que hizo esto! ¡Ya lo veo todo ahora! ¡Nunca hubiera pensado que eras capaz de hacer una cosa tan detestable! ¡Nunca olvidaré este atropello!... ¡Nunca, mientras viva!

—Era la única manera de salvarte, Dorothy. Y creo es la manera de ganar tu amor... de hacerte decir algún día con alegría que me amas...

—¿Si mi libertad depende de eso... entonces permaneceré prisionera para siempre!

Durante dos días Dorothy aguantó la soledad impuesta por sí misma... Al tercer día, un criado la dijo:

—A Lady Saxondale le gustaría que usted se uniera con ellos en una vuelta de exploración por los corredores subterráneos del castillo.

—Dígame que no tengo ganas de ir— contestó ella secamente.

Dorothy estaba en un torreón del castillo y fué vista por el espía del príncipe, que, cobijado en las ruinas de la iglesia de un edificio anexo al castillo, esperaba una ocasión propicia para entrar en éste, sobornando á la servidumbre con dinero, ó por cualquier otro medio; y sus deseos

de libertar á la prisionera del poder de los dueños del castillo, aumentaron en fuerza, y puso seguidamente un plan que había al principio desechado por no considerarlo muy eficaz, consistente en derribar la pared con que había sido cerrada una de las puertas de comunicación de la iglesia con los subterráneos del castillo.

Phil estaba triste desde que Dorothy le trató tan duramente, y porque suponía que tal vez fueran estériles cuantos esfuerzos hiciera para atraersela, apartándola definitivamente del príncipe, que no la merecía porque no era un hombre bastante digno para ella.

Sus amigos, en cambio, menos interesados que Phil, y por consiguiente más dispuestos á *analizar el delicado asunto*, le animaban, asegurándole que Dorothy cedería á la reflexión, se convencería absolutamente de que el procedimiento empleado por Phil y por ellos mismos, para que no se casara con el príncipe, tenía más motivo en que fundarse que una simple pasión amorosa de Phil, que éste quisiera ver correspondida á la fuerza.

Parte de la suposición de los amigos de Phil se confirmó con la presencia de Dorothy, quien dijo á Lady Saxondale:

—He cambiado de pensar... Iré con vosotros, si todavía me queréis.

Phillip se reanimó un poco. Los demás, y Jane más que todos, se complacían en prever un agradable final; pero lo que nadie se imaginaba era que Dorothy había pensado que tal vez en los corredores viera un medio de evasión, burlando la confianza de sus amigos.

Lord Bob se detuvo al final de un corredor para dar esta explicación á los demás:

—La leyenda dice que aquí la obra es falsa, para dar entrada á un pasadizo que conduce hasta la iglesia en ruinas. Sin embargo, nunca hemos podido encontrar el resorte secreto.

Los exploradores prosiguieron su visita. De súbito, Lady Saxondale dijo:

—Creo que Dorothy se ha quedado atrás buscando el pasaje secreto. Espera aquí, Phil, y cuando ella se vea perdida ve á buscarla, y veremos si da buenos resultados nuestro plan.

En efecto, Dorothy se había quedado atrás y la casualidad favorecióla con el





ALICE TERRY







encuentro del resorte del corredor secreto, en el que ella penetró.

Phil aguardó un tiempo prudencial y retrocedió en busca de Dorothy. Como ésta, entró en el pasadizo misterioso, pero tuvo la mala fortuna de que al volver una vez en el corredor en cuestión, pues entró de lado, se le cerrara la puerta. No fué este contratiempo lo que le produjo mayor emoción a Phil, sino el espanto de Dorothy, que se arro-

—Aparta... Déjame... ¡Oh, Dios mío, esto es para morirsel!

Dorothy llorando y Phil manteniéndose a distancia suya para que estuviera tranquila respecto de su caballerosidad, fueron pasando las horas y sus amigos, inquietos, volvieron al lugar del pasaje secreto y se convencieron, por el pañuelo de bolsillo de Phil, apresado entre la puerta y la pared, que Phil y Dorothy debieron encontrar el pasaje secreto y quedado encerrados en el mismo. Frenéticamente, Lord Bob, Dickey y un criado, relevándose, trataron de derribar la puerta de piedra a martillazos, por no hallar el resorte.

De improviso, unos fuertes golpes dados en la pared que cerraba el pasadizo secreto en su mitad, aumentaron el pánico de Dorothy y pasieron en guardia a Phil. Casi al mismo tiempo que los golpes, rodaron por el suelo varias piedras y apareció un hombre por el boquete abierto. Dorothy, por la fuerza de las cosas, amparóse en Phil, pero éste tuvo que repeler inmediatamente la agresión del desconocido, que no era otro que el espía del príncipe,

siendo derribado por él de un traicionero golpe en la cabeza.

Dorothy, horrorizada, prefirió tomar á aquel hombre por un salvador y le demandó (no sin temor sin embargo):

—Haga el favor de llevarme á mis amigos.

—No tenga usted miedo. La llevaré junto á su madre. Ha ofrecido cien mil dólares á quien la encuentre á usted... De modo que voy á cuidarla á usted. Salga usted de aquí... Sígame... En las ruinas de la iglesia podremos movernos y hablar mejor...

—No, yo no quiero que me lleve usted al lado de mi madre. Lo harán mis amigos. ¿Qué pensarían todos de mí si usted dijera que me halló en este corredor con Phil? Mi reputación quedaría seriamente comprometida y es preciso presentar las cosas bajo otro aspecto.

—Venga, venga... Ya le dije que aquí estaríamos mejor... Referente á su pre-



*—He cambiado de pensar... Iré con vosotros...*

jó á sus brazos pidiéndole protección.

—¡Phil, Phil, sácame de este horrible lugar!

El angosto pasaje era tétrico: huesos de calaveras y esqueletos de una pieza cubrían la húmeda tierra.

Un miedo indescriptible se había apoderado de Dorothy, el cual fué mucho mayor cuando advirtió que estaba cerrada la puerta de salida. En aquel momento de pánico que suprimía todo razonamiento, Dorothy, separándose de Phil, le echó en cara:

—Tú has cerrado la puerta á propósito... ¡Abrela, ábrela!

—No me creas malo, Dorothy... la puerta se cerró accidentalmente.

—¡Oh, tú te has propuesto perderme y no reparas en nada! ¡Eres un canalla, Phil!

—No, Dorothy, cálmate: oyeme bien. Yo te amo con toda mi alma... y mi alma es buena... No te apures...



gunta le contesto que lo siento mucho por usted, señorita Garrison... y también por el señor Quentin. ¡Ah, si su noble príncipe hubiera sabido que usted había

—Nada. No tenemos tiempo de hablar. Esta mañana precisamente, desesperando poder introducirme en el castillo por mí mismo y salvarla a usted para merecer más a los ojos del príncipe, avisé a éste que usted estaba aquí y que viniera en su auxilio... y fué en el pueblo que me enteré, por vía de un periódico, de la oferta de su madre. Ya comprenderá usted que prefiero el premio de su madre a continuar sirviendo al príncipe. Además, el oficio tiene sus peligros y quiero vivir tranquilo.

—¿El príncipe le pagaba a usted para espíarme?

—No; para «vigilar» a Quentin.

—¿Por mi causa?

—O por otras causas.... Es usted muy curiosa. Dése prisa. Va usted a viajar como un hombre. Usted vale demasiado para mí y tomé ya todas las precauciones. Quiero que usted se conduzca bien y no ponga ningún impedimento.

—No le seguiré a usted. Eso sería proteger una infamia.

—No me obligue usted a apelar a la violencia después de todas las explicaciones que le acabo de dar. ¡Es usted una desagradecida, señorita! Vístase; entretanto, yo vigilaré desde la puerta de la iglesia, por si llegara el príncipe evitar su encuentro.

Phil volvió en sí y recordando lo sucedido, olvidándose del dolor de su herida, se arrastró por el suelo hasta el boquete, vio a Dorothy, quien, al verle también, ahogó un grito de júbilo y le imploró con la mirada que la salvara.

Phil, en un admirable esfuerzo de su amor por Dorothy, saltó por el boquete para reunirse con ella, mas el espía, alarmado por el ruido de pasos, se abalanzó

de nuevo contra él, blandiendo un enorme garrote. Phil, imitando el gesto del bribón, cogió de las ruinas dos garrotes, uno en cada mano y luchó denodadamente con él en defensa de una mujer



—¡Phil, Phil, sácame de este horrible lugar!

de serle arrebatada de esta forma, seguramente hubiera mandado matar a Quentin cuando fracasó con el truco del duelo entre éste y el «matón» Kapolski.

—¿Que dice usted?



amante, bonita y buena, tres fuerzas considerables para un hombre.

Por su parte, Lord Bob, Dickey y el criado, que consiguieron, tras muchos esfuerzos, derribar la puerta del pasaje secreto, llegaron hasta las ruinas y presenciaron, maravillados por el ardor de Philip, la última fase de la pelea de la que salió vencedor este último.



*...se arrastró por el suelo hasta el boquete...*

El príncipe, acompañado de algunos amigos suyos y de un oficial autorizado por el juez, llegó al castillo. Le recibie-

marido, les mando que la entreguen. Este oficial tiene un auto del juez para detener a usted y a todos los implicados en este ultraje. Si es necesario nos llevaremos a la señorita Garrison por la fuerza.

—Me parece que no será preciso, príncipe, recurrir a tan violentos extremos. Precisamente hacia aquí viene la señorita Garrison.

—Creo que no habré llegado demasiado tarde para salvar a mi futura esposa de un insulto.

—¡Usted, estúpido!— contestó Philip— ¡Vuelva a decir una cosa como esta y le



*...presenciaron, maravillados por el ardor de Philip, la última fase...*

ron los Saxondale, Jane, Dickey y Philip.

El príncipe se dirigió a Philip:

—La señorita Garrison está detenida aquí contra su voluntad. Yo, su futuro

echo de aquí a patada limpia!

—Hay error— interrumpió Dorothy— Perdóneme si le he perjudicado con mi proceder, Hugo.... Siento mucho haberle



dejado en la forma que lo hice.

—¡Caramba! ¿Eso quiere decir que la raptaron porque usted quiso?

—Sí, Hugo... por mi propia voluntad.

—Usted no dice lo que siente... lo dice sólo para librar a esta gente.

—Está usted equivocado, Hugo... Me escapé con el hombre que amo.

*mismo la señorita Garrison y yo, y que se queda usted a comer con nosotros!*

La proposición era aceptable, y así la consideró el oficial, que al fin comprendió la partida jugada al príncipe por su rival en amores.

Allí mismo, sin más testigos que los Saxondale, Jane y Dickey, se casaron



*El triunfo de Philip era manifiesto.*

El triunfo de Philip era manifiesto. Dorothy, como en el pasaje secreto, pidió protección a Philip en un suave y tembloroso abrazo, y acto seguido, furioso y confuso el príncipe desapareció con sus acompañantes... excepto el oficial a quien Philip retuvo para manifestarle:

—Queda invitado a presenciar la ceremonia que anulará la orden de detención que usted lleva. Si quiere que le hable más claro, en un idioma que no es el mío, le diré que ¡Nos casamos ahora

Dorothy y Philip... y para matar de un tiro dos pájaros, Dickey susurró algo al oído de Jane, Jane transmitió el secreto a su madre, ésta al marido, y la epístola de San Pablo fue leída dos veces...

Phil y Dickey, extasiados con sus carísimas mitades, pensaban lo que piensan todos los que se casan enamorados, sea como sea la novia:

*Una mujer amante, bonita y buena  
Es una indispensable... dulce cadena.*

FIN





PELÍCULA INTERNACIONAL

## LO DE TODOS LOS DIAS

El morrocotudo crimen de esta madrugada. — Dos mujeres muertas. — Habla la portera. — Dice un vecino.  
modo. — Se presenta el juzgado. — Diaz tira.

El aparato telefónico del juzgado de guardia, en la madrugada de hoy, comenzó a chillar con gran escándalo, imitando admirablemente las agudas protestas de un pequeñuelo a quien separan de la nodriza...

El señor juez, don Facundo Serrín, que engullía en aquel preciso momento media tostada de «arriba», empapada en rico moka, púsose al aparato y, como tenía por costumbre, con voz de trueno y todo lo más groseramente que pudo, preguntó, con la boca llena y los largos bigotes nevados de mantequilla:

— ¡A ver! ¿Qué pasa? ¡Diga! ¡Diga!...

Escuchó atentamente, pero sin dejar de tomar el café.

Momentos después salió el juez. En la calle de la Luna se había cometido un crimen espantoso.

..

— La Andrea tenía que tener este fin. Yo se lo decía: «Mia» Andrea, que por ahí no vas bien, que el mejor día te cuesta un disgusto esa vida que llevas». Pero que si quisés. Así le ha salido a ella el no hacerme caso.

La que hablaba era la portera de la casa donde se había cometido el crimen.

Cuando llegó el juez, la calle estaba llena de público, y la fantasía popular volaba locamente.

Con fuertes codazos y no menos fuertes patadas, el señor juez y sus acompañantes lograron llegar al piso donde se había cometido el crimen.

El cadáver se hallaba en la cocina. Era una mujer. Estaba en camisa, con la cabeza dividida en treinta y nueve pedazos, cosa que debió cometerse con un martillo que había junto al cadáver, que

no daba señales de vida. Estaba boca abajo, mirando al tejado con ojos espantados, y tenía las piernas metidas en una cesta, en la que se veían algunas patatas, algunas monedas...

El juez, después de los trabajos de rigor, ordenó el levantamiento del cadáver, y acto seguido unos funcionarios pusieron el cuerpo ensangrentado sobre el fogón, junto a unas cacerolas...

De las declaraciones cogidas al vuelo en el lugar del suceso, dedúcese que la víctima se llamaba Andrea Retortilla, fué muerta a tiros por su amante Olegario Valdepeñas, ex organillero y vago de profesión, con el que Andrea había vivido maritalmente durante dos años.

Últimamente rompiéronse estas relaciones, y Olegario en más de una ocasión rompió las narices de su amante, y comenzaron los disgustos que han terminado en crimen.

Ayer se encontraron los amantes, y, después de tomar unas cañas de cerveza en un «tupi» del barrio, marcharon juntos al domicilio de la Andrea, al parecer en gran armonía.

Después nadie sabe lo que ocurriría, pues no se oyó ni un grito en el lugar de la tragedia.

La víctima tenía veinticuatro años. A última hora, según los médicos, se encuentra bastante animada, pues los chichones sufridos carecen de importancia. Ha sido trasladada al depósito judicial, y... de no sobrevenir contratiempos pronto podrá hasta dedicarse a jugar al «fútbol».

Olegario Valdepeñas no ha podido ser detenido, pues se ha comprobado que murió hace un año de una borrachera. La policía le sigue de cerca.

Por la copia,  
NICOLAS DE SALAS



APUNTE CINEMATOGRAFICOAIZUETE

1933

JACKIE COOGAN



PELÍCULA CORTA

## EL MAYOR TESORO

POR FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Su madre ya se lo había dicho: «Hijo mío, las malas compañías te vuelven otro. Vienes tarde a casa, nos disgustas a tu padre y a mí, y das el mal ejemplo a Rosita, tu hermana. Esto no puede seguir así. Tu padre no sabe de la misa más que la mitad y antes de que se entere, soy yo, tu madre, cuyo cariño siempre trató de evitarte penas, quien te da el grito de alarma.»

Pero Gustavo recibió el sermón de su madre, y riña tras riña de su padre como si en su interior no cupieran más razones que las de su libre albedrío.

Siguió yendo a cenar a horas avanzadas, a dormir hacia la madrugada... y a faltar, casi todas las semanas un día, al trabajo.

Agotada la paciencia de su principal, Gustavo fue despedido.

Estuvo un mes sin trabajar y durante este tiempo sus frecuentaciones malsanas aumentaron en número y grado.

Rosita, su hermana, unióse a los ruegos paternos para devolver a Gustavo al buen camino e impedir que el pájaro precoz, como se temía, echara el vuelo para siempre.

Todavía pasó un tiempo en esta forma, pero al fin sucedió lo previsto: Gustavo huyó de su casa. Por unos amigos, la familia supo que se había marchado para seguir a una mujer que había sabido apresarle en las redes de su capricho.

Tres años después, el padre de Gustavo moría.

La buena madre y Rosita, refugiaron su miseria en un estrecho cuarto realquilado. Con lo que ganaba Rosita, tendrían lo justo para mal alimentarse. Aunque las fuerzas no respondieran ya a sus

afanes, la madre volvería a su antiguo oficio de pantalonera. Lo que ganase, serviría para Rosita, para que su juventud no desapareciera bajo la tristeza del luto... del cuerpo y del alma.

Al caer la tarde de un día de invierno, inopinadamente, un hombre, de amarillento rostro y paso vacilante, llamó a la puerta del piso en que vivían Rosita y su madre. Salio a abrir una niña de corta edad.

—¿Qué desea, señor?

—¿Vive aquí Doña Matilde?

—Sí, señor. Voy a decirle que salga.

—No te molestes, nena: Doña Matilde y yo nos conocemos mucho. Conduceme si quieres a donde esté.

—Pase... Ese es su cuarto.

—No la llames. Déjame a mí.

El hombre, silencioso, conteniendo la respiración, se asomó al interior del cuartito, cuya puerta estaba medio abierta, y su corazón le dio un brinco en el pecho de emoción.

Doña Matilde, curvada sobre su trabajo, bajo la mortecina luz de un quinqué colocado encima de una mesita llena de retales y otros accesorios de su oficio, simbolizaba la abnegación. Rosita, ayudaba a su madre, después de diez horas de encierro en una casa de modas, y el ambiente, impregnado de la resignación de las dos mujeres, imponía respeto. Rosita contaba los chismorreos del taller a su madre para distraerla con su afectuosa charla.

La niña de la dueña del piso miraba con extrañeza al recién llegado, que permanecía inmóvil junto a la puerta de la habitación... y no tuvo miedo de que fuera un malhechor, porque vio que se



le escapaban lágrimas de sus ojos.

—Si cenáramos, madre—dijo a ésta, Rosita.

—Como quieras, hija.

Era una respuesta débil, incolora, de indiferencia... ¡Comer! ¿Por qué había de comer para vivir si ya nada le apetecía?

El hombre, el enfermo intruso, no tuvo valor de presenciar más cosas. Se le iban los ojos hacia aquellas mujeres y, dominándose, pronunció, a flor de labios, el dulce nombre de:

—¡Madre!

Era Gustavo, el hijo pródigo que volvía, arrepentido, a postrarse de hinojos ante su sagrada madre y llorarle su perdón.

La escena fué dolorosísima.

Fué un momento de completo abando-

no de los tres seres en efusivos y mutuos abrazos; un momento de olvido de todo, de absolución del culpable.

Pasado el primer instante, el de la sorpresa, Doña Matilde se fijó en la cara enfermiza de su hijo y en lo endeble que había vuelto. Entonces, dolorida por su dolor, le dijo, llorando:

—Quisiste tu libertad, no hiciste caso de nuestros consejos, nos abandonaste y mira, mira, hijo mío, cómo estás hoy... ¿No fuiste a buscar, lejos de nosotros, lo que no podíamos darte? ¿No lo hallaste tampoco? ¿QUÉ TE FALTABA?

Gustavo, con los ojos rojos miró a su hermana y a su madre, y contestó a ésta, quedamente, cubriéndola de cariño:

—¡Tú, madre!

FRANCISCO-MARIO BISTAGNE.

FIN.

## LÍRICOS MODERNOS

### ¿Por qué lloras?

por V. VICENTE

—Déjame de rodillas. Así, como los niños  
que rezan a las plantas de las madres que adoran,  
y hacen de su regazo un altar de cariños,  
y... déjame que mire esos ojos que lloran.  
Así, mujer, así; déjame ahora tus manos,  
que también a los niños sus madres se las dan.  
Déjamelas; rechaza los temores insanos.  
Las tuyas en las mías ¡Oh qué suaves están!  
Y ahora... cuéntame, amor, ¿En tu imaginación  
qué maleficio surge en estas negras horas,  
que tiembles convulsiva y sufres sin razón,  
y sin saber la causa tan tristemente lloras?  
¿Es que existe en el fondo de tu alma de mujer  
alguna vibración de ser tan singular  
que hace que llores mucho cuando tienes querer?  
¿O es acaso, que sientes el placer de llorar?  
Contesta a mi pregunta, que horrible me tortura,  
que me hace, algunas veces, pensar si estaré loco.

—¿Quieres saber la causa de toda mi amargura?  
¡Pues lloro porque pienso que tú me quieres poco!

V. VICENTE





AMLETO NOVELLI









## EL VALOR DE LAS ALMAS



Drama de Andrew Soutar



NAOMI CHILDERS WYLLIE

Concesionario: L. GAUMONT  
Paseo de Gracia, 86 - Barcelona

Argumento de la película de dicho título

**E**L VALOR es una llama divina que arde en el alma humana. Merced a ella, el hombre hace frente a todas las adversidades y soporta todos los sufrimientos.

En una pequeña ciudad de Escocia laboraba incesantemente la fábrica de aceros de Tomás Fergusson.

La dirección técnica de los talleres estaba confiada a un hombre activo y de talento, que vivía feliz en medio de la fiebre del trabajo... Ese era el ingeniero Carlos Stephan Blackmore, cuyos frecuentes e importantes inventos habían llevado a la fábrica a un terreno de prosperidad.

Mac Intyre, el empleado más antiguo de la fábrica, era escocés de pura cepa, y tenía como lema en su vida: «Es necesario cada día hacer una buena acción».

Mac apreciaba mucho a Carlos, quien, a su vez, le correspondía con una profunda simpatía.

Cierta día, en ocasión de ver a Carlos dando órdenes a los obreros de la fábrica, sin descansar un momento, lleno de fe y cariño, Mac le dijo:

—No saca usted un chelín de sus inventos... Todos sus beneficios van a llenar las arcas del viejo, que exprime el cerebro de usted como si fuese un limón.

—Se equivoca usted, Mac... Los beneficios de mis inventos están bajo la custodia de la casa, esperando solamente que yo me decida a pedirlos.

Mac no era de la misma opinión y se limitó a contestar, muy delicadamente, a su amigo:

—Permítame usted que no crea su afirmación muy posible... Y le repito, con to-

da sinceridad, que ahora que tiene usted una esposa por quien mirar, lo mejor que debe hacer es marcharse de aquí, donde otros se lucran con su trabajo.

Gracias por sus buenos consejos, Mac, y le prometo que pronto saldremos usted y yo de dudas respecto a mi participación en esta industria.

Mientras hablaban Carlos y Mac, el primero veía imaginariamente a Laura, su esposa, la única mujer que supo comprenderle y amarle, y el segundo se representaba en su mente, a Tomás Fergusson, el propietario de la fábrica, un hombre duro como el acero que se forjaba en sus talleres, y daba menos crédito a las esperanzas de Carlos de serle reconocida una parte de las ganancias realizadas gracias al empleo de sus modernísimos procedimientos.

Algunos días después, como lo había temido siempre Mac, surgía entre Carlos y su principal la primera desavenencia. La culpa la tuvo este último, su orgullo de jefe supremo que Carlos, con su justo valer se empeñaba en humillar. Se trataba de un modelo de una pieza de la que se había de mandar una cantidad importante a un buen cliente de la casa. Dicha pieza, según Carlos, estaba interminada; sin embargo, su principal, la encontraba de toda conformidad. Seguro de sí mismo, Carlos, le expuso su criterio firme:

—Yo conozco una pieza mal trabajada con sólo verla—arguyó—y por eso le digo a usted que no podemos permitir que se sirva esto a nuestros clientes.

Dejándose llevar por su intemperancia, el fabricante Tomás, contestó, irritado, a su ingeniero:



—¿Usted lo conoce todo, usted lo sabe todo!... ¡Por lo visto se figura usted que en esta fábrica no hay más cabeza que la suya! ¿Se ha creído usted que mis talleres se hundirán porque usted los abandone?... Pues bien: puede usted marcharse, y ya verá si sabemos prescindir de sus servicios.

Mac, que lo estaba oyendo todo desde el principio, condenaba, para sí, la desconsideración de su principal hacia un empleado de tantos méritos como Carlos, y de no habérselo impedido la necesidad del sueldo que le daban en la administración de la fábrica, no hubiera temido el riesgo de perder su empleo echándole en cara al viejo Fergusson su indignante conducta.

Sin darse a sí mismo tiempo para reflexionar, el patrono, hizo poner inmediatamente en práctica su idea, y para ello llamó al ayudante de Carlos.

—Este señor está despedido—le dijo.

El referido ayudante abrió los ojos altamente sorprendido; en primer lugar, porque no le parecía posible estar viendo que el hombre a quien el patrono señalaba era Carlos, el alma de la casa; y, en segundo lugar, porque, entre la defensa que del ingeniero hacía en su conciencia, se abría paso la esperanza de una mejora en su cargo. En efecto, no se había equivocado, pues Tomás Fergusson le notificó:

—Usted ocupará su plaza, Kempton, desde ahora mismo.

Aunque Kempton sintiera en toda su importancia la injusticia que se cometía con el ingeniero Carlos, el orgullo de ostentar su nuevo cargo fué más poderoso y por ello, inconscientemente, con sus repetidas y excesivas gracias a su patrono, dábale completamente la razón causando mayor disgusto a Mac y al mismo Carlos.

Kempton salió, satisfechísimo, del despacho de su principal; Mac simulaba estar ocupado en la contabilidad, en el despacho adyacente al del señor Fergusson, y prestaba toda su atención a lo que discutían éste y Carlos.

—Siento mucho lo que acaba de ocurrir, señor Fergusson—le dijo a éste, Carlos—y le ruego, antes de marcharme, tenga la bondad de entregarme los planos de mis inventos y la liquidación de mis beneficios.

—¿Quién patentó esos inventos, usted o yo?... ¿Figura en las patentes su nombre o el mío?... No tengo que darle ni un céntimo... ni un solo céntimo.

Abatido por la inesperada denegación de sus legítimos derechos, y desarmado para luchar contra la inicuidad de Tomás Fergusson, que había sabido abusar de la confianza depositada en él, Carlos regresó a su casa, para, al calor de la amante esposa, reflexionar mejor sobre el imprevisto despedido como el más vulgar empleado, de que había sido objeto



—Este señor está despedido.

por parte de Fergusson...

Entre los «pollos bien» que jugaban a las carreras y presumían de millonarios, Gerardo Fergusson ocupaba un sitio distinguido. Único vástago de Tomás, era la niña de sus ojos y el joven sabía sacar provecho de esta circunstancia para encontrar siempre que sus «compromisos» lo requieran, a su disposición, el talonario de cheques de su padre.

—¡Estoy arruinado, papaito! Los billetes me vuelan de las manos que es un contento... ¿Me ayudarás por la milésima vez?

Tomás Fergusson cedió.... y Mac,



odiando al viejo, vió como éste extendía un nuevo cheque y se lo entregaba á su despallarrador heredero...

Carlos regresaba en este momento á su hogar, y Laura le recibía enlazándole

hoy mismo me despidió del viejo Fergusson y me pongo á trabajar con la nueva firma.

—Aceptado, Mac—contestóle Laura—. ¿Verdad Carlos?

—Aceptado, amigo Mac.

Habían pasado los meses, y al celebrarse el aniversario de su matrimonio, en el hogar de Carlos Stephan reinaban el bienestar y la felicidad. ¡Un hermoso niño había completado la fuerza del amor de los jóvenes esposos!

Muchos parientes y amigos festejaban tan señalada ocasión y Mac, entre todos los demás, se distinguía por su inagotable buen humor.

Laura ostentaba, con visible alegría, un medallón de oro en el que aparecían grabadas estas palabras:

*"Para mi esposa: Recuerdo de un año de perfecta dicha."*

No había en el mundo mujer más feliz que Laura, esposa más amada, ni madre más orgullosa de su pedazo de vida como ella.

En el momento de despedirse los invitados, Laura les dijo:



*Tomás Fergusson cedió...*

el cuello; pero al verle triste y silencioso, inquirió la causa. Carlos la puso al corriente en breves palabras.

—No te apures, tonto... Es lo mejor que te pudo haber ocurrido... De aquí en adelante sólo trabajarás para tí, para mí... y para lo que venga.

—¿Para lo que venga? Laura, Laurita, ¿para lo que venga?, ¿ha de venir algo?

Laura ruborizóse ligeramente... y Carlos la besó lleno de felicidad.

Mac, poco después, visitó á sus amigos Carlos y Laura, para expresarles su inmenso pesar por lo que le había sucedido á Carlos.

Laura, que había guardado esta noticia para el final, dijo á Mac, pero para que Carlos lo oyera:

—Carlos tiene algún dinero ahorrado, gracias á que yo soy una excelente administradora... Con él montaremos un taller, en el que se leerá sobre la puerta, con letras muy grandes: «Carlos Stephan Blackmore».

Esa era otra sorpresa para Carlos, y Mac, recuperando de súbito su buen humor, exclamó:

—Si son ustedes capaces de hacer eso,



*Un hermoso niño había completado...*

—Quedamos muy agradecidos á todos ustedes, por sus hermosos regalos...

Carlos, entonces, notificó á su esposa: —Pero todavía no has visto el regalo más bello de todos, Laura.



Y delante de todos, muy ufano, enseñó á Laura un espejo ovalado de mano, que reprodujo el rostro sonriente de ella.

—...Mira—la dijo—. Es lo más lindo y lo más bueno del mundo... Dios me lo regaló para que no hubiese en la tierra un hombre más feliz que yo.

La fineza gustó á todos y en el corazón de Laura cayeron tres perlas traviesas, tres lágrimas.

..

Después que se marcharon todos los invitados, excepto Mac Intyre, el verdadero amigo del matrimonio, Carlos y Laura hablaron con él acerca de los negocios. Carlos estaba algo preocupado, por la escasez de circulante, y se lamentó así á Mac:

—Todo el día estoy pensando en la manera de comprar el nuevo torno que necesitamos en el taller, y no doy con el medio...

Mac le respondió:

—¿Por qué no le pide usted el dinero á ese avaro de Fergusson?... ¡Después de todo se lo debe!

—Tiene usted razón en decir que me debe dinero Fergusson, pero prefiero evitar desagradables discusiones con él sobre este punto, á lo menos por ahora...

—Mientras usted está ahí rompiéndose la cabeza para buscar la manera de no molestar á su digno exprincipal, el sinvergüenza de Gerardo se dedica á derrochar lindamente la fortuna del viejo... Mire usted lo que ha debido leer casi toda Inglaterra.

#### LAS CARRERAS DEL "DERBY"

*"Gerardo Fergusson, hijo del reputado fabricante escocés, se ha destacado en las apuestas de las pruebas del domingo, y según se asegura, tanto él como su amigo Bernardo Chester, han perdido importantes cantidades de dinero."*

Tanto Mac, que marchóse luego, como Carlos y Laura, mortificábanse pensando en el buen empleo que ellos harían de ese dinero que el hijo del fabricante derrochaba á manos llenas.

Pero sucedieron en aquellas carreras otras cosas que el periódico no mencionaba. Gerardo estaba con unas amigas en un palco de las tribunas; Bernardo Chester «el mejor amigo» de Gerardo, mientras éste guardaba algunos billetes

en su cartera, había ido á hablarle en el indicado palco, y le había dicho, teniendo la seguridad de ser escuchado y obedecido, que si perdían en las carreras que tenían lugar aquella tarde, sería necesario ir á Escocia para sacarle al padre de Gerardo el dinero para el desquite, por las buenas ó por las malas, pues, según Gerardo, ya su padre, causado de extender cheques, lo había amenazado con cerrarle la cuenta á cero.

Laura, no pudiendo reprimir sus ideas, las expuso sin rodeos á su esposo.

—¡Es infame pensar que el hijo de ese miserable está despreciando vilmente un dinero que te pertenece! Eres demasiado bueno, Carlos... Si necesitas dinero para tu trabajo, para tu vida, ¿por qué no se lo exiges á Fergusson?

Laura había pronunciado estas palabras mirando á su hijito, que su esposo mecía con el pie en la cuna, y Carlos, comprendiendo el significado de ellas, reconoció que su compañera estaba en lo justo, y se dispuso á escribir inmediatamente al viejo Fergusson.

La tarde siguiente, al regresar de un pequeño viaje, Tomás Fergusson, encontró sobre su mesa-despacho la carta de Carlos.

En el momento de abrirla, Kempton, el nuevo jefe de talleres, y empleado de confianza del director, entregó á éste un saco de monedas cuyo valor representaba el importe de los salarios á pagar al día siguiente, que ascendía á una crecida cantidad, y después de ser depositado dicho saco en la caja de caudales, Tomás enteróse del escrito de Carlos, que le decía lo que sigue:

*"Si la ley no atiende mis justas reclamaciones contra usted, estoy dispuesto á presentarme en su despacho y apoderarme por la fuerza de lo que me pertenece."*

*Yo no puedo tolerar que mientras á mí se me niegan los medios para desarrollar mi trabajo, su hijo derroche como un príncipe, entre la admiración de la "buena sociedad" de Londres. También yo tengo un hijo, y por él exijo lo que es mío."*

Carlos Stephan Blackmore."

—¡Está loco!—exclamó, dando muestras de asombro—... ¡Ese hombre se ha vuelto loco!

Kempton, que estaba todavía allí, preguntaba á su director, con extrañeza, la



causa de su excitación. Y el viejo Fergusson se la notificó:

—[Carlos Stephan, el hombre a quien usted sustituyó—le dijo—, se atreve a amenazarme!

Kempton avisó en seguida al vigilante nocturno de la amenaza que el ingeniero despedido hacía al director, encareciéndole la más estrecha vigilancia de las dependencias administrativas para evitar una posible tentativa de recuperación, por parte de Carlos, de lo que él pretendía que le pertenecía.

Tomás Fergusson, meditando con mayor calma sobre los extremos de la carta de Carlos, particularmente sobre el segundo párrafo, abrió paso en su terco cerebro a la luz de la razón, y la contemplación de un retrato de su hijo Gerardo, a la edad de tres años, que tenía frente a sí, desde entonces, sobre su mesa-despacho, fué para el viejo el golpe de gracia que le hizo ver una parte de sus errores, y refiriéndose a la amenazadora reclamación de su ex ingeniero, convino, para sí, que Carlos tenía razón... y que por un hijo todo estaba justificado... ¡Qué no habría hecho él por el suyo!

Dispuesto, pues, a reparar el arrebató de su amor propio, Tomás Fergusson hizo remitir a mano, a Carlos, esta carta:

*"Sr. Stephan Blackmore.*

*Amigo Carlos: Con su carta me ha dado usted una lección. Al hablarme de su hijo y el mío me ha tocado usted las cuerdas más sensibles de mi alma, y me ha hecho ver que en su asunto procedí con sobra de dureza y falta de razón. Venga a verme esta noche antes de las diez y hablaremos amablemente.*

*Tomás Fergusson.\**

Gerardo y su «amigo» Chester—que habían perdido en las carreras—decididos a llevar a la práctica un proyecto audaz, llegaron a la estación de la pequeña ciudad escocesa. Llovía impetuosamente. No se veía cerca de la estación ningún coche y, mal que les pesara, aquellos se dirigieron a pie hacia la fábrica

de Fergusson, guareciéndose debajo de un paraguas que afortunadamente traían consigo.

Carlos y Laura, entretanto, en su perfumado hogar, «trabajaban» juntos a la construcción de un modelo de un nuevo chasis de automóvil. Laura le resultaba muy aplicada a Carlos, y éste, no por galantería solamente sino porque era un elogio merecido por la máxima voluntad en romper el secreto de lo desconocido, le dijo:

—Laura, veo que dentro de poco vas a estar tú más práctica que yo mismo en los trabajos de ingeniería.

Poco después, el enviado de Tomás Fergusson llamaba a la puerta de la casa de Carlos, y le entregó la carta de aquél.

Esa carta era un triunfo para Carlos y su esposa, pues significaba un cambio



...«trabajaban» juntos a la construcción de un modelo...

radical de sentimientos del viejo Fergusson.

Gerardo y Chester iban a lo seguro, pues el primero sabía, por ser ese día, viernes, que en la caja de caudales debía haber mucho dinero... Pero el proyecto que tenían le parecía peligroso a Gerardo. Sin embargo, Chester, empujaba a Gerardo, y cuando éste se halló frente a la caja, retrocedió como renunciando a robar a su propio padre, el bribón de su «amigo» le cerró el paso.



—¡Déjate de escrúpulos y no perdamos tiempo...! El dinero de tu padre es tuyo, por lo tanto no vas a robar nada.

Convencido por ese razonamiento, Gerardo no vaciló en abrir la caja y en apoderarse del saco de monedas, pero con tan mala fortuna que algunas de ellas cayeron al suelo produciendo un ruido sospechoso que llamó la atención de Tomás Fergusson, que se hallaba en las habitaciones superiores del despacho, y quien, armándose, acudió a ver de lo que se trataba.

Chester, oyendo pasos, apagó la luz, casi al mismo tiempo que el viejo Fergusson disparaba su revólver contra los ladrones, sin resultado.

Gerardo, atemorizado, disparó también su arma, hiriendo de muerte a su padre. Este, antes de morir, reconoció a su asesino y el pobre padre, deseando desaparecer, gritó, con desespero:

—¡Hijo!... ¡Hijo mío!

Gerardo, hombre de poco carácter, quedó clavado en tierra ante su crimen, pero Chester, sin olvidar el dinero, le obligó, brutalmente, a huir con él, lo cual hicieron ambos con la precipitación que se supone.

Apenas salidos Gerardo y Chester del lugar del suceso, Carlos llegaba a él y recibía una fuerte impresión al cerciorarse de que su ex principal estaba muerto.

Todas esas escenas fueron muy rápidas, así como la llegada del vigilante nocturno, quien, sin haber oído el ruido de los disparos, debido al chaparrón que caía afuera, hacía su ronda por allí.

El sereno, que como se recordará había recibido instrucciones de Kempton en previsión de cualquier fechoría de Carlos, según su amenaza, se figuró en seguida que Carlos había matado a su ex principal.

A pesar de sus protestas de inocencia—amparándolas en la existencia, en su casa, de una carta escrita por el señor Fergusson, a su nombre, citándole *amigablemente* para aquella noche, a las diez—Carlos no fué escuchado. Además, un lamentable incidente—una fuerte corriente de aire había arrojado al fuego la carta del viejo fabricante, la cual fué pronto convertida en cenizas—hizo desaparecer la única prueba que existía en favor de Carlos!

Por el contrario, la carta que él escri-

biera a su ex principal, en tono que sólo podía analizar exactamente, era una prueba que le condenaba sin compasión.

Laura, mientras su esposo batallaba por la defensa de su honor, acariciaba al tierno niño, y le decía, previendo, porque lo deseaba, un buen arreglo entre Carlos y el fabricante:

—El pobre papaito estará ahora amanuendo a la fier... ¡Todo el mundo es bueno, hijo mío!



Todas las pruebas aparecieron contra Carlos y el infeliz fué condenado a cadena perpétua.

Laura, destrozada su alma y convertido en llaga viva su cuerpo, sólo pudo disponer de cinco minutos para hablar con su esposo. La entrevista tuvo lugar, a solas, vigilados detrás de una puerta de cristal, en el Palacio de Justicia.

Laura, sin poder dominar su emoción, no acertaba a adelantar hacia el esposo adorado ni éste tampoco se sentía con fuerzas para atraérsela; y pareció como si una mano oculta, cual imán poderoso, los acercase lentamente uno a otro hasta que sus cuerpos, despertando a su mutuo contacto, se juntaron, temblando, para estrecharse con delirio como para llegar hasta sus corazones que sangraban de pena.

—¡Y no poder hacer nada por tí... absolutamente nada!...—le decía Laura a su esposo, llorando sin consuelo.

—La prisión va a separar nuestros cuerpos, pero no nuestras almas... Donde hay amor, no puede haber separación... Vete a Londres y cambia de apellido... Nuestro hijo debe ignorar siempre que su padre es un presidiario.

Una voz desconocida por ellos, interrumpió su doloroso despedido:

—Han pasado los cinco minutos.

Mac, que había permanecido durante esos cinco minutos detrás de la puerta de cristal, con el policía de vigilancia, haciendo esfuerzos por aparentar una serenidad que estaba lejos de tener, se reunió con Carlos, para llevarse a Laura cuando él fuera reconducido a la cárcel.

El abrazo de la despedida fué por demás enternecedor, y si Carlos y Mac y el policía no lloraron como lo estaba ha-



ciendo Laura, lo hicieron, indudablemente, interiormente, para dar el ejemplo a la afligida esposa.

—¡Dios mío!...—exclamó Laura.—¡Para toda la vida!

Carlos, correspondiendo al mudo y sentido apretón de manos de Mac, le encargó a éste:

—Vele por ella y por mi hijo, Mac, y haga progresar mi taller... ¡Que no les falte nunca medios de vida!

Mac, rompiendo el nudo que se le había hecho en la garganta, le contestó:

—Mi vida daría por ellos, si mi vida necesitaran. ¡Adiós, amigo mío... mi mejor amigo!



En la soledad de su celda, Carlos sentía por momentos que el valor le faltaba, que la desesperación se apoderaba de su alma... Los guardianes que le oían gritar solían decir a los otros:

—Es el número 31, que sólo hace seis semanas que fué condenado... Todavía no se ha acostumbrado a la falta de libertad.

¡Pobre Carlos!

¡Pobre Laura! Ella, esposa dignísima y madre amante, no se había podido aún resignar a la injusticia que el Destino



—Vele por ella y por mi hijo, Mac,...

cometiera con su esposo y muchas horas del día parecía sentirlo cerca de sí besando sus ropas y estrechándolas, hasta la locura, contra su pecho.

Mac ya la había sorprendido varias veces en esa triste y delicada operación, y una de esas veces, la dijo:

—¡Valor, Laura!... Necesita usted aprovisionarse de valor para darle ejemplo a él y para velar por su hijo... Vengo de



—¡Valor, Laura!...

hablar con el guardián que se compadeció de Carlos... Le llevaremos una paloma mensajera para recibir noticias directas de su marido.

Laura quiso agradecer con una sonrisa... sin lágrimas, la buena noticia que Mac le acababa de dar, pero por más empeño que ella puso en ello, sonrió llorando más todavía...

La paloma mensajera trajo una carta de Laura a Carlos. El papel contenía este tesoro de palabras:

"Me dicen que te desesperas, que no te resignas a vivir en la estrechez y en la soledad de tu celda. ¡Por Dios, Carlos, ten valor, llena tu alma de valor, para que se te haga menos penosa tu prisión! Piensa en lo que tú mismo me dijiste cuando nos abrazamos por última vez: "La prisión separa nuestros cuerpos, pero no nuestras almas... Donde hay amor, no puede haber separación..." Que ese pensamiento se grave en tu mente, con letras de fuego. Que



*confíes en que un día nuestras almas se unirán de nuevo...*

..

Los remordimientos, el castigo moral de los culpables, llenaban de sombras la vida de Gerardo Ferguson.

—¡Quiero terminar con este sufrimiento, que me hace odiar la vida!...—dijo, un día, a Chester—. ¡Cuando pienso que Stephan está purgando un crimen que nosotros cometimos...!

Menos «débil» que Gerardo, Chester le recomendó que echara al olvido lo pasado y que en adelante no hablase, ni con él, de lo que, por ser un secreto, debía ser definitivamente enterrado, en interés común.

Llegó el anhelado día de las visitas a los presos.

Carlos estaba muy inquieto pues iba a ver a su Laura querida.

Al presentarse la admirable esposa al director del penal para solicitar que la dejaran ver al número 31, Carlos Stephan, Laura estuvo a punto de caerse de desfallecimiento cuando aquél la hizo la siguiente respuesta:

—El número 31 está rigurosamente incomunicado. Le explicaré el motivo... Uno de los guardianes que hacía servicio en los pasillos descubrió que su esposo recibía cartas secretas por mediación de una paloma mensajera, y en el patio esperó que el ave echara el vuelo para derribarla de un certero disparo y apoderarse del papel que su esposo le había atado a una pierna... y que, dirigido a usted, contenía propósitos de fuga...

Laura dudaba de que el Cielo tolerara tanto infortunio para Carlos y ella... y agotó todas sus súplicas y humillaciones inútilmente.

El guardián amigo de Carlos, pasó por delante de su celda y a través de la reja le echó esta nueva:

—Tu mujer está aquí, pero no le permiten que te vea... No te perdonan la carta que escribiste.

Desbordando su dolor en desespera-

ción de loco peligroso, Carlos gritó con todas sus fuerzas, cinco, diez, veinte veces, el nombre de ¡Laura! ¡Laura! Sus lamentaciones asustaban a los demás presos, entre los cuales, algunos sin conciencia, gritaban con él y como él, para burlarse y molestar a los guardianes.

Laura se tapaba los oídos para no seguir oyendo de su esposo sus desgarradoras llamadas, y al fin, Carlos, «reventado» por tanto sufrir, con las manos heridas por haber querido romper la reja de su celda, estaba en tierra, como si en un momento se hubiese vuelto idiota...

Laura, antes de marcharse, preguntó



*Carlos estaba muy inquieto...*

al Director del penal:

—¡Podré, al menos, dejarle estas flores?

Fue complacida en su deseo, y Carlos besó aquellas una a una... pues en cada corola veía la sonrisa de consuelo de su esposa... sonrisa con lágrimas... porque Laura ya no sabía sonreír sin ellas.

..

Transcurrieron diez y ocho años, durante los cuales, Laura, inyectando VALOR en su alma, logró convertir el pequeño taller en una de las fábricas más poderosas de la nación.

Roberto Stephan, el hijo de Laura, que, aunque conservaba el apellido de su padre, ignoraba en absoluto todo lo que se





MARY PICKFORD







refería al autor de sus días, era un joven muy simpático, además de un excelente hijo.

Con motivo del primer aniversario de la inauguración de las citadas importantes fábricas, Roberto dió la enhorabuena á su madre.

—En este día del aniversario de tu firma, te felicito, mamá...

—Dí mejor «nuestra firma»... —replicó Laura—. Nada hubiera podido yo hacer sin la ayuda tuya y la de Mac.

Oliverio Hamish, aristócrata viudo y con representación en el Parlamento, que había logrado el apoyo del Gobierno para varios de los inventos de la firma Stephan, visitó á Laura, en ocasión del referido aniversario, con su hija Eva, linda señorita que no tenía que forzar su voluntad para mirar con simpatía, y hasta con un poquitín de amor, á Roberto Stephan.

Eva entregó á Laura un ramo de flores, con esta dedicatoria:

*"Para la fábrica en este día de su aniversario."*

Mientras Eva, á quien ya había visto Roberto —avisado tal vez de su llegada por el aparato Amor-Onda— iba á sacarlo de su laboratorio para charlar un rato juntos, Don Oliverio y Laura, en el despacho de ésta, repasaban ciertos libros en que estaban sentadas algunas operaciones en las que había intervenido aquél.

Don Oliverio, admirado de la férrea voluntad de Laura y de su inagotable amor al trabajo, merced á cuyas rarísimas cualidades había ella conseguido disfrutar de una posición en el mundo del comercio é industria harto envidiable, le habló de la siguiente manera:

—¿No piensa usted nunca en otra cosa más agradable que el trabajo?

—El trabajo no me cansa, me distrae.

—Sin embargo, el trabajo no puede llenar toda la vida de una mujer... ¿Quiere usted que de ahora en adelante trabaje yo... para los dos?

Laura evocó al pobre é ignorado esposo, su único amor, y contestó al correctísimo Don Oliverio en la forma negativa muy discreta siguiente:

—Señor Hamish, por espacio de varios años hemos hecho buenos negocios juntos... ¿Por qué no continuar por el mismo camino?

Don Oliverio no insistió en su conversación «especial», reservándose volver á tratar del asunto en mejor ocasión, cuando viera que Laura se iba convenciendo del respetuoso y fiel cariño que él alimentaba día por día, con constancia de joven enamorado, por ella.

Cuando los negocios dejaban algunas horas libres, en el hogar de Laura transcurrían las horas en una deliciosa intimidad. Los mejores amigos, los que eran recibidos con mayor agrado, eran Don Oliverio y su hija Eva. Era hermoso de verdad ver la franca simpatía con que se trataban ambos, convenientemente «aparejados» á fin de que los «viejos» hablasen de las cosas de actualidad—pareja Laura—Don Oliverio—y los jóvenes platicasen de cosas futuras, más risueñas aún que las presentes—pareja Eva—Roberto.

Así las cosas, Laura llegó al convencimiento de que su hijo y Eva se querían y su secreta sonrisa á la gentil pareja se vió de pronto velada por el recuerdo del preso inocente...

En esto, llegó á la casa de Laura, Mac, portador de una gran noticia: ¡Inglaterra había entrado en la guerra mundial!

Eva ya temía por Roberto, y eso que no había nada más entre ellos, hasta entonces, que unas palabras del galán á la dama, que cosquilleaban su corazón, y unas miraditas tentadoras de Eva para corresponder á esas palabras. Pero, ¡dicen tanto los ojos, que los labios, tímidos, no se atreven á confesar!

..

Un día, cuando Bernardo Chester acababa de alistarse en el ejército, se encontró con que su amigo Gerardo Fergusson acababa de poner fin á sus remordimientos; y junto á su cadáver halló la siguiente carta:

*"..... y no puedo soportar por más tiempo estos remordimientos que me consumen. Soy demasiado cobarde para vivir después de decir la verdad. Pero todos deben saber que Carlos Stephan Blackmore es inocente de la muerte de mi padre, y que los culpables somos Chester y yo....."*

Chester, dirigiendo una mirada de odio al cuerpo inerte de Gerardo, rompió la carta acusadora en mil pedazos.

Al estallar la guerra, la nación trans-



formó en soldados á sus presidiarios, brindándoles un camino glorioso para que lavasen sus culpas en los campos de batalla.

Carlos había abierto su corazón á la esperanza de recobrar la libertad, aun á



*Un día, cuando Bernardo Chester..*

costa de morir en la guerra, que todo lo diera por volver á estrechar siquiera una sola vez, contra su corazón, á su adorada Laura.

Todos los presidiarios cuyos delitos les permitían aspirar al beneficio de la libertad para combatir contra los enemigos de la patria, estaban formados en el patio del penal. El que más demostraba sus ansias de volver á ver el sol, á sus anchas, era Carlos, quien, cada vez que la dirección llamaba, por su número, á un preso cualquiera de los allí reunidos, él creía siempre haber oído su número. Y he aquí que una vez, mientras Carlos veía alejarse del patio á un compañero suyo, para no volver á pisarlo jamás, un guardián se acercó á él, y le dijo, de orden del director:

—Ha sido una equivocación, muchacho... Tú no puedes salir del presidio... Vámonos á tu celda.

El brusco derrumbamiento de todas sus esperanzas, desesperó tanto á Carlos que, burlando la vigilancia de los guardianes, logró, corriendo como un loco,

presentarse á la dirección, y ante ella, llorando como una criatura, planióse de esta manera:

—Señor, me dicen que yo no puedo salir de aquí... Hace dieciocho años que estoy preso por un crimen que no cometi... ¡Yo haré todo lo que quieran... me dejaré matar, si es preciso... Pero déjeme salir!

El director, emocionado, tuvo que reaccionar para responder á Carlos, y su contestación fué la que sigue:

—Lo siento mucho, pero los homicidas no pueden ir á la guerra.

Tal réplica significaba para Carlos, en aquel momento de irreflexión, que el presidio sería su tumba, pero con la calma renació el VALOR.

Todos los meses, Laura y Mac partían secretamente para Escocia, con el fin de comunicar con el prisionero, lo cual hacían de este modo: aquéllos, desde una casa, situada frente al presidio, que habían alquilado, mandaban los reflejos de un poderoso cristal á la celda de Carlos; éste, avisado de que ellos estaban allí,



*El brusco derrumbamiento de todas sus esperanzas...*

hacía aparecer, detrás de los barrotes de la reja de su encierro, la parte posterior del plato de metal en el que recibía su sustento, en la cual escribía lo que les



quería decir. Laura, por medio de un telescopio, leía las inscripciones de su marido. Nunca desfalleció Carlos delante de su esposa; y todo lo que la escribía pa-

mente un reflejo de valor que hay en su alma—contestóla él.

Y un día, Bernardo Chester, herido en la guerra, sintió, al mismo tiempo que el dolor de su herida, el despertar de su conciencia. Para mitigar el sufrimiento, el hombre ruin tuvo un noble gesto, presentándose al presidio donde estaba Carlos, a cuyo director confesóle:

—Juro que Carlos Stephan Blackmore es inocente! Yo soy el asesino de Tomás Ferguson!

Hora tras hora, animada por una ciega confianza en el porvenir, Laura proseguía su trabajo.

Ricardo, muy satisfecho, fué a interrumpirla.

—¿No sabes el notición, mamá?... El señor Hamish está gestionando un título nobiliario para nuestra firma, en pago de los trabajos que

hicimos para el Gobierno. Y yo, como cabeza nominal recibiré tal honor...

Laura, de cuyo pensamiento no se apartaba el inocente esposo, rechazó el



*—Hace dieciocho años que estoy preso...*

recía demostrar que seguía confiando en ver reconocida su inocencia...

Carlos no se había asomado nunca a la reja de su cárcel, para no ser descubierto por los guardianes que á menudo pasaban por delante de su encierro. Proce- diendo como lo hacía, mien- tras su esposa ó Mac leían lo que les decía en su plato, escrito con tiza, él podía vi- gilar la celosía de su celda, evitando todo peligro de ser descubierto y trasladado á otra celda donde no pudiera llegarle el mudo consuelo de los seres queridos. Pero una vez Carlos hubo á la fuerza de asomarse á la reja para recoger de su borde el plato metálico que se le había ido de las manos y Laura, aunque sólo un instante, lo vió.

—¿Cómo podrá un hombre mostrar un rostro tan sereno, después de diez y ocho años de continuos sufrimien- tos?—dijole ella, con admiración y dolor, á Mac.

—La serenidad de su rostro es sola-



*... Laura, aunque sólo un instante, lo vió.*

ofrecimiento del parlamentario.

—El señor Hamish no tiene derecho á hacer eso—le dijo á Roberto.



Luego, con más energía todavía, exclamó:

—¡En esta casa no hubo, no hay, ni habrá más que una sola cabeza!

Roberto, sin comprender lo que quería decir su madre, la hizo esta pregunta:

—¿Eso quiere decir que esa cabeza eres tú?

Laura comprendió su indiscreta y comprometedor defensa en favor de la sola cabeza de la casa, reaccionando en seguida:

—Perdona a tu madre, hijo mío, —le di-

le contestó, asombrado, Kempton —. ¿Es que no sabe usted que Carlos Stephan Blackmore, fundador de la fábrica y cabeza efectiva de la firma, está en presidio por haber asesinado a su antiguo principal?

—¡Ehl! ¿Qué dice usted?

Kempton, en breves palabras, puso al corriente a Don Oliverio de lo que ocurrió muchos años atrás, en Escocia, y de la condena de Carlos Stephan, esposo de Laura.

Don Oliverio, indignado, por doble



... Eva y Roberto, por fin, se confesaban su amor...

jo—que a veces dice cosas inconvenientes... A ti te corresponde el título...

—¡Voy a darle a Eva la noticia!

Pero hizo la casualidad que Kempton, el hombre que en Escocia sustituyó a Stephan, hablase de negocios con el señor Hamish.

—Creo que la unión de la firma de usted, señor Kempton, la mía y la de la casa Stephan, sería beneficiosa para todos nosotros.....—le propuso Don Oliverio.

—¿Unirme yo con la casa Stephan?—

motivo, tomó la determinación de suprimir toda relación con los Stephan, diciendo a Kempton que le agradecía mucho los datos que le había dado y que procuraría que no se sorprendiera otra vez su buena fe.

Ajenos por completo a lo que se tramaba contra su felicidad, Eva y Roberto por fin, se confesaban su amor, justificándolo el galán robando (?) un beso en los mismísimos labios de la tentadora Eva terrenal. Después de esta confesión, cada uno por su lado, fueron a escape a



anunciar la buena noticia á sus respectivos padres.

El que llegó primero á su casa fué Roberto.

—¡Eva me quiere, mamá, y estamos prometidos!

Como Laura entristeciera súbitamente, su hijo inquirió:

—¿No te alegra la noticia?

Laura fingió una alegría que no sentía y besó á su hijo.

Roberto, tras un ligero preámbulo, dijo á su madre:

—Mamá, ahora que voy á casarme, necesito saber quién es mi padre y dónde está....

—¿Es ese el título que te ha dado el señor Hamish?— contestóle ella.

—Mamá, no procures evadir la respuesta.... ¿Quién es mi padre, qué es, por qué no vive con nosotros?

Laura no pudo fingir más y optó por callarse.

—Yo quiero á Eva y la necesito para mi vida.... Por eso deseo saber quién es mi padre, estar seguro de que no tengo por qué avergonzarme ante ella....

Laura, ahogando su corazón en lágrimas dolorosísimas, siguió en su comprometedor mutismo, prefiriéndolo todo á confesar la terrible verdad.

Entonces, dejándose llevar por su fogosidad juvenil, Roberto exclamó, humillado:

—¡Oh, Dios, ya lo veo claro....! ¡Yo no soy hijo de un matrimonio legal!

Laura soportó la afrenta.... pero la verdad no salió de sus labios.

Avergonzado de sí mismo, Roberto salió al jardín de su casa y en el Mac, el buen Mac, lo sorprendió llorando....

Entretanto, Eva había hablado con su padre:

—¡Soy la muchacha más feliz del mundo, papá....! Roberto me ha pedido relaciones.... y yo he aceptado!

—Siento mucho contradecirte, hija mía, pero esa unión es imposible. ¡El padre de Roberto es un presidiario!...

—¡Por Dios, papá! ¿Qué estás diciendo?

—Hemos sido engañados, hija mía... Y ahora mismo voy á dejar terminado

este asunto con la señora de Stephan.

Don Oliverio visitó á Laura cuando ésta acababa de sufrir, con sublime abnegación, las mayores ofensas de su hijo.

La entrevista duró poco, el tiempo suficiente de permitir al señor Hamish enterar á Laura de lo que había sabido, sin que ella le contestara lo más mínimo, terminando como sigue:

—Nada más necesito decirle, señora... Usted comprenderá que el matrimonio



—Mamá, ahora que voy á casarme...

entre nuestros hijos es imposible. Espero que en lo futuro usted misma procurará evitar que se vean.

Anonadada por tan grande infortunio, Laura se arrojó al suelo é invocó la clemencia del Cielo:

—Dios mío, ¿por qué me abandonas?

Como obra de un milagro, en el espejo que tenía frente á sí, se le apareció á Laura una imagen inolvidable. Presa de una emoción indescriptible, volviéndose para cerciorarse de que no estaba pasando por una alucinación, y vió en el umbral de la puerta, ¡á Carlos!

Laura, excediéndose á sus propias fuerzas abrió sus brazos para recibir en ellos á Carlos, que sólo la miraba como si le preguntara: ¿«Me quieres aún?», y el encuentro de los dos cuerpos separados durante larguísimos años, fué tremendo en sentimiento. En su alegría, los dos lloraban; Carlos abrazaba de hinojos á su



esposa, besando sus ropas, como si adorase a la virgen de su devoción.

Roberto, enterado por Mac, el buen Mac, del pasado, arrepentidísimo fué a pedir perdón a su madre, y detúvose ante la escena que se desarrollaba a sus

—¡Oh, padre, padre adorado!... ¡Perdón, madrecita mía de mi alma, perdón!

Con la justicia, mercedamente volvió la felicidad para todos.

Y el VALOR que llenó sus almas en las amargas horas de la adversidad, hi-



—Este es tu padre...

ojos; y viéndole allí, su madre le dijo:

—Este es tu padre que viene de purgar en presidio el crimen de otro hombre.... Quiérole mucho, para que olvide sus sufrimientos.

zo nacer para Laura y Carlos una nueva aurora de dicha...

Empezaba para ellos una segunda luna de miel... y para Eva y Roberto... la primera... ¡claro!

FIN





PELÍCULA CORTA

# DOLOROSA

por FANNY

Ya se había manifestado algunos años atrás la anemia de Mercedes, pero no se le dió mucha importancia á ella suponiendo, sus padres, que esa era una enfermedad característica en las jóvenes de su edad; y redoblaron los cuidados.

Desde hacía dos años, Esteban, huérfano de padre y madre, fué enviado, por su tutor, á vivir á la ciudad, para que se despabilase para mejor regentar luego en su pueblo, su comercio, y como dicho tutor era íntimo de los padres de Mercedes, lo puso á pensión en casa de éstos.

Mercedes y Esteban simpatizaron en seguida. Su carácter era poco más ó menos el mismo como casi la misma también era su edad.

Esteban se colocó en un despacho... de modo que tenía sus horas de oficina—harto bien empleadas, por la cuenta que le tenía—y sus horas de «familia» con los amigos de su tutor.

Mercedes, ya entonces joya, brilló más aún desde que Esteban comió á su mesa... y así fué pasando el tiempo... sucediéndose los sueños, abrigándose las esperanzas, y, finalmente, llenándose de puro amor el corazón de Mercedes.

Esteban, por su parte, pasó por las etapas de un enamoramiento muy razonable, acaso demasiado observador y por tal razón lento, hasta tener la absoluta seguridad de que Mercedes le convenía, y que merecía la pena de que hablase de ella con su tutor. Para ello, aprovecharía los dos meses de vacaciones del segundo año de estancia en la ciudad, y luego, al regresar, sondearía el corazón de Mercedes para asegurarse de que no se había equivocado suponiendo que era correspondido por él.

Así las cosas, partió Esteban... y Mercedes sufrió, con tal motivo, el dolor de la primera decepción. ¡No la quería! ¡No le tenía inclinación alguna! ¡Sus dos meses de ausencia lo demostraban cruelmente!

Y con la duda empezó la tristeza de Mercedes...

Esta enfermó, la anemia habiendo hecho presa, inexorablemente en ella, y su vida ofrecía serios peligros.

En su atolondramiento, sus padres, no

anunciaron á Esteban y á su tutor, en calidad de amigos como de la familia, la gravedad de Mercedes.

Esteban, escribía regularmente, cada semana, pero sus cartas no decían nada...

Un día, Luisita, confidente de Mercedes, á quien, sin escrúpulo ninguno por su enfermedad, visitaba diariamente, supo, por boca de Mercedes misma, el supremo anhelo de su vida.

—Le amo, Luisita, le amo con toda mi alma... ¡y él no me quiere! Y me voy á morir... lo presiento...

El dolor de Mercedes, al hablar de sus muertas esperanzas, era, á juzgar por las lágrimas que brotaban quemantes de sus hundidos ojos, tan atroz, que Luisita se agarró como única probabilidad de salvación á la pavesa que le ofrecía una idea que en su mente acababa de formarse y, cuando Mercedes quedó dormida, ella regresó á su casa.

Bajo el dictado de su cariño hacia la amiga, Luisita, por la noche, rodeada de silencio y llena de emoción, escribió esta carta:

*"Esteban: Sé tan poco de escribir, que tal vez no pueda decirle en este papel lo que estoy pensando.*

*Usted no sabe muchas cosas... y es preciso que sepa que Mercedes está muy enferma.*

*Mercedes es mi amiga, usted ya lo sabe, y como tal me permito escribirle... acerca de ella... ¡pero, por Dios, sin que ella se entere nunca!*

*Es una confesión lo que le voy á hacer y cuyo secreto debe, como buen caballero, guardar eternamente.*

*Mercedes le ama tanto, que pensando en usted se muere...*

*Ya vé usted cómo somos las mujeres...*

*Si la aprecia siquiera un poco, por piedad venga usted y véala á menudo, pues tal vez, sin que ello represente ninguna obligación para usted, podrá Mercedes sufrir menos teniéndole á su lado.*

*Esto es, muy obscuramente lo que yo quería decirle, pero no lo que estoy pensando, pues ahora veo que ya no debo ir más lejos en mis ruegos de alma apenada por el infortunio de una amiga.*



*Usted que tiene más razón de saber que yo, sabrá comprender el alcance de mi pensamiento que, como el de Mercedes, vuela hacia usted en súplica de misericordia para una moribunda.*

*Su afectísima s. s.*

Luisita".



Mercedes se había agravado considerablemente por negarse en absoluto, de unos días a aquella parte, a comer nada.

Sus padres desesperaban de salvarla.

En este estado de cosas se recibió un telegrama en la triste casa, de Esteban, en el que éste anunciaba su regreso para aquella misma tarde.

Inconscientes de la fuerte emoción que iban a causarle, sus padres enteraron a Mercedes del regreso de Esteban, y desde este momento la enferma se agitó en una desconcertante crisis de fiebre.

Luisita, llegando a poco, se enteró de lo que había ocurrido, y con lágrimas en los ojos, apartándolos de Mercedes puso al corriente a los padres de ésta de lo que motivaba aquel nerviosismo de su hija.

Los buenos viejos se miraron silenciosos y profundamente abatidos.



Luisita se reunió con Mercedes y trató de consolarla:

—¿Lo ves, mujer? Vuelve... Se había marchado por dos meses, y ya ves... regresa medio mes antes.

Mercedes no la escuchaba... Una sola preocupación la dominaba: mirarse al espejo, arreglarse el pelo, mojarle los labios para parecerse a ella misma hermosa. Pero siempre terminaba esta operación llorando...

Luisita respetó su mutismo de dolor...

A la hora oportuna, Luisita, por habérselo rogado los padres de Mercedes, fué a esperar a Esteban a la estación para poder, en camino, hablar con él acerca de la gravedad de Mercedes.

Esteban, visiblemente afectado, manifestó a Luisita que su tutor le había dado su consentimiento para pedir relaciones a Mercedes y, opinando que esta noticia, según lo confesado por Luisita, podía llevar un beneficio a la enfermedad de la

amada, estaba dispuesto a decírselo en seguida.

La crisis de Mercedes aumentaba a medida que transcurría el tiempo y sus padres no lograban hacerla entrar en razón. A veces divagando, pronunciaba el nombre de Esteban.

No tardaron mucho en llegar a la escalera de la casa Luisita y Esteban, y en ella hallaron a la madre de Mercedes que les había salido al paso para decirles, cómo seguía su hija, pues era necesario obrar con delicadeza para que la emoción, demasiado viva, no perjudicara a la enferma.

Luisita se adelantó, pues, a preparar a Mercedes a recibir al amado.

Y entonces, al decirle con muchos rodeos que Esteban esperaba que ella le diera autorización para entrar en la casa y en su habitación, Mercedes pareció como si despertara de una horrorosa pesadilla, todavía alucinada por ella, y tomó el espejo, se miró largamente, clavó sus uñas en su rostro, sin que Luisita pudiera evitarlo, lanzó un grito desgarrador, y dijo:

—¡No! ¡No! ¡No quiero que me vea! ¡Ahora no! ¡Me aborrecería! ¡Me aborrecería!

Extenuada por el esfuerzo cayó pesadamente sobre el lecho...

Y dos días después, sin haber querido ver a Esteban, entregó sus inmensos sufrimientos a la muerte, rompiendo en su postrer suspiro el espejo que hasta entonces le había mostrado, por el poder de la sugestión, un rostro horrible y repugnante.



Algún tiempo después, Esteban y Luisita unieron sus vidas, apasionadamente enamorados el uno del otro.

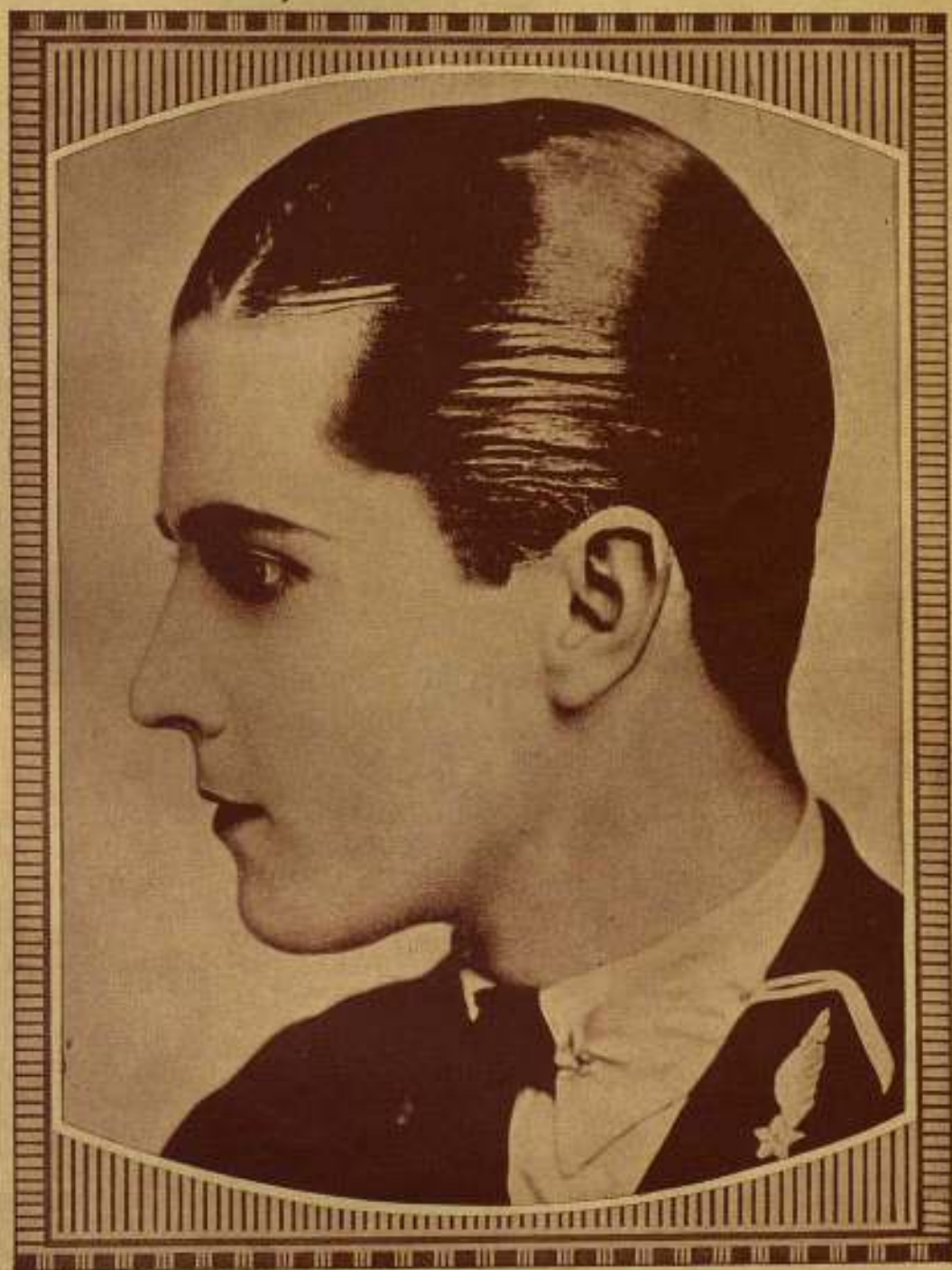
¿Podía acaso Esteban encontrar otra esposa más ideal que la abnegada Luisita?

Los padres de Mercedes presenciaron la boda, y Mercedes indudablemente, en espíritu, asistía también a aquella ceremonia sin celos ni reproche, bendiciendo a la amiga del alma y al hombre que fué su primer y último amor.

Si estaba escrito que había de morir, ¿quién mejor que ella para desear la más completa felicidad a Luisa y a Esteban, a quienes tanto había amado?

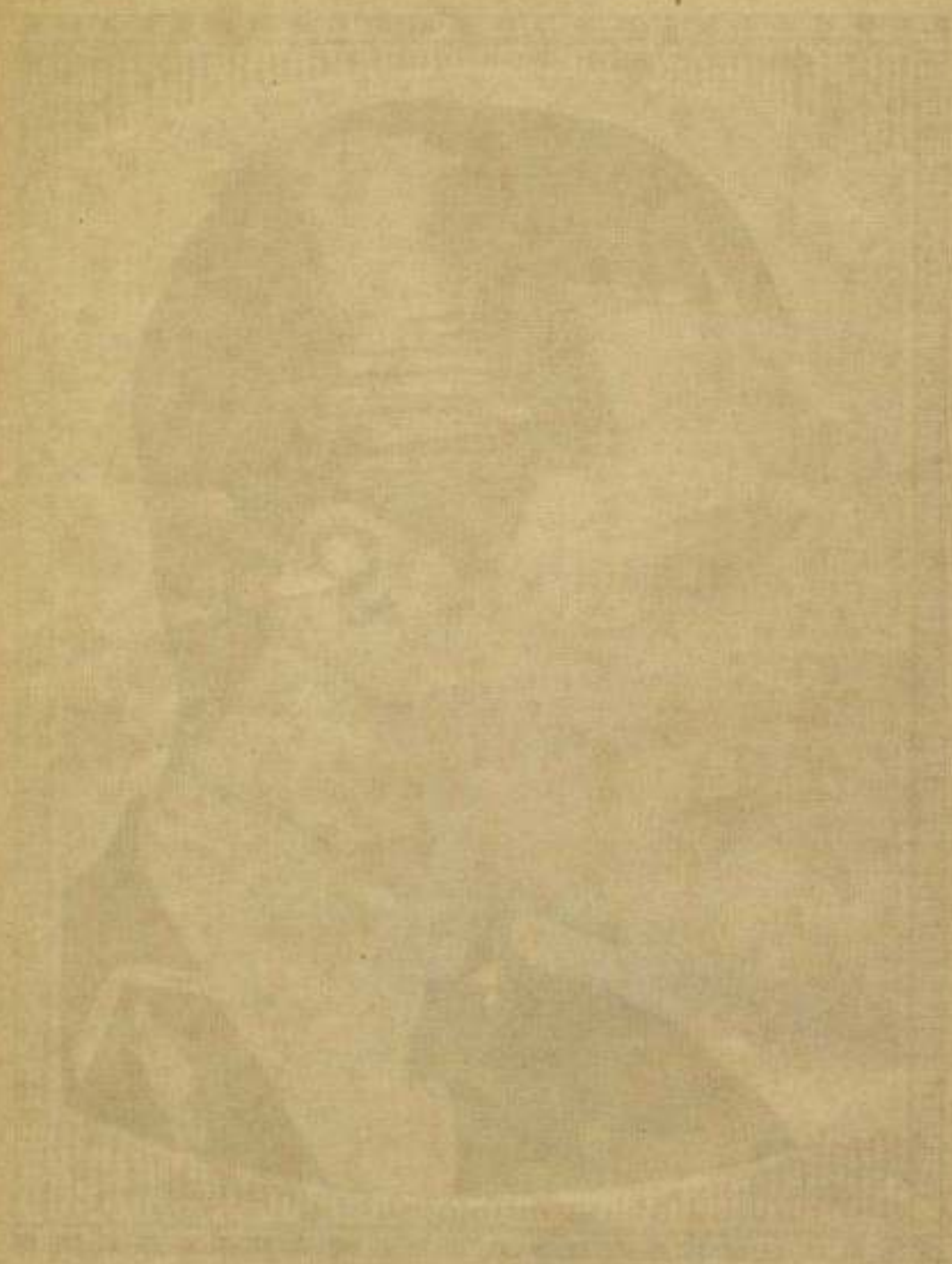
FIN





RAMÓN NOVARRO







## EL AUDAZ



CHARLES RAY

Contestatarios:  
LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rembía de Cataluña, 82  
BARCELONA

Argumento de la película de dicho título

**E**n el taller de Antonio Hubert, un sastre acreditado por largos años de constante trabajo, prestaban sus servicios: Pedro Maclonkie, en calidad de oficial, y Juan Pablo Bart, como operario, pero las aspiraciones de éste se elevaban por encima de su inseparable plancha de sentar costuras.

Luisa Hubert, la alegría y la esperanza de su anciano padre, el sastre, tenía cierta inclinación á Juan Pablo y era á éste á quien se dirigía siempre para charlar un poco, cosa que ocurría casi todos los días. En el principio de nuestra historia, Juan Pablo la enseñó un libro y la dijo:

—Ayer, leyendo, encontré una máxima muy interesante. Está aquí: dígala usted:

*"La voluntad constante de llegar á un fin, hace que, tarde ó temprano, sea alcanzado el propósito."*

—Entonces usted va á seguir el consejo de esa máxima, ¿no?

—Sí, Luisa: yo quiero *llegar al fin* que me he propuesto.

—Deseo que su triunfo no se haga esperar mucho.

Continuaron platicando, como dos perfectos amigos, y no advirtieron la llegada de Alberto Gustavus, un literato de avanzadas ideas sociales, ídolo del padre de Luisa, con la cual éste quería casarlo á pesar del infimo aprecio que la muchacha sentía por el pretendiente.

Pedro, el oficial de la sastrería, envidioso de la suerte de Juan Pablo (en lo

que se refería á la predilección de que era objeto por parte de Luisa) avisó al literato:

—Fíjese usted, señor Gustavus, en el joven que le lleva á usted la contraria.

Terriblemente celoso, y más que eso, sumamente sensible en su amor propio, el revolucionario, sin corrección alguna, se puso por medio de Luisa y Juan Pablo, envolviendo á éste en una mirada que daba lumbre. Apareciendo precisamente en aquel momento el señor Hubert, el futuro yerno se le quejó de esta manera:

—¡Señor Hubert, su hija es demasiado familiar en el trato con la dependienta!

El padre de Luisa, mandó á ésta que se apartase de allí, lo cual hizo ella de muy mala gana.

Juan Pablo, sin acalorarse como el literato, manifestó á éste:

—Usted es admirable, señor Gustavus... y el verdadero amigo de las aspiraciones de los obreros.

—¡Usted carece de la inteligencia y del espíritu necesarios para apreciar mi obra social!

—¡Yo he tenido la inteligencia de leer sus obras... y el espíritu de no hacer caso de ellas!

Gustavus, agitando nerviosamente su bastón, parecía querer comerse vivo á Juan Pablo, y para evitar una hecatombe optó por dejarlo en paz y considerar sus palabras como puras necedades.



El viejo Hubert, participando de la cólera del literato, hizo esta objeción a Juan Pablo:

—¡Tú no tienes derecho de insultar al genio ni de meterte en camisa de once varas!

Por su parte Gustavus, antes de salir del establecimiento, sermonizó a Luisa:

—¡Recuerde usted, señorita, quién soy yo, y escoja sus amistades en armonía con mi distinción!

lectura me recomendaron unos amigos. Hasta más ver, Juan Pablo.

—Hasta cuando usted guste. Ya sabe usted donde, de momento, estoy.

..

El señor Hubert, a su vez, aconsejaba a su hija:

—Mal camino llevas, hija mía, escuchando las ficciones y fantasías de Juan



*...las aspiraciones de éste se elevaban por encima de su inseparable plancha...*

Renacida la calma, y mientras Luisa y su padre volvían a su trabajo (Luisa llevaba las cuentas), y Pedro se complacía, para sus adentros, en recordar la escenita entre el literato y Juan Pablo, un amigo de éste iba a verle al obrador.

—¿Qué piensa usted de los sucesos actuales relacionados con la huelga general de los obreros de la fábrica de Abraham Nathan?

—¡Ah! ¿Qué no haría yo por llegar hasta el señor Nathan y ser escuchado! Me gustaría poderle decir cuál es mi opinión respecto a la huelga y qué medios emplearía yo para solucionarla.

—Ahora voy a comprar un libro cuya

Pablo. ¡Ya verás tú cómo le voy a hablar clarito a ese iluso!

—No le digas nada, papá.

Desoyendo el ruego de su hija, el sastre, desde luego al corriente de los propósitos de su operario, manifestóle, exagerando la nota grave:

—Juan Pablo, tú eres un hombre cuya ambición acabará por perderte. Ahí tienes el espejo en que habrías de mirarte: Pedro. Es trabajador, ahorrativo e inteligente. Después de su jornada en el taller, presta servicios extraordinarios de camarero en casas de alto copete.

—No me meto en si Pedro hace bien o no. En cuanto a mí, entre servir a los



demás ó ser servido, me quedo con lo segundo.

Pedro agradeció, ufano, los elogios de su principal y se motaba, á escondidas, de las pretensiones ridículas de Juan Pablo, mayormente cuando, al terminar un traje, le cupo la satisfacción de mandarle á entregarlo.

Pero si Pedro suponía que el hacer recados humillaba á Juan Pablo, se equivocaba, pues para éste no podía haber alegría comparable á la de recibir el sol, á sus anchas, como símbolo de libertad.

Cerca de un hotel de moda, Juan Pablo vió á dos elegantísimas señoras acompañadas de dos caballeros, uno de los cuales le llamó la atención por su aire de importancia. Según él, ese personaje debía ser un rico financiero ó un multimillonario en viaje de recreo. Sus suposiciones, como si alguien las hubiera oído, fueron contestadas por la siguiente orden del conserje del hotel:

—¡El auto del señor Nathan!

Juan Pablo creyó ser presa de visiones. ¡Cómo! ¿Ese era el señor Nathan, el presidente del Consejo de Administración de las más importantes fábricas de la región? ¿Qué milagro lo había puesto al alcance de su vista, presentándosele inclusive? Juan Pablo tuvo un momento de vacilación: quería ir á hablarle, pero se detuvo en el acto. ¿Haría caso aquel señorón de las palabras de un soñador? No, no podía ser. Resignándose, pues, á la fuerza, Juan Pablo siguió observando los gestos del coloso de los negocios, y escuchando lo que decía á éste el otro caballero:

—Espero verle en casa de los Stanlaw durante la recepción de esta noche.

—Mi esposa y mi hija tienen que regresar á Lanwcrest, pero usted puede contar con mi asistencia.

El señor Nathan subía á su auto á continuación de su esposa y Juan Pablo, por curiosidad, se acercó al coche para ver de cerca al hombre que andaba buscando, y sin poderlo él evitar—pues no se había dado cuenta de que se hallaba detrás de ella,—la hija del industrial, que acababa de dar ciertas instrucciones á una camarera del hotel, al volverse con dirección al auto se dió un violento golpe en Juan Pablo. Este se apartó en seguida, excusándose confuso, y al mismo tiempo

que fué zaherido por ella, con rencorosa mirada, notó su belleza.

Olvidando presto ese pequeño detalle, Juan Pablo cumplió el encargo de Pedro, que también había salido á hacer entregas, y de regreso en el taller dijo á Luisa,

—¡Por fin he conocido al señor Nathan! ¡Luisa, la suerte me sonríe!

—¡Cuánto me alegro, Juan Pablo!

—Esta noche, en casa de los Stanlaw, voy á tener ocasión de hablar con el famoso señor Nathan.

—¿Lo han invitado á usted?

—¡No! ¡Pero, qué importa! Yo iré, no se cómo, pero iré. El conocer al señor Nathan lo considero muy útil para mí.

—¿Tiene usted traje de etiqueta?

—Aquí hay uno... ¡Diablo! No quepo, digo, caben dos. En fin, voy á quitarme esta americana de encima y después veré cómo me las compongo para encontrar un traje. El último recurso sería alquilarlo. Apuesto á que con un buen traje soy tan elegante como ese modelo del papel...

El «chauffeur» de un cliente de la casa entró en la sastrería:

—Traigo en esta maleta el traje del señor Jellicot. Hagan el favor de plancharlo y de llevárselo en seguida; lo necesita para esta noche.

El amigo de Juan Pablo había vuelto al taller para enseñarle el libro que había comprado, y al ver en el auto al señor Jellicot preguntó á aquél:

—¿No fué el señor Jellicot quien salvó la vida del señor Nathan?

Juan Pablo, envidiando la suerte del señor Jellicot, le miró á través de los cristales de una ventana. Luego demandó á su amigo:

—A propósito: ¿conoce usted la dirección de los Stanlaw? Quisiera ir á la fiesta...

—Vamos hombre, no sea usted guasón. Abur, hasta mañana.

Luisa entregó la maleta del señor Jellicot á Juan Pablo, para que planchara el traje. Al sacar éste de la maleta, Juan Pablo lo contempló un instante y el demonio le tentó á probárselo. ¡Le sentaba que ni confeccionado para él! Considerando que encontrar un traje perfecto es una cosa muy rara, Juan Pablo pensó que sería necio no aprovecharse de la ocasión, planchó el traje que se había probado antes (el que podía servir para



dos personas), lo colocó cuidadosamente en la maleta, y sin que ni Luisa lo supiera mandó, ya tarde, un viejo operario a entregarlo al señor Jellicot.

idealmente vestido como el mejor figurín, pero sin indicarle la procedencia de todas las riquísimas prendas que llevaba. Emocionada, de una emoción muy dulce,



*...con un buen traje soy tan elegante como ese modelo...*

El señor Hubert cerró la tienda y mientras Luisa ponía en orden unos libros, Juan Pablo, que permanecía oculto en su obrador, presentóse ante ella tan

Luisa no pudo pronunciar ni pío y cuando, reaccionando, hubiera podido hacerlo, la bocina de un auto y unos furiosos golpes con los puños a la puerta de



la sastrería, dieron á entender á Juan Pablo que el señor Jellicot, cansado de esperar su traje, iba á reclamarlo. Aquél puso á Luisa más ó menos al corriente de la «broma» que había gastado al señor Jellicot, y la rogó que le dijera que su traje ya debía estar en su casa. Luisa abrió la puerta, Juan Pablo se puso detrás y salió á la calle, tranquilamente, al entrar el señor Jellicot en la tienda.

Poco después, este último, furiosísimo, se marchó del establecimiento prometiendo á Luisa, que rogaba á todos los santos que no se enterara su padre, que en adelante no sería cliente de la casa.

..

Juan Pablo llegó á los salones de los Stanlaw impulsado por su audacia, mas un poco cohibido por su falta de hábito.

Contrariamente á lo que habían hecho los demás invitados, Juan Pablo no presentó sus respetos á los señores de la casa y la señora Stanlaw, extrañada de ello y suponiendo que tal vez el amigo que le había invitado omitió involuntariamente presentarlo, no le perdía de vista para saber quién era ese amigo.

Juan Pablo supo evitar varios encuentros con los Stanlaw, lo cual aumentó la curiosidad de éstos, y al objeto de poder hablar con alguien, y asirse á él durante toda la velada, Juan Pablo se acercó á dos aficionados á la pintura que discutían acerca de la autenticidad de un precioso cuadro.

—No cabe confusión, amigo mío, es un Velázquez auténtico—dijo el que parecía más autorizado de los dos «amateurs» á determinar sobre el arte del pincel.

Juan Pablo, que en esta delicada materia sólo sabía distinguir las caras bonitas de las feas, sin fijarse en colores ni

matices, juzgó que había hallado un medio para darse importancia y conseguir que alguien le hablara, y para ello, colocándose frente al valioso cuadro, repitió por dos veces, sin resultado positivo, es decir, sin «pescar» el ó la que formara pareja con él, el consabido: ¡Es un Velázquez auténtico!

La señora Stanlaw, cuya curiosidad por saber quién era Juan Pablo sobrepasaba los límites de la paciencia, se lo hubiera ido á preguntar ella misma á no ser por la escena que, de pronto, para complacerla, se desarrolló á sus ojos: Juan Pablo, paseándose por todas partes, en busca de una ocasión, había visto á una dama, ésta se había fijado en él y como era viuda y tenía una hija en estado de merecer, con femenino disimulo dejó caer al suelo su abanico de plumas. Obligado de este modo á dirigirse á ella para, recogiendo, devolverle el abanico,

Juan Pablo fué exquisitamente recibido, y, fiel al recuerdo del bello cuadro de Velázquez, dirigió esta flor á la dama:

—Por favor, conserve usted esta posición... Tiene usted el aire de un retrato de Velázquez!

La viuda, agradecida infinitamente, celebraba con sinceras risas sus nuevas galansterías.

—¡Ah, vamos!—dijo á su marido la señora Stanlaw—Es amigo de Catalina.

Interesada en conocer el origen de tan simpático joven, la viuda opinó que lo mejor era presentarse ella misma.

—Yo me llamo Catalina Dupuy.

—Sí... sí... ya lo sé...—contestó vivamente y sonriendo como ella, Juan Pablo.—En los salones aristocráticos se habla de usted con gran elogio.

—¡Oh, cómo le gusta exagerar!... Yo no digo que no se habla de mí, pero no me parece tanto... ¿Y usted es?...

—... ¡Juan Pablo Barti.



...un poco cohibido por su falta de hábito...



—¡Ah, sí...! He oído muchas veces hablar de usted!

—Sí, ¿verdad?... Seguramente nos habíamos visto en otra parte.

—Es preciso que yo presente á usted á mi hija Dorita. ¡Dorita, ven! Mírela usted: hacia aquí viene. Es jovencita todavía, pero el mejor día, sabe usted... ¡Es tan bonita mi nena!... Señor Bart, mi hija.

—He tenido el alto honor y la mayor satisfacción de conocer á usted, señorita.

—Podrás concederle un baile, ¿verdad?

—Con mucho gusto, mamá.

—¿Me permite bailar con usted el tango que tiene libre en el carnet, señorita?

—Como usted quiera, caballero.

Juan Pablo, cantando victoria, se retiró á un lado del salón y se puso á la expectativa de otra "ocasión".

La madre de Dorita, complacida de la cortesía de Juan Pablo, dijo á su hija:

—Procura saber quién es este joven.

Pedro, el oficial de la sastrería del señor Hubert, actuaba aquella noche de camarero en la recepción de los Stanlaw, y después de meter la pata dirigiendo la palabra á los invitados para ofrecerles un vasito de ponche, recibiendo el consiguiente "elogio" de la señora Stanlaw, se dirigió á Juan Pablo, quien ya se había fijado en él y temía ser descubierto. Al reconocerlo, Pedro estuvo á punto de que se le desprendiera de las manos la bandeja de licores, y le miró, asombradísimo, con cara de idiota:

—¡Anda, si es Juan Pablo! ¿Quién ha metido á chico bien un simple obrero?

—¡Cállate, por favor! ¿Cuánto quieres por no decir una palabra de esto?

—Cincuenta dólares por lo menos.

—Yo te los daré esta misma noche... si no me vendes.

..

El señor Jellicot, propietario del traje de etiqueta que llevaba puesto Juan Pablo, hizo su aparición en la casa de los Stanlaw, preguntando inmediatamente al criado, temeroso de haber hecho tarde, si el señor Nathan se hallaba ya en la fiesta. Tranquilizado por la respuesta negativa, no tuvo más remedio que quitarse el gabán para entrar á saludar á los señores Stanlaw, á cuya velada asistía úni-

camente para ver al señor Nathan por correrle prisa el asunto que debía tratar con él. Hemos dicho que no tuvo más remedio que quedar en traje de etiqueta, porque como llevaba el traje que se probara Juan Pablo, exageradamente ancho y largo de mangas para la talla de ambos, que era la misma, temía ser blanco de las risitas de las "niñas" y de las mamás, y de la burla de los caballeros. A fin de contrarrestar el mal efecto de su ridícula presentación, el señor Jellicot, de un natural algo tonto, exclamó ante los Señores Stanlaw, que ya le conocían:

—¡Mi maldito sastre me ha cambiado el traje con el de otro cliente!

Juan Pablo, á la zaga de motivos para no pasar por un intruso en la casa, dirigió sus pasos hacia un saloncito de donde procedía una música agradable. Una señorita, monísima por cierto, tocaba el piano. No había nadie con ella... y Juan Pablo fué á interrumpirla:

—¿Qué música más inspirada! ¿No es una sinfonía de Beethoven lo que usted toca, señorita?

—¡Usted me halaga con la comparación, caballero. Aunque modesta, mi música es improvisada.

—Pues mayor motivo para asegurar que es usted una genial artista, señorita.

—Agradecida á su amable juicio, caballero.

—Por favor, conserve esta posición... Tiene usted el aire de un «Velázquez».

—Perdone... pero, ¿quién es usted?

—Juan Pablo Bart.

—¿Y quién es Juan Pablo Bart?

—Pues... ¡yo mismo!

—Es usted muy festivo, señor Bart. Yo me llamo Corina Stanlaw.

—¡Ah! Ya... ya lo sabía, ya lo creo. ¿Quién no la conoce á usted?

—Yo no le recuerdo á usted.

—Es natural. ¿Ve usted á tanta gente! ¿Sería usted tan amable de honrarme concediéndome el próximo baile?

—Tengo muchas peticiones. Sin embargo veré la manera de complacer á usted.

La señora Stanlaw, viendo á su hija en amigable conversación con Juan Pablo, notificó á su esposo:

—Parece que es un amigo de nuestra Corina!

Juan Pablo cruzó sus miradas con las del señor Jellicot y al primero se le puso



la carne de gallina. ¡Qué plancha, cuando todo iba a pedir de boca, si el dueño del traje de etiqueta le descubría delante de todos!

Pero, no; la alarma era infundada: el señor Jellicot se había acercado a Juan Pablo creyendo que éste le miraba porque llevaba aquel traje que parecía de su abuelo, y si bien notó que el frac de Juan Pablo era del mismo modelo que el que le había perdido el sastre, no tuvo la menor sospecha de que él era el causante de su ridículo atavío.

—¿Verdad que le hace a usted mucha gracia mi figura? Mi sastre me ha puesto de esta guisa dándome un traje viejo en lugar del mío.

—Usted perdone que me ría. ¡Ja, ja, ja!  
—Ríase usted cuanto quiera. Parece que me haya disfrazado, ¿verdad? Yo he venido aquí, de esta manera, decidido a no perder la ocasión de encontrar a Abraham Nathan.

—¡Oh, mi amigo Nathan! Es raro que no me anunciase que iba a venir.

—¿Le conoce usted?

—Ya lo creo. ¿Y usted, no?

—No, señor. Yo fui quien le salvó la vida. Hace algún tiempo fué víctima de un atentado; hicieron un disparo sobre él, y yo recibí la bala en mi sombrero. No creo que me conozca porque apenas pudo verme. Pero hay testigos....

—Voy a decirle que está usted aquí.

—Pero, ¿ha llegado ya?

—Cuando llegue... ¡Ah! Perdóneme usted un momento... La señorita Corina Stanlaw se digna concederme este baile... Señorita... no sé cómo expresarle mi inmensa gratitud por el honor y el placer que tengo en mecérle en mis brazos al compás de esta divina música... Baila usted como un ángel... es usted maravillosamente bella....

—Es usted muy galante.... y generoso, señor Bart.

Cesó el baile. Mientras Corina se abrochaba un cinturón de hilos de oro, Pedro, cual sombra negra, se hallaba frente a ella, y Juan Pablo asustóse una vez más; pero la señora Stanlaw que iba al encuentro de su hija, reconvinó agriamente, de nuevo, al indiscreto camarero que miraba a los invitados con aire de simple.

Juan Pablo se separó de Corina, al llegar su madre, exclamando:

—¡Ah, el señor Nathan!

—Corina, ¿quién es ese joven?—le preguntó su madre.

—Lo ignoro en absoluto!—respondió ella.

—Estoy intrigada; no sé fijamente con quién ha venido.

Aprovechándose de la feliz circunstancia de que el señor Jellicot no conocía al señor Nathan, Juan Pablo decidió suplantarle, para el mejor logro de sus fines. Armándose de valor, he aquí lo que hizo:

—Buenas noches, señor Nathan.

Este le miró pero, no conociéndole, se limitó a corresponder secamente al saludo.

Juan Pablo insistió:

—¿Usted no tiene idea de quién soy?... ¿No se acuerda usted de Juan Pablo Bart?

—No sé a lo que usted se refiere...

—¡Supongo que no habrá usted olvidado el accidente que por poco le cuesta la vida!... Yo soy...

—Pareceme reconocerle... ¡Ah, sí! ¿No he de acordarme?... ¡Usted fué mi salvador!

—En realidad, no... yo estaba...

—¡Es usted demasiado modesto, amigo mío!... ¡Al fin supe quién era usted!

La farsa había salido bien y el señor Nathan estrechaba efusivamente la mano de Juan Pablo.



—...Baila usted como un ángel...



La señora Stanlaw, viendo eso, rechazó cualquier duda sobre Juan Pablo, ¡pres resultaba también amigo del señor Nathan!

Después de tan señalada victoria, era necesario que Juan Pablo evitara que el señor Jellicot se entrevistara con el señor Nathan. Se reunió pues con aquél y ambos platicaron como sigue:

—El señor Nathan acaba de llegar.

—Voy en seguida... Es preciso que lo vea... Es el único que tiene influencia para hacerme entrar en el Yatching Club.

—Si sólo es por eso que usted quiere ver al señor Nathan, y bajo el pretexto de haberle salvado la vida pedirle un favor, yo también puedo, prestar a usted ese servicio.

—¿Usted?  
¡Yo apuesto que no!

—Dinero no me gusta apostar.

—¿Qué quiere usted apostar, pues?

—¡Un traje!

—¡Yo apuesto una docena de trajes.

—Conforme. Déjeme usted actuar a mí en el asunto.

Requerido por dos empleados de su sociedad, el señor Nathan fué a atenderlos en el recibidor de la casa, donde le esperaban. Juan Pablo le siguió hasta allí y se ocultó para escuchar lo que dijeran:

—Señor Nathan... es imposible entendernos con los delegados obreros, que reclaman la presencia de usted.

—Mi presencia no la considero necesaria.

—Nosotros no somos dueños de la situación y nos parece que le será a usted difícil reprimir esta huelga.

—Yo soy partidario de los antiguos métodos. Las circunstancias exigen actitudes enérgicas.

«Faltos de auxilios materiales, se verán impelidos por la necesidad a reempezar el trabajo.

—Perdonad... —interrumpió, apareciendo, Juan Pablo — Semejantes procedimientos parecerán una solución, mas una solución falsa, sin sólidas garantías de concordia. Las concesiones mutuas son las únicas bases de una armonía duradera. Es sensible que ustedes parezcan ignorarlo... No hay más que una fórmula inteligente para alcanzar el fin de esta huelga...: la reconciliación de las partes en litigio.

Así, de golpe y porrazo, Juan Pablo dijo todo lo que quería manifestar a solas al señor Nathan y para lo cual había si-

do capaz de la osadía de presentarse como invitado en casa de los Stanlaw y suplantado al verdadero salvador del poderoso financiero. Sin embargo, como sus palabras precisaban una explicación, Juan Pablo terminó diciendo al señor Nathan:

—Perdóname si yo me tomé la libertad

de expresar mis sentimientos. He estudiado a fondo la cuestión social y hablo con conocimiento de causa.

—Al contrario, señor Bart. —replicó el señor Nathan — Mucho me agradaría conocer sus juicios con mayor amplitud.

—Me prometo estar libre de ocupaciones mañana, y me tendrá usted a su disposición.

—Entendido.

Cuando el señor Nathan, después de despedirse de los Stanlaw, se disponía a marcharse, Juan Pablo le salió al paso y presentóle al señor Jellicot:

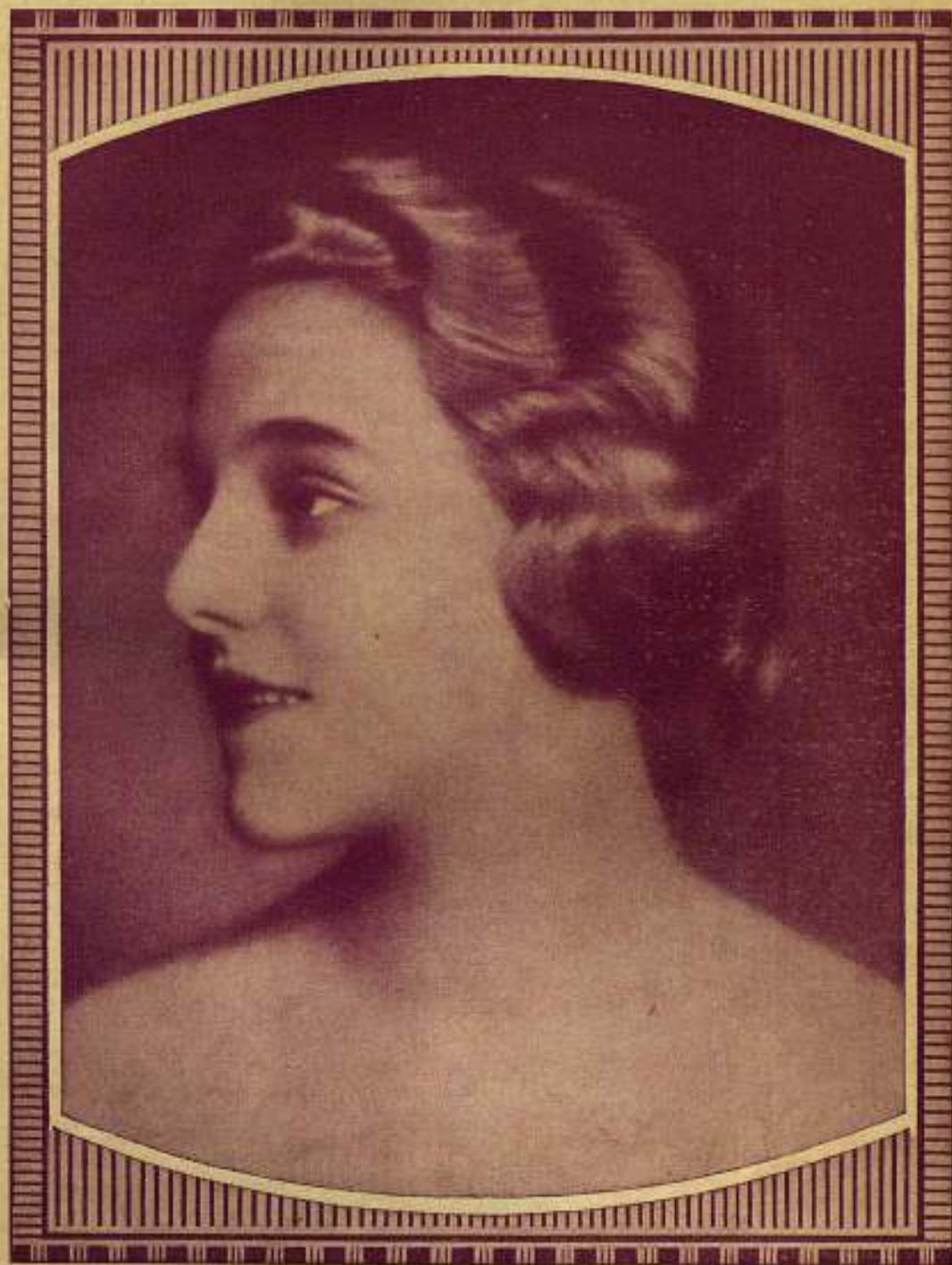
—Mi amigo, el señor Jellicot, desea ser admitido en la partida del Yatching Club. ¿Quiere usted recomendarlo?

—Tendré el placer de solicitar el ingreso de los dos... Además, mi familia y yo



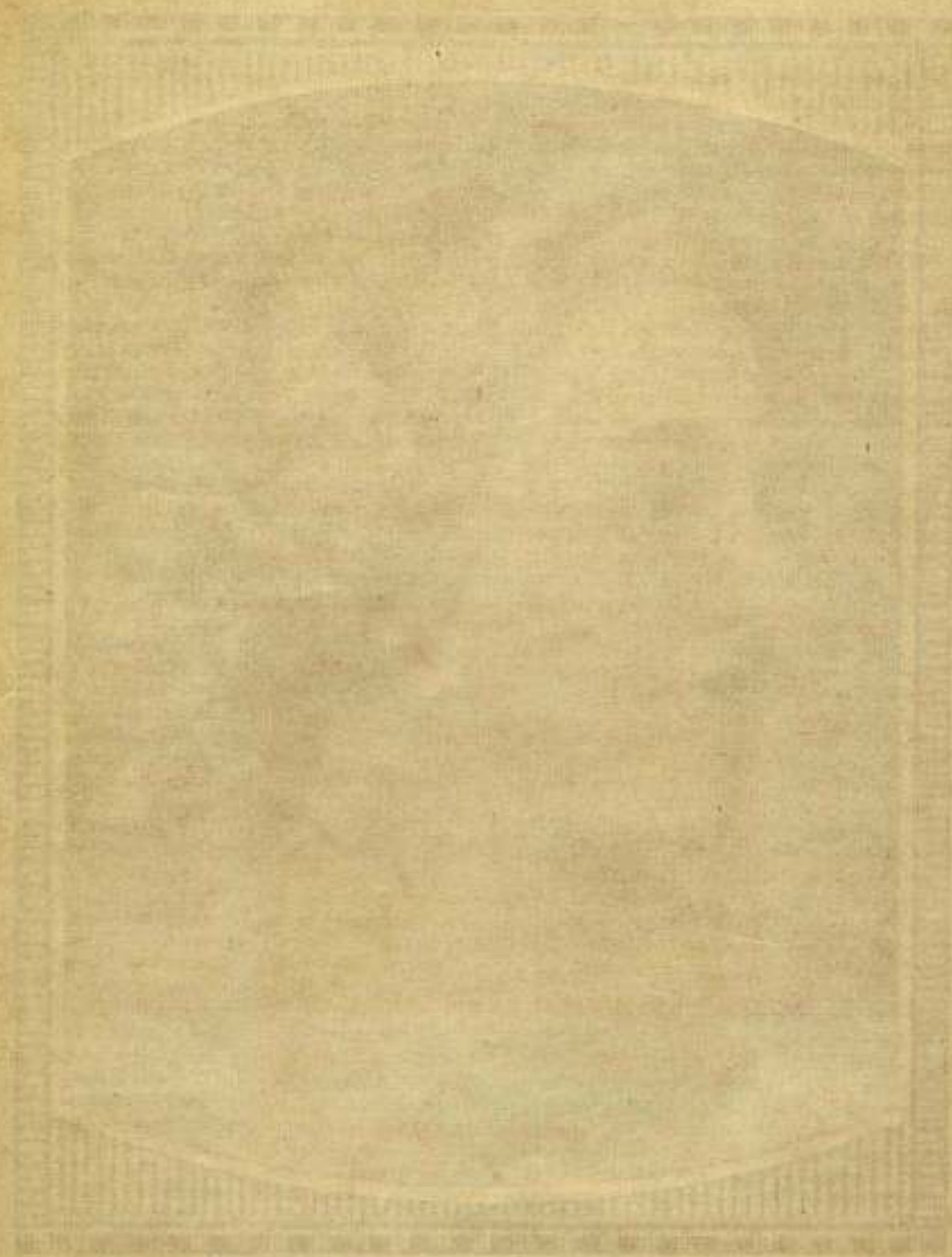
...Pedro, cual sombra negra...





EVA MAY





PLAÇA DE LA VILA



haremos mañana una excursión marítima. ¿Quiere usted acompañarnos?

—Encantado, señor Nathan.... Venga usted también, Jellicot. Así podremos distraernos un poco de nuestras habituales ocupaciones.

—Eso es, vengan los dos.

Convencido Jellicot de que gracias a la influencia de Juan Pablo sobre el señor Nathan conseguiría su mayor anhelo, es decir, ser admitido en el Yatching Club, para demostrarle lo satisfecho que estaba de haber perdido la apuesta de los doce trajes, le manifestó que le daba amplio crédito en casa de su sastre, y desde ese momento se convertían en verdaderos amigos.

..

Durante el paseo marítimo, Juan Pablo supo ser en extremo agradable a la señorita Nathan, a la que recordó para sí

la puerta de su gabinete de trabajo, y dirigió una sección administrativa.

El comité de los huelguistas esperaba ser introducido a presencia del señor Nathan. Entre los huelguistas se hallaba el literato Gustavus, que les aconsejaba sostenerse en irreductible actitud de resistencia.

El señor Nathan se puso al habla con Juan Pablo en el despacho de éste:

—He leído las notas acerca de su proyecto de asociación obrera. Me parecen bien. Los delegados están esperando. ¡He aquí las bases de arreglo, imposibles de aceptar! La Sociedad cuenta con que la intervención de usted dejará a salvo su honor en el conflicto. ¡Entiéndase usted mismo con esa gente!

Previo lectura de las bases de los huelguistas, Juan Pablo se propuso intentar una solución e hizo pasar a su despacho al comité obrero.



*Durante el paseo marítimo, Juan Pablo supo...*

mismo haber visto *"en otra ocasión"*, sin ser reconocido por ella, por parecer otro vestido de *"aristócrata"*, y Jellicot, el señor Nathan y su esposa adivinaron el interés especial que la joven parecía tomarle. El señor Nathan, por su parte, habiendo descubierto muy brillantes cualidades en Juan Pablo, le ofreció un cargo importante en su casa.

Unos días después, Juan Pablo tenía su despacho particular, con su nombre puesto en letras doradas en el cristal de

—Es con el señor Nathan con quien nosotros queremos entendernos—le dijo el presidente de los huelguistas.

—El señor Nathan me ha conferido amplios poderes para que yo le represente en este asunto. Les ruego que se sienten y deseo que lleguemos a un mutuo acuerdo.

Juan Pablo empezó por combatir la violencia con que habían sido redactadas las bases presentadas, para convencer a los obreros que sólo por el terreno



de las concesiones reciprocas podrian llegar al final que apetecian, y una voz conocida, la de Gustavus, tal como él lo había temido al verle con los obreros, le interrumpió así:

—Este hombre es un impostor! ¡Un simple obrero! ¡Un simple obrero sastre!

—No os alarmeis. El señor Gustavus tiene razón. Yo no soy sino un simple obrero... mas también soy un hombre que sabe hacerse respetar. Estoy dispuesto a demostrarlo a cualquiera de vosotros.

El presidente del comité iba a contestar, presentando batalla, á la provocación de Juan Pablo, al ver como éste se quitaba la levita y quedaba en mangas de camisa y sin cuello. Pero Juan Pablo explicó el significado de sus palabras y de lo que acababa de hacer, para evitar una riña:

—Así, sin esa indumentaria que podía pareceros enemiga, os digo: siendo uno de los vuestros, de igual origen que vosotros, podeis y debeis tener confianza en mí.

Convencidos por tan justas razones, los obreros estrecharon la mano que les tendió Juan Pablo, disponiéndose a proseguir la conferencia.

—Así me gusta y de este modo creo más posible un rápido arreglo. En cuanto á ese hombre, ese literato sin ideal, no le hagais caso.

—Y defendiendo la causa de los obreros todos los días desde la tribuna de la prensa!

—¡Es falso! ¡Usted se sirve de tan noble causa para satisfacer ambiciones personales! Me imagino que habrá comprendido que está usted de más aquí.

Derribado del poder moral que ejercía en el espíritu de los obreros, Gustavus marchóse maldiciendo á Juan Pablo.

En menos de una hora el comité huelguista y Juan Pablo llegaron á un acuerdo. Las nuevas bases, mucho más razonables que las anteriores, debían ser entregadas al comité, con el visto bueno del Consejo de Administración de la Sociedad, á las diez en punto de la mañana del día siguiente.

Con cara triunfante, Juan Pablo se trasladó al despacho del señor Nathan, remitiéndole las nuevas bases, insistiendo en la hora en que debían ser devueltas aceptadas para evitar disturbios. Al volver la cabeza, distraidamente, hacia un lado de la habitación, ruborizóse al ver que se había presentado ante la esposa y la hija de su Director en mangas de camisa, despeinado y sudoroso. Retiróse con precipitación en la habitación inmediata, donde, sin que pudiera prever esta nueva calamidad, esperaban que terminara su conferencia, para saludarle, el señor Jellicot y la madre é hija Stanlaw.

Esta vez Juan Pablo penetró en su despacho y mientras se arreglaba para comparecer ante sus amigos, por otra parte, Gustavus, hecho un león iba á contar al señor Hubert el altercado que tuvo con su ex operario.

Pedro, el envidioso, curioseando en el cajón del escritorio halló un álbum de notas referentes á Juan Pablo, perteneciente á Luisa, y se lo enseñó á Gustavus con ánimo de que se vengara

del rival. Sin reparar en su punible gesto, Gustavus rompió en mil pedazos el citado álbum, disputándose asimismo con el señor Hubert por permitir que su hija, debiendo casarse con él, coleccionara notas de otro hombre. Luisa lloró amargamente al enterarse de la criminal hazaña de Gustavus y le repitió mil ve-



*Convencidos por tan justas razones...*



ces, crispando los puños, que no se casaría nunca con él, porque le aborrecía. Y Gustavus, indignado por su completa derrota, se prometió venganza.

Alarmada por las palabras pronunciadas por Gustavus, antes de partir de la sastrería, para no volver a poner pie en ella, Luisa fué a avisar a Juan Pablo, presentándose a él precisamente en el momento en que las dos señoritas, Stanlaw y Nathan, le invitaban, cariñosísimas, a veranear unos días con su familia, la señorita Nathan, y a varias veladas, la señorita Stanlaw. Como quiera que por Luisa, una muchacha tan modesta, ambas señoritas habían sido «plantadas» con una breve frase de excusa, Juan Pablo fué arrojado por ellas desde la cima de sus ilusiones...

Solo con Luisa, en su despacho, Juan Pablo se enteró de la amenaza de muerte que Gustavus había lanzado contra él... Sin preocuparle mucho las bravatas del literato, Juan Pablo habló de otras cosas con Luisa...

—Yo no me había dado cuenta hasta ahora de que su mirada fuese tan tierna, tan atrayente, tan persuasiva...

Al notar Juan Pablo, que su secretaria, una «señorita de 40 años», asistía a la escena íntima, so pretexto de que el señor Nathan la llamaba consiguió que le dejara el campo libre para hablar con Luisa sin rodeos:

—Desde que no la había visto, hace ya bastante tiempo, se ha vuelto usted mucho más bonita... de lo muy rebonita que era antes...

—Veo que usted está satisfecho de la vida. Ha colmado usted todas sus aspiraciones.

—Me parece que algo me falta, a pesar de todo...

—¿Algo más que lo que tiene?

—Tal vez el taller...

—Lo dirá usted para reírse...

—... Quizá la compañía de Pedro...

—¿Ve usted como se rie?...

—No, Luisa; seguramente sea la vida del taller...

—No digo que no piense usted en ella... pero pronto la olvidará completamente, ya que no ha de volver por allí... Bueno, usted lo pase bien, Juan Pablo... y que prospere...

—Adiós, Luisa... Le prometo ir a ver a usted y a su papá...

—Nos agradará mucho verle por casa...

—No digo cuándo, pero iré.

..

A la mañana siguiente, el Consejo de Administración de la sociedad de Abraham Nathan, después de larga discusión, en la que Juan Pablo tenía la mayor parte, debidamente autorizado, siendo combatido erróneamente, por envidia, por varios miembros partidarios de los antiguos procedimientos, aprobó las bases.

En vista de ello, Juan Pablo dejó una carta encima de la mesa despacho del señor Nathan, cuyo sobre iba dirigido a éste con la indicación de no abrirlo hasta después de las diez, y salió precipitadamente con las bases firmadas en dirección a los astilleros de la Compañía, para entregarlas al comité de huelga, pero varios hombres comprados por Gustavus tenían la misión de arrebatarse dichas bases, para desprestigiar a Juan Pablo y hacer fracasar todo intento de reconciliación. Además del daño que podía hacerle por este medio, Gustavus le había atacado desde varios periódicos, acusándole de impostor. Uno de los artículos decía así:

**“JUAN PABLO BART, EL IMPOSTOR”**

*Hasta hace poco humilde operario en casa de un sastre, ocupa actualmente un alto puesto de confianza en una poderosa Compañía...*

Los malvados a las órdenes de Gustavus no lograron arrebatarse a Juan Pablo las bases que devolverían la tranquilidad a los obreros, y sólo fué gracias a su férrea voluntad que Juan Pablo pudo—cuando ya casi era tarde, pues los astilleros se vaciaban del personal que, ávido de una solución, había estado esperando hasta la hora señalada, las diez, la nota de arreglo, y cuya retirada podía ser de gravísimas consecuencias—remitir al presidente de los huelguistas el anhelado arreglo.

Si había apaciguado los ánimos y devuelto la tranquilidad a millares de familias, ¿qué le importaba a Juan Pablo haber estado a punto de perder la vida en aras de tan santa obra?



Por la tarde, Juan Pablo volvió a la vida sosegada del taller. La sorpresa que causó a todos es inenarrable, principalmente la de Luisa.

—¿Cómo usted de regreso entre nosotros, Juan Pablo?

—Aquí, en mi ambiente, cerca de usted, me encuentro más satisfecho, más libre.

—¿De veras, Juan Pablo?

—¿Quién te ha llamado aquí?— intervino el padre.

—El destino!

—Ya me he enterado por los periódicos de los elogios que para encumbrarte mandó publicar ese Nathan.... pero supongo que también habrás visto los ataques de que has sido objeto esta mañana por parte de varios periódicos. ¡Ya te dije que eras excesivamente ambicioso!

—En fin, olvidemos, señor Hubert.

No podía acabar así la odisea de Juan Pablo, pues sus méritos merecían una recompensa. Esta llegó con el señor Nathan, acompañado de Jellicot, que reconoció en el modesto operario de sasire al verda-

dero amigo, fuera o no aristócrata, prueba de afecto que Juan Pablo agradeció infinito.

—¿Quiere usted explicarme, señor Bart, qué razones han dictado a usted esa carta de despedida que dejó sobre la mesa de mi despacho?

—Sintiendo sueños delirantes de enorme ambición, creí haber podido realizarlos. Los periódicos tienen razón: yo no debí jamás apartarme de la modesta esfera en que se desenvolvía mi vida de obrero. La tarde en que yo conocí a usted, salía de este taller. Desde aquel instante se desbordaron mis afanes de elevarme sobre alturas que yo no merecía alcanzar.

—¿Y por qué no? La fortuna no presta sus favores sino a los audaces. Yo he sido en mi juventud un pobre destajero.

—¿Usted? Entonces, yo...

—No hablemos más. A la una le espero a usted en mi despacho.

El señor Nathan y Jellicot se marcharon.

Juan Pablo llamó a Luisa.

—Mis sueños se consolidan ahora en realidades! ¿Puedo ya confesarle que la



—...Le prometo ir a ver a usted y a su papá.



amo y que la deseo á usted por esposa?

—Nuestro matrimonio no es posible...

clientes, y le contestó con convincente retórica:

—¡Pero usted está más alta que yo!



*...después de larga discusión, en la que Juan Pablo...*

¡Usted se ha elevado demasiado alto!  
Juan Pablo colocó á Luisa, elevándola con sus brazos, sobre el entarimado donde se tomaba la medida á los

¡Tú... te elevas sobre la cima de mis ambiciones!

—¡Oh, Juan Pablo! ¡Dios quiera que jamás te engañes!

FIN





APUNTE CINEMATOGRAFICO

HARRY CAREY (CAYENA)



PELÍCULA INTERNACIONAL

## EL GABÁN Y EL MIEDO

POR NICOLÁS DE SALAS

Como el último tranvía de aquella noche ya estaría descansando en las cocheras de su estación, y él, Nemesio, no tenía más que cuarenta céntimos, cantidad que no le permitía tomar una «moto» o un coche, pensó que, de querer dormir en su lecho, no tenía más remedio que salir andando y tragarse, resignadamente, los seis kilómetros que distaba su domicilio de la Puerta del Sol.

Comenzó a caminar de mal humor, calle de Alcalá arriba. No le molestaba a Nemesio la caminata, aunque aquel día había estrenado unos zapatos y llevaba los pies como metidos en un potro. Lo que verdaderamente le había puesto malhumorado, al convencerse de que no tenía más remedio que ir andando, era el miedo. Para llegar a su casa era preciso cruzar unas calles oscuras y solitarias, del grave barrio de Salamanca, y un campo, donde solamente había cuatro o cinco casas.

Pero, cantando unas veces y silbando otras, llegó Nemesio hasta cerca de la plaza de toros. Hasta allí, casi puede decirse que el camino es delicioso. Además, aun a altas horas de la noche — las tres de la madrugada eran cuando Nemesio iba a su casa —, por allí suelen verse bultos negros que son transeúntes, y algunos vehículos que llegan o regresan, y que animaban mucho a Nemesio. El farol de un auto, primero, y el ruido de una moto, después, sirvieron de estímulo a nuestro personaje, permitiéndole avanzar tranquilamente. Pero en cuanto pasó la moto, los efectos del miedo se dejaron sentir y notó en la nuca un frío tan «ás-

pero» que le puso los cabellos como alambres...

Llegó a las terribles calles solitarias, ya casi en descampado. A Nemesio se le ocurrió entonces pensar en lo sobrenatural; recordó a los muertos, aunque se acordó también de que hay algunos hombres demasiado «vivos», y el pobre se echó a temblar como si fuera de gelatina. Llegó un momento en que se detuvo por no atreverse a seguir y porque tampoco tenía valor para retroceder. ¿Qué decisión tomar? Al fin se decidió por liar un cigarrillo, con la esperanza de que mientras, pasase alguna persona o vehículo que le prestasen ánimos para seguir avanzando.

Al cabo de algún tiempo, oyó pasos y volvió la cabeza: un hombre y una mujer venían hacia él. Los dejó pasar y siguió tras ellos, ya sin miedo, pues con una pareja — aunque no fuese de seguridad — cualquiera era valeroso. Entonces, con la imprudencia que da la valentía, recordó algunas escenas de «El Otro», la admirable novela de Zamacois, que había leído por aquellos días. Y, cuando a su memoria acudía detalladamente uno de los párrafos más trágicos de la novela — en una de las muchas apariciones del muerto —, la pareja que él seguía se detuvo ante una casa aislada y se perdió luego en las tenebrosidades del portal... Nemesio se quedó aterrado, empalideció y se creyó morir. ¡Se quedaba solo en el lugar más terrible y con los recuerdos de aquella novela que tantos trastornos había causado a su cerebro!... Se pegó a la pared, sin poder respirar apenas. Y así



permaneció medio loco, hasta que, á lo lejos, apareció una de sus simpáticas motocicletas.

Le inundó la alegría y desapareció su temor. ¡Al fin podría llegar á su casa ya próxima! Porque mientras la moto se le acercaba y luego se alejaba, él podría llegar á su domicilio.

Llegó la moto, en efecto, y se detuvo cerca de él. Iba ocupada por dos hombres que le saludaron. Uno de ellos se apeó, y apuntando con un revólver al pobre Nemesio, le hizo que le entregara su gabán... Luego, en seguida, la moto salió disparada y Nemesio, la persiguió fascinado, aunque no con la idea de recuperar la prenda robada, sino con la de aproximarse á su casa.

Al fin, después de una larga carrera por la solitaria calle, llegó jadeante á su casa. Buscó precipitadamente la llave en sus bolsillos, pero vió que no la tenía. ¡Se la habían llevado dentro del gabán!... Casi se alegró, porque si la hubiera tenido, ¿cómo subir él solo las escaleras?... Llamó al sereno, pero no fué oído... Sólo cuando ya amanecía y su garganta estaba afónica, apareció el portero, que amablemente le dió los buenos días, añadiéndole mientras abría la puerta del ascensor:

—De juerga, ¿eh? ¡Cuánto se habrá divertido usted!...

Nemesio, desesperado, se metió en el ascensor.

NICOLÁS DE SALAS.

#### LÍRICOS MODERNOS

## PROVINCIANA

POR CÉSAR GONZÁLEZ RUANO

Jovencita provinciana,  
cursí, sensible y bonita...  
¡Jovencita provinciana  
morenita!  
Novia sin novio, romántica  
sensitiva en tu ventana.  
—¿Esperando?  
¡Hoy será igual que mañana!  
Los días irán pasando  
como en una caravana  
por tu vida desolada.  
¡Novia sin novio, romántica  
morenita provinciana!  
Cuando yo, romero errante,  
cruce la plaza un buen día

creerás que soy la distante  
sombra de tu fantasía...  
Novia sin novio,  
¿has de pasarte la vida  
esperando noche y día  
acodada en tu ventana?  
¡Hoy llega á ti la quimera  
tan soñadal...  
Novia triste y visionaria...  
triste novia provinciana,  
¿quieres casarte conmigo  
en esta buena mañana?

CÉSAR GONZÁLEZ RUANO.





ANTONIO MORENO







## EL ÚLTIMO SUEÑO

Drama de amor y fatalismo

BERTINI FILM



FRANCESCA BERTINI

Concesionarios:

Empresas Reunidas S. A.  
Paseo de Gracia, 56  
Barcelona

Argumento de la película de dicho título

En tierras del sur de Italia, donde los atardeceres tienen un supremo encanto y las mañanas radiantes son como un himno a la vida, vivía Andrea, flor de cabaret ciudadano, a la que un insaciado afán de redención hacía consumir su alma en la llama de atormentadas pasiones...

Hombres de ciudad establecieron en el apacible lugar el infierno de unos altos hornos para transformar el mineral que sacaban de las entrañas de la tierra.

Juan Benza, Director de esa industria, mintiendo por amor una independencia que no sentía, había arrancado de la capital a Andrea.

Para Andrea, la proposición de Juan de llevársela lejos del mundo que conocía su pasado, había sido una firme esperanza de rehabilitación en el amor de esposa, pero un día, por conducto anónimo, truncóse aquélla ante la realidad de que Juan no era dueño de sus actos: tenía esposa y una hija.

Andrea, desilusionada por completo, viendo en este nuevo desengaño un nuevo aviso de que no podría lograr nunca ponerse al mismo nivel de las demás mujeres porque no lo merecía, quiso imponerse con energía a defender su derecho a obtener el perdón de la sociedad, y decidió separarse de Juan.

Pero Juan amaba a Andrea con sus cinco sentidos y no sirvió de nada que ella le recordara que tenía el deber de pensar en su esposa e hijita, pues consiguió, pintándola horizontes muy serenos

entre rendidas súplicas, que se quedara y continuaron viéndose de la misma manera.

Cierta ocasión que salieron a pasear por el monte, Andrea se puso más triste que nunca, detúvose como para reflexionar mejor, sentándose luego, gravemente silenciosa, sobre una roca del borde del camino frente al valle. Juan, que temía perderla, inquirió la causa de su ensimismamiento.

Y ella contestóle:

—Juan, nuestro amor es un crimen... Entre nosotros se alza un muro que no podemos derrumbar... Tu mujer y tu hija son antes que yo... ¡Déjame!

—Te comprendo, Andrea, y estoy convencido de que, sola, buscarías otro camino mejor que el que yo te ofrezco. Yo quisiera tener, para volver a la senda de la que sali para seguirte, la voluntad que tú tendrías si te dejara resolver a tus anchas. Mas no nos podemos rebelar contra la fuerza de los hechos. La vida manda sobre nosotros... y te amo, te amaré siempre.

Y como el corazón femenino es débil, muy sensible a las delicadezas, el de Andrea no tuvo el suficiente valor para abandonar a Juan.

Mientras estos últimos seguían platicando acerca de sus mutuos sentimientos, en el valle, una mujer, separándose precipitadamente de una criatura, se alejaba en dirección a la montaña. Varias personas presenciaron esa escena y suponiendo que se trataba de una desespe-



rada que probablemente iba á suicidarse, echaron á correr detrás de ella con ánimo de evitar la desgracia.

Nadie llegó á tiempo: la alocada mujer habíase arrojado en el fondo de un barranco del que á poco fué sacada por varios hombres, en gravísimo estado.

La consternación de aquellas buenas gentes fué inmensa... y mucho más profunda cuando vinieron en conocimiento del motivo que había impulsado á la suicida á buscar en la muerte el supremo

contra dos fuerzas morales,—el amor propio profundamente herido y el noble sentimiento de la humillación ante su esposo para reconducirlo hacia su corazón ó por lo menos hacia el de su hijita—vió en el monte á los dos culpables en idilio harto elocuente para que ella no pudiera resignarse á implorar á su esposo la piedad para sí y la niña, aborreciéndole súbitamente en un acceso de fiera honrada y, cegada por el dolor de su alma, olvidóse de todo y una sola solución á



*...detúvose como para reflexionar mejor, sentándose luego, gravemente silenciosa...*

olvido. Una mujer dijo cuanto sabía respecto á la desconocida (pues, en efecto, aquélla lo era en el pueblo). Había llegado dos días atrás; la niña era su hijita; era la esposa del Director de los altos hornos, Juan Benza, de cuya indigna conducta estaba enterada; y el objeto de su ida al pueblo era, sin duda, hacer comprender á su esposo la gran falta que cometía con ella y con la tierna niña. Pero debió ocurrir que la desgraciada esposa, luchando terriblemente

tanto sufrir adueñóse de su exaltada mente: morir... ¡que la muerte sana los males más crueles!

El pueblo entero, que no ignoraba cómo se portaba Juan Benza—á quien sabían casado—con su esposa, y naturalmente conocían á Andrea, que pocos tratos tenía con la gente, añadamos por fortuna, pues por esa razón no podía saber que lo poco que se ocupaban de ella no podía ser para peores comparaciones, la maldijo desde el fondo de su



conciencia al terminar su emocionante relato la enterada pueblerina.

Esta última, asiendo de la mano a la niña, mientras una dolorida comitiva seguía la camilla en que había sido tendida la pobre esposa para conducirla al hospital, fué también la que llevó la noticia al esposo culpable, en la propia casa de Andrea.

Al ver á su hija, Juan presintió la desgracia. Por si su intuición le engañaba, en el penetrante mirar de la pueblerina leyó la trágica verdad.

—Papá, papá!...—le gritó la niña en frenético llanto—¡Mamá se muere allí... en el hospital de la montaña!

Juan, emocionado, tomó en brazos á su hija, la besó nerviosamente y salió con ella en dirección al hospital.

Andrea, ante aquel nuevo drama, vió ante sí el espectro de su pasado de fatalismo. No era la primera víctima que sucumbía por ella; antes de soñar con redimirse había sido lo que el mundo llama una mujer fatal y por ella un joven estudiante, no correspondido en sus anhelos, pegóse un tiro en el mismo cabaret donde ella actuaba.

Juan, frente á la infortunada esposa, reconoció su culpa y con los ojos la pedía perdón... pero ella ya no le conocía y al parecer lloraba en el silencio de su inconsciencia...

Después de una mañana, Andrea, arrepentida de haber creído en la libertad de Juan para forjarse ilusiones, no pudo esperar más tiempo el saber si la suicida tenía salvación—cosa que ella deseaba ardientemente—y encaminóse hacia el hospital.

Los obreros de los altos hornos y el pueblo en masa, al verla aparecer en la calle cuando la otra se estaba muriendo por su culpa, la vocearon las más infamantes palabras y la querían echar á todo trance del pueblo como á un perro hidrófobo. La manifestación hostil de aquella muchedumbre contra ella, representaba para Andrea el calvario de su vida, y sólo fué á pocos pasos del hospital que sus perseguidores, comprendiendo tal vez que al entrar en él—venerada mansión conventual—Dios, infinitamente misericordioso, la ponía á salvo de injurias, la dejaron en paz.

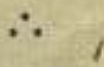
El jardinero abrió la puerta del santo lugar y Andrea, extenuada, cayó á sus

pies. Aquél, prejuicioso viejo, la reconoció, y únicamente tras de mucho rogar de ella la permitió la entrada.

La superiora del convento la recibió en el peristilo del hospital con piedad. Sabía quien era sin habérselo dicho nadie, pues su rostro hablaba por ella y, además, enterada como estaba de lo ocurrido, fácil era deducir la confesión. Su respuesta fué triste:

—Acaba de morir serenamente—dijo.

Andrea sollozó con la mayor amargura... por la muerta... y, aunque no quisiera pensar en sí en aquel momento, por la pérdida de la esperanza puesta en Juan que la infeliz se llevaba á la tumba.



Algunos días después.

Había llegado Mayo y con él las fiestas primaverales y el alborozo en las almas pueblerinas.

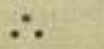
El eco de las risas que llegaba hasta ella la mordía en el corazón, avivando su dolor. Todo le recordaba el luto de la hija de Juan, sin madre, y el desprecio en que todos la tenían. Era imposible seguir viviendo allí, esperar que Juan volviera á ella, como ella lo temía, después del luto de rigor, pues jamás podría olvidar á la muerta.

Firme en la irrevocable decisión que tomara, Andrea escribió esta carta á Juan:

*\*Juan: Me marchó adonde no puedas verme más. Es lo que debía haber hecho antes.*

Andrea.\*

Juan, al recibir ese escrito de despedida, obsesionado por el recuerdo de su esposa, se impuso con fiera voluntad de olvido al inevitable golpe dado en su corazón por esa inesperada noticia.



Praia, junto al mar, era como un asilo para las almas tronchadas por el huracán de las pasiones.



En Praia había buscado Andrea el consuelo a su vida sin afectos.

Nadie la conocía en aquel pintoresco rincón del mundo, y en él se había captado generales simpatías.

Cuando los más osados se preguntaban de dónde procedía, los que sólo se fijaban en los hechos solían contestar: «Es muy buena; los niños la adoran y nosotros la admiramos por su sencillez. Todos somos iguales para ella.»

En la casa de Turi, un viejo pescador que en sus buenos tiempos aun había conocido sirenas y tritones, reinaba siempre el buen humor. Ninguno de sus compañeros de oficio que trabajaban a sus órdenes podía tacharle de egoísta, pues con todos era más que generoso.

Turi no vivía solo... Graziella, su ahijada, hermosa muchacha a la que, más que las sirenas y tritones de los cuentos del viejo pescador hacíanla soñar el humo de los trasatlánticos que pasaban a lo lejos, constituía su agradable compañía en los años de la vejez.

Antonio, un joven pescador... pescado en las redes del amor desconocidas por él, habíale entregado por completo su corazón a Graziella y suspiraba por conquistar el suyo.

Todas las ocasiones eran buenas para Antonio con tal de platicar con Graziella, y la última vez, aprovechándose de la circunstancia de llevarle ella flores a la Virgen, la pidió una de éstas:

—No son para ti— contestóle.—Las cogí para la Virgen.

—¿...?—  
—No me hagas reír. Ya sabes que no te querré nunca... para marido. ¿Acaso no conoces a Guillermo?

La alegría de Antonio trocóse en murmuración...

—Virgencita mía... ¡haz que vuelva pronto!—rogó Graziella a la Virgen.

Ese amor tan puro y tan hondo que Graziella sentía por Guillermo, el marino, hijo de Turi, consumía al apasionado Antonio, pero, sin embargo, éste no perdía la esperanza.

Como si la plegaria de Graziella a la Virgen hubiese sido atendida con turno preferente, Turi recibió una carta de su hijo. Graziella, loca de gozo, la leyó en voz alta ante la alegría general... y el consiguiente disgusto de Antonio. La carta decía así:

*"Querido padre: Ha llegado la hora de recompensar los sacrificios que has hecho por mí. Soy feliz al participarte que pronto llegaré a Praia para abrazarte. Te adjunto unos recortes de diarios para que te enteres de lo que el mundo dice de los trabajos de tu hijo que te abraza.*

*Guillermo."*

—¡Dice que llegará pronto, padre!... Gracias, Virgencita.

—Me lo decía el corazón.

—Oíd lo que dice este recorte:

#### **\* GUILLERMO ASPRO Y SU INVENTO.**

*El joven oficial de marina, Guillermo Aspro, con su invento genial que tanto ha de cambiar el sistema actual de la navegación, atrae sobre sí la atención del mundo científico..."*

—¡Oh! ¡Su retrato! ¡Qué guapo está mi Guillermo! Míralo, papá.

—Es un buen mozo... ¡si su madre lo viera!... En fin, lo que interesa ahora es prepararnos en seguida para recibirlo, porque es capaz de presentársenos sin nuevo aviso.

Para Graziella era el amor que venía... y para Antonio la inquietud que no le daría punto de reposo...



Mientras, en el corazón de Juan Benza, pasada la primera impresión de la tragedia, volvía a dominar por entero la imagen de Andrea.

Y precisamente Juan Benza pensaba más que nunca en Andrea el día del trágico aniversario de la muerte de su esposa. Su hijita, llevando en sus manos un magnífico ramo de flores, le fué a buscar a su despacho y le dijo:

—Papá... hoy hace un año... ¿Quieres que llevemos estas flores a mamá?

Juan, incapaz, aunque deseara lograrlo, de olvidar a Andrea, acompañó a su hijita hasta el convento-hospital, en cuyo jardín había sido inhumada la difunta.

Mientras la niña hablaba con la superiora, a quien había entregado las flores para que las depositara en la tumba de



su mamá á fin de que ésta supiera que no la olvidaba, Juan preguntó al viejo jardinero:

—¿No se ha sabido nada de ella?... Dimelo... te lo ruego. Te daré el dinero que quieras.

—¡Quién sabe á dónde van á parar las mujeres como aquélla!

Juan contuvo su ira contra el jardinero por su ofensa á Andrea, porque su hija le tiraba la americana para que fuera con ella y la monja.

Graziella contaba en ese momento á distinguidas personas del pueblo que la rodeaban, cómo se fueron formando sus amores con Guillermo. Andrea también estaba allí y seguía atenta la ingenua revelación del secreto del alma diáfana de la gentil pescadora.

—Nos quisimos siempre.... Cuando éramos niños, como hermanos.... Después, seguimos jugando juntos... Más tarde fué á la ciudad para ingresar en la Academia... Volvió hecho un hombre... y

no nos atrevimos á besarnos más. De todos modos me trataba como una chiquilla y su cariño me parecía aún más fuerte que antes. No se apartaba de mi lado y me ayudaba en las cosas del hogar... para que pudiera salir con él á dar un paseo por la ribera... ¡Ahora vuelve de nuevo y pueden ustedes figurarse lo contenta que estoy!

Y comparando Andrea la justa esperanza de Graziella con su infortunio, éste le parecía más atroz...

Mientras, allá, en el mar, Guillermo Aspro, oficial de la marina mercante, que por su talento había llegado pronto á la meta de sus sueños, contemplaba, con honda emoción, las costas queridas de su país.

Y en la aldea de Praia se esperaba la llegada del marino como un acontecimiento.

Al suceder eso, el júbilo de los pueblerinos fué altamente cariñoso. Muchos conocidos de Guillermo le fueron á buscar con barquitas.

El viejo Turi reía y lloraba á la vez abrazando á su hijo, por cuyo ingenio merecía tantos honores su nombre, si que también el de la aldea que le vió nacer. Con toda seguridad que las autoridades le iban á nombrar hijo predilecto de Praia.

Graziella buscó en un tierno abrazo de Guillermo la confirmación de que sus ilusiones no eran hijas de la fantasía...

Si sólo necesitaba Graziella que Guillermo la recibiera en sus brazos con exquisita delicadeza, llamándola bonita y otras cosas más para suponer que la amaba, quedaba completamente segura de ello, pues se abrazaron lindamente, en forma tal, que Graziella, rendidamen-



—...No se apartaba de mi lado...

te enamorada, pensó que allí mismo, delante de todos, él la iba á besar. Mas su dicha no alcanzó ese grado...

Antonio, ante la felicidad de Graziella y Guillermo, comprendía, en doloroso mutismo, que no podría él jamás, en conciencia, ser preferido á Guillermo. Este podía ser envidiado por los más elegantes é instruidos jóvenes de la ciudad, y él... no era más que un humilde pescador. Sin embargo, quedaba una ligera duda acerca del mutuo amor de aquéllos, y era que Graziella no fuese correspondida... por merecer Guillermo una compañera, tan buena como Graziella eso sí, pero también mucho más á la altura de su rango que Graziella.



La casa del viejo Turí llenóse de amigos y de las autoridades civiles y religiosas; y numeroso gentío esperaba afuera el principio de la fiesta organizada en honor del brillante oficial.

Eran tantas las sentidas felicitaciones y agasajos que iba recibiendo Guillermo que en su pecho ya no podía caber goce mayor. No obstante, el último elogio que le hacían le sorprendía gratamente. Era el de una mujer bella... de Andrea.

—También yo he de ofrecerle algo... aunque no sea más que estas flores...

—No merezco tanto... señora...

Graziella sonrió agradecida, á Andrea...

Guillermo, á solas con su padre, le preguntó quién era la amable dama.

—Se llama Andrea.... No sabemos de dónde vino... ¡pero es tan buena!

El misterio que envolvía la vida de la bella mujer que escondía su distinción y hermosura en una monótona aldea como Praia, interesó vivamente á Guillermo... y Graziella aquel mismo día, vió la súbita inclinación á Andrea del que se imaginaba que sería completamente suyo. Los celos la torturaban... y fueron tales sus pensamientos, que tuvo que aliviarlos en copioso llanto, á escondidas de la gente. No pasó ello inadvertido por Andrea quien, comprendiendo á la enamorada chiquilla, reunióse con ella y la dijo:

—¿Por qué está usted tan triste? ¿Acaso él no la quiere?

Graziella miró á Andrea, sin rencor, pues sólo culpaba á Guillermo de parecer olvidar que no la tenía á su lado, pues después del afectuoso abrazo al llegar, no se había ocupado más de ella, y la contestó, inquieta:

—Ha vuelto otro.... Parece que no esté contento de haber venido.... Ya no me quiere....

—Graziella, amiga: debe estar fatigado de su viaje y tal vez el recibimiento que le habéis hecho afectóle demasiado.

—No, no.... Guillermo no es el mismo de antes....

De nuevo Graziella rompió á llorar, y Andrea huyó hacia el mar, porque la tristeza de la pescadora le recordó que ella aun vivía para sufrir.

Algunos días después.

Guillermo, que andaba buscando una ocasión para hablar con Andrea, la vió en las rocas, en un paraje pintoresco que ella solía visitar, se le acercó y la dijo:

—Parece como si usted huyese de mí....

—No tengo motivo para hacerlo.

—Dicen que es usted tan buena con todos... pero conmigo....

—Habrá sido sin querer....

—¿Me permite que la acompañe á su casa?

Andrea aceptó; y mientras por un lado despuntaba el alba del secreto cariño que sintieran Andrea y Guillermo al verse por primera vez, por el otro lado Antonio, alcanzando á Graziella en su casa donde meditaba sobre la extraña conducta de Guillermo para con ella, la repitió, convencido de que su duda respecto al amor de Guillermo por Graziella era cierta:

—¿Por qué quieres á Guillermo y no á mí, que te amo tanto?

—Antonio, ¡cuánto sufrimos los dos!

Era verdad. Antonio sufría por Graziella y Graziella por Guillermo. ¿Podrían ambos unir algún día su tristeza? Por de pronto, Antonio, prorrumpiendo en llanto, sin poderlo evitar, al oír la exclamación de Graziella, demostraba que la infelicidad de ésta sería su propia infelicidad y que por verla siempre alegre daría su vida.

Una mañana, en el convento de la montaña del pueblo de donde había huido Andrea, presentóse Juan Benza, con su hija, para hacer este ruego á la superiora:

—Me veo obligado á hacer un viaje.... Hermana, ¿me cuidará usted la pequeña?

El viejo jardinero del santo lugar adivinó claramente por el semblante de Juan, el motivo de su viaje.

Ese mismo día Antonio hablaba con Graziella sentados en las rocas. No trataba de amargar más el dolor de ella insistiendo en que renunciara de una vez á Guillermo que á todas luces no la correspondía, sino de distraerla de sus invariables pensamientos, que la dañaban el alma.



Andrea y Guillermo también formaban pareja, como era de prever y lo previera Antonio por lo mucho que había visto de unos días a aquella parte.

Andrea y Guillermo se hallaban juntos a poca distancia de Graziella y Antonio. Este último, al irse a marchar, los descubrió y, volviendo sobre sus pasos, sin reparar en el rudo efecto que esa revelación iba a producir a Graziella, la dijo:

— Ven, verás a Andrea y a Guillermo... Están ahí.

— ¿Dónde?

— ¡Míralos!... ¡Se aman!

— ¡Antonio, tú no comprendes lo que sufro...!

— Sí, Graziella; lo comprendo porque

Andrea y Guillermo leían en sus corazonas. El la preguntó:

— ¿No ha amado usted nunca?

Y la poesía saturó la brisa de una esperanza que volvía a renacer en la mujer juguete del destino.

Antonio tuvo necesidad de participar a todo el mundo, principalmente al viejo Turi, su inmensa alegría por el acuerdo que habían hecho Graziella y él mismo de casarse a la mayor brevedad. Todos los que vieron a Antonio, que es como si dijéramos del primero al último de los habitantes de Praia, convinieron en calificarlo de loco *enamorado*.

Juan, infatigable, andaba buscando a la mujer que aun mandaba en su cora-



... no le negó el ir a visitar su barco...

mi dolor, sin ser como el tuyo, no me deja vivir.

Nunca te amó, Graziella; fué un hermano... siempre será un hermano para tí, pero nunca ese amor será como el que yo siento por tí... Déjalo... quíereme a mí... ¡a mí solo! ¡Tú sabes que sólo viviré para tí!

Graziella armóse de valor para resolver un caso tan serio en su vida, y llegó a la conclusión de que era cierto cuanto le había dicho Antonio.

Así pues, renunciando a su quimera vana, accedió llorando, a las pretensiones del pescador amante.

Fué a la ciudad, preguntó a quienes la habían conocido y se humilló inclusive a presentarse a la íntima amiga de Andrea, con la cual habíase disputado ásperamente varias veces, la última para despreciarla hondamente por las maquinaciones que hacía para arrebatársela a Andrea, probablemente para otro. Estaba seguro de que esa mujer sería ahora su salvación, pues debía saber algo de ella.

Andrea, dejándose llevar por la fe, accedía a cuanto la pedía el correctísimo Guillermo... y naturalmente no le negó el ir a visitar su barco. La entrevista que



en el buque tuvieron dió por resultado una verdadera declaración de amor por parte de Guillermo:

—Soy muy feliz siempre que la tengo a usted a mi lado. Usted es la mujer que más simpatía me inspiró.

—¿No se ha preguntado usted alguna vez, desde que nos conocemos, quién soy yo, de dónde vengo y a qué vine aquí?

—Andrea, desde que llegué y sus delicadas manos me ofrecieron unas flores olorosas, me sentí atraído por su alma generosa... y necesitaba hablarla a cada momento, porque no pasaba uno sólo sin tenerla a usted en mi mente.

—Es usted soñador y tal vez no vea en los sueños más que encantados para-  
jes donde sólo mora el ideal. La juventud... exagera, encumbra lo más insignificante de este mundo cuando una visión más o menos fugaz se apodera de su voluntad.

—Andrea, yo he corrido mucha tierra, he soñado perdido en la inmensidad de los mares, y sé lo que es la realidad.

—Entonces, usted, sin saber de mí más que lo que yo le haya dicho, es decir, que soy libre y que necesitando reposo vine a Praia, podría aspirar a más que a una amistad?

—No la pedí jamás cuál fue su vida de antaño. Me basta ver sus ojos, porque sus ojos son puros como debe serlo su alma.

—Es usted un poeta, ya se lo dije... Sin embargo su poesía no me es indiferente, sinceramente se lo declaro; pero yo no sueño ya, Guillermo... ¿Su amistad será sólida? Habrá usted conocido tantas bellezas por esos mundos que su galantería, sin forzarla, puede conquistar a las románticas que siempre esperan...

—Me cree usted como los demás, Andrea.

—¿Acaso no es usted un hombre... y agradable, por añadidura?

—Su resistencia en creermelo no me desanima; al contrario, me da mayores bríos para, como la hormiga sabia, perseverar.

—Para asegurarse un buen invierno, ¿no?

—Para que no me falte nunca la brizna que caliente mi hogar...

..

Llegó para Graziella el día de su boda.

Resignada y humilde iba a emprender aquel camino de sacrificio, mientras Antonio se sentía nacer a una vida de felicidad.

Andrea pretendió regalar un anillo a la novia en prueba de su amistad, mas Graziella, que ya sólo veía en ella a la usurpadora del amor de Guillermo, es-

quivó el regalo con el pretexto de que los ópalos eran de mal agüero. Pero Andrea... conocía perfectamente la verdadera razón.

Nadie en el pueblo sabía que Graziella había sido vencida, en su lucha por el amor de Guillermo, por Andrea, pues las entrevistas de ambos eran secretas; y además Graziella misma supo justificar con mucha naturalidad la elección definitiva del hombre que merecía su corazón. Los más incrédulos suponían que Guillermo había cotizado su palabra a un precio tan fabuloso que Praia entera no bastaría para pagarlo. ¡El muchacho no era de los que se quedaban allí!

En la iglesia, así que terminó la cere-



Andrea pretendió regalar un anillo a la novia...





SHIRLEY MASON







monia nupcial, Guillermo hizo una señal, desde el coro en que se había aislado, á Andrea, para que se quedara cuando saliera la comitiva y pudiera hablarle allí mismo.

Ella parecía tener remordimiento de haber sido la causa del sacrificio de amor hecho por la gentil Graziella, y á pesar de haber obedecido á Guillermo, quedando rezagada en la iglesia, cuando él se halló frente suyo quiso evitar el escucharle, marchándose; pero Guillermo la detuvo, juntó su mano derecha con la suya, nerviosamente, como si quisiera inculcarle, con el simple contacto, el fuego de la pasión en que por ella se abrasaba su ser, y la murmuró al oído:

—Andrea... ¿querría usted ser mi esposa?

—Por Dios, Guillermo, no sea usted imprudente. Si nos vieran... precisamente aquí... Es usted un loco.

Según era costumbre en Praia cuando se celebraba una boda, por la noche hubo fiestas de luces... y fiestas de amor, en las que Andrea y Guillermo, disimulando á los ojos de la gente, vivieron horas dulces cerca el uno del otro.

Y algunos días más tarde Guillermo se decidió á obtener una contestación categórica de Andrea, que gratamente se imaginaba cuál sería, y fué cerca del embarcadero donde solía amarrar la barca que lo conducía del vapor á un rincón

de Praia cuando iba á verla, donde logró sellar con ósculos largo tiempo contenidos, el pacto de su victoria sobre Andrea, *absolutamente complacida de su derrota.*

Al despedirse ambos aquel día decisivo en su vida, para regresar él al barco, Guillermo la dijo:

—¿Estarás en tu casa esta tarde á última hora?

—Sí, ven á verme...

Durante toda la tarde Andrea creía posible su redención en el verdadero amor de Guillermo, y le esperaba con la ilusión del primer amor.

Mas de pronto, como surgido del fondo de la tierra, Juan presentóse á Andrea, que quedó petrificada.

—¡Juan!!  
¡Tú aquí!

Juan, con la humildad del débil ante quien lo ha derribado, se acercó á ella y la dijo:

—Ya ves, Andrea... No he podido...

no podré olvidarte nunca.

Andrea, rebelándose contra el destino que se ensañaba con ella impidiéndola



...vivieron horas dulces cerca el uno del otro.



Al despedirse ambos aquel día decisivo...



llegar a ser tan libre como feliz sin recibirlo, contestó a Juan, rechazándole:

—¿Qué quieres de mí?... También yo tengo derecho a una familia... a una casa... ¿Es que no podré ser nunca feliz?

—¡Oh, Andrea mía! Tú no sabes lo que he sufrido... lo que he sufrido... lo que he hecho para encontrarte... ¡Te amaré siempre!

—¡Me amarás siempre, siempre! Sí, es posible que lo hicieras, mas tu amor es egoísta... no es amor de sacrificio! Vienes a mí porque soy el fin de tus penas... ¡te olvidas siempre de las mías!

—Andrea, no me hables así...

—Nuestro amor fué una planta de pecado... de crimen. Deja que siga mi nuevo camino... ¡te lo ruego!

—No fué crimen... El amor no fué crimen jamás. Tú fuiste una pecadora, sí... pero una pecadora que conservaste tu alma pura. Eres la pecadora inmaculada. Ven, Andrea, sé mía para siempre.

—No... no puedo, no debo seguirte... ¡vete!

Fuó una contestación que no admitía réplica, dictada, además de por sí misma, por el temor de que llegara Guillermo

mientras Juan estuviera allí.

Con el corazón maltrecho, Juan resignóse a partir, pero antes manifestó a Andrea:

—Me marchó, puesto que así lo quieres... pero, oyelo bien: tú que me quitaste el sosiego desde que te conocí, que has anulado mis energías, por quien he sido malo con una mujer que fué toda su vida una santa, no tienes derecho a rehúsame tu piedad aunque te hayas cansado de mí, y ¡ay del hombre que llamara a las puertas de tu corazón!

Fuera de la casa de Andrea, Juan, abatido, sentóse en unas

rocas, y como Guillermo llegara a poco, conforme había sido convenido con An-

drea, aquél le vió entrar en la morada de ésta y, comprendiéndolo todo, escaló una ventana, para presenciar desde la misma lo que ocurriera en el interior.

—¡Andrea de mi vida!

—¡Guillermo mío!

—¿Qué tienes? ¡Tiemblos...

—No sé... me figuraba que no vendrías... Tengo miedo.

—¡Miedo! ¿De qué? ¡Ah, comprendo! Cuando nos unamos para siempre des-



—... Cuando nos unamos para siempre...



—... Oculté mi pasado para salvar nuestro amor...



aparecerán esas ráfagas de tristeza.

Juan no pudo seguir oyendo más. Más que rencoroso, atrozmente celoso, entró por la ventana y, colocándose en el centro de la habitación, lanzó unas sonoras carcajadas, mezcla de rabia y de dolor... Luego, dirigiéndose al atónito Guillermo, dijo:

— ¡De modo que usted está dispuesto a casarse con mi amante!

— ¿....?

— ¡Sí!... ¡Fui yo!... La saqué del arroyo una noche inolvidable.

— ¡Miente, miente ese hombre! — gritó, desesperada, Andrea. — El odio y el despecho han convertido a ese hombre en una vívora venenosa... ¡No le creas!

Guillermo no la atendía... y sosteniendo con firmeza la mirada de Juan, le echó en cara:

— Aunque fuera cierto lo que usted ha dicho, no por ello dejaría usted de ser un canalla... ¡Váyase!

Para Juan eso significaba el final del martirio de su obsesión... y salió de nuevo de la casa de Andrea, por quien había suspirado tanto, esta vez con una idea como no había otra para salvarse.

Andrea aunó todas sus fuerzas para atraerse, suplicante, a Guillermo, implorándole de rodillas que la tuviera compasión.

— ¡Guillermo! ¡Guillermo, piedad! Oculté mi pasado para salvar nuestro amor... Huyamos, llévame lejos... ¡dónde no me conozca nadie!

— No, todo es inútil, Andrea: no podré creerte nunca más. ¡Adiós!

Se fué el amor, y con él la esperanza para Andrea de llegar a tener un nombre digno y un hogar tranquilo propio.

Y el temor de que la vida le reservara

aún más infortunios, hizo tomar a Andrea una grave decisión. Para ello, salió de su casa, poco después de haberlo hecho Guillermo, y se dirigió hacia el mar. Apenas había andado diez pasos, cuando rasgó el aire el sonido de un disparo de arma de fuego. ¿Un suicidio? ¿Cuál era de los dos: Juan o Guillermo?

Pronto lo supo, pues le faltó tiempo para acudir al lugar de donde había parecido partir el tiro. Y Andrea contempló, horrorizada, su nueva víctima: ¡Juan!

Loca de dolor, con el firme deseo de



...contempló, horrorizada, su nueva víctima: ¡Juan!

terminar el libro de tragedia que para ella en las alturas estaba escrito, pidió que la muerte la librara de tamaño constante sufrimiento, y arrojóse en el mar.

Unos pescadores, testigos casuales de la tragedia que ellos calificaron de accidente, depositaron en la playa a Andrea, cuando ésta no daba casi señales de vida.

Guillermo pudo llegar a tiempo de oír sus últimas palabras:



—Soñé poderme elevar hasta ti porque te amaba... Ha sido mi más grande sueño... el último.

Luego cerráronse sus ojos, su voz se

hizo imperceptible, su rostro se contrajo... y una lucecita azul escapóse de su cuerpo...



*... y una lucecita azul escapóse de su cuerpo.*

FIN.

#### LÍRICOS MODERNOS

## EL ENCANTO DEL SILENCIO

por ARMANDO BUSCARINI

Por aquellos senderos blanqueados  
que bordean los sauces corpulentos,  
hemos de caminar acariciados  
al arrullo de nuestros sentimentosos.

El amor será el único equipaje  
de nuestra ruta por la carretera  
y en la noche feliz de nuestro viaje  
soñaremos con otra primavera...

Y el día de la última jornada  
de nuestro viaje sin ninguna prisa  
¡Tú me dirás adiós con la mirada  
y yo con mi sonrisal.

Cruzaremos por pueblos castellanos  
circundados por fértiles campiñas  
con viejos tristes de rugosas manos  
ingenuos niños y trigueñas niñas.

Y bajo el resplandor de las auroras  
seguiremos la ruta, seguiremos...  
hasta que aromen nuestras tristes horas  
las siemprevivas y los crisantemos...

ARMANDO BUSCARINI



APUNTE CINEMATOGRAFICO



GEORGES BISCOT



## PELÍCULA CORTA

## LA TRISTEZA DE LOS VIEJOS

POR KETTY

«Te escribo esta carta, *Sor Teresa*, para decirte la verdad de lo que ocurre en la que fué tu casa.

Desde que profesaste, siguiendo tu vocación, en el convento de Santa Ursula, ha habido muchos cambios en tu hogar. Nada te dijeron nunca tus padres, porque sus lamentaciones no los hubieran conducido a más que a causarte a ti una pena inútil.

Erais siete hermanos. Tú... te marchaste...; cuatro se han casado; y los dos célibes, Juana y Gonzalo, son los únicos que se han acordado de que sus padres... lo son.

Lo más doloroso es que los pobres viejos, agobiados por el peso de lo mucho que han sufrido, por vosotros, en esta vida, ya no tienen la menor ilusión y lloran, sino a la vista de los demás, continuamente por dentro.

Juana y Gonzalo no pueden, por sí solos, llevar la casa... y tu padre aun trabaja. Esto le va arrebatando energías y, en verdad, le resta tiempo de vida. A su edad, y porque lo ha merecido por su laboriosa conducta, tu padre no debiera ocuparse en nada y descansar en el justo amparo de sus hijos.

El pobre me dijo una vez, en confianza, que cualquier día, en un arrebatado de desesperación, como le suelen ocurrir, se encerraría en un asilo de ancianos para vivir tranquilo y de este modo, dejando sola a tu madre, recordar por obligación a los hijos útiles, que deben protegerla. «Uno solo—añadió—es más soportable que dos». Yo traté de quitarle esa idea de la cabeza dándole a entender que si sus hijos no se portaban mejor, era porque todos ellos vivían estrechamente.

—No—me replicó él, entonces—. Nuestros hijos viven bien; son fuertes y trabajan en buenos oficios. Tienen familia propia, es cierto, mas eso no habría de conducirlos a olvidarse de sus padres. Son seis hijos útiles y entre los seis no han sido capaces de jubilarme porque, apoyándose en el refrán "*La ausencia es la madre del olvido*" cuatro de ellos no se han preocupado de nuestra situación.

A ti no te nombró. Cuando habla de ti, llora, a su pesar, y comprendo que le irrita no poder aguantarse las lágrimas. Tu madre, al contrario, alivia su corazón en resignado llanto. ¿No te acuerdas que tú eras, por haber sido el primero de los siete hijos, la niña mimada?

Si me permites una reflexión, mía, de mis pocos años, te diré que vosotros habéis envejecido a vuestros padres, causándoles muchas decepciones al truncarles esperanzas risueñas para el mañana. Este mañana, ahora, ellos lo ven muy confuso, y adelantan hacia él con el temor de un niño.

No voy a analizar el comportamiento de los demás; sólo me limito a juzgar el tuyo.

Profesaste, por vocación, no lo dudo, y te has convertido en protectora de enfermos y necesitados.

¿Crees tú que el premio de Dios será mayor para ti por haber, abandonando a tus padres, servido a los demás?

Opino que no lo pensaste bien...

Perdóname si dije mal...

Ya sabes que mucho te quiere la que siempre fué tu amiga

*Aurorita.*

FIN.

KETTY.



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

ES LA SIMPÁTICA PUBLICACIÓN CINE-  
MATOGRAFICA APROBADA UNÁNIME-  
MENTE POR LAS SELECTAS NOVELITAS  
QUE OFRECE PARA TODOS LOS GUSTOS

SALE EN TODA ESPAÑA LOS MIÉRCOLES



## PRECIOS:

NÚMEROS  
CORRIENTES

NOVELA  
Y  
POSTAL

VEINTICINCO (25) CÉNTIMOS

NÚMEROS  
EXTRAORDINARIOS

NOVELA  
Y  
POSTAL

CINCUENTA (50) CÉNTIMOS



Si este número-almanaque, primero que LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA ha editado, ha sido del gusto de todos, nuestros deseos habrán sido colmados. Muchísimas gracias.

Con este número-almanaque se entregará un álbum. El precio global es de 2 pesetas. ¡Exija usted las dos cosas!







